


# EL ESCRITORIO DE DAGOBAH

## Antología recopilatoria



LSW
LIBROS STARWARS

Los fanfics de Lores del Sith más largos ya fueron maquetados individualmente para LSW. Con excepción de algunos que fueron descartados por incompletos, el resto de los relatos, más cortos, se han recopilado en esta antología.

Relatos incluidos:

- La canción de Alderaan
- Las flores del tiempo
- Crónicas de la Base Eco
- Historias de Tosche Station
- La República cae
- Poesías del lado oscuro
- La llamada de la Fuerza
- Silver saga I
- Recuerdos de Obi Wan
- Memorias de una vida en el espacio

STAR WARS

**Lores del Sith**

# El escritorio de Dagobah

**Antología recopilatoria**

Varios autores...



Autores: Keyan Sark, MoloSolo, Jashid O'Wamba, Pablo Valdes, Edem Miller, Carmelo López, Guillermo J. Escribano, HWK y Chuuk Yeiguer

Publicado originalmente en LoresdelSith.net

Publicación de los originales: 1998-2006



Estas historias son fan fiction, no forman parte oficial de la continuidad

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

30.04.18

Base LSW v2.22

# Declaración

Todo el trabajo de recopilación, revisión y maquetación de estos relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

# La canción de Alderaan

Keyan Sark

El anciano Senador Rewce dejo caer al suelo su copa de Paga destilado cuando oyó un grito proveniente de la habitación contigua. Se levantó de su ergosofá, el cual recobró automáticamente la forma estándar, y echó a correr hacia allí. El grito había sido acompañado por llantos y sollozos.

Cuando Rewce abrió la puerta de la habitación encontró lo que esperaba. Sentada en la cama, llorando, estaba su hija pequeña, de apenas nueve años. El viejo y cansado Senador se sentó a su lado y la niña se abrazó a él llorando.

—Ya, ya, mi niña —dijo consolándola—. Papá está aquí…

La pequeña siguió sollozando unos instantes y sorbiendo aire por la nariz. Aquella no era la primera vez.

—Has vuelto a soñar, ¿verdad, Andrea? —preguntó Rewce.

La pequeña asintió con la cabeza.

—Sólo ha sido un sueño. Aquí estamos a salvo…

—El hombre negro estaba allí, papá; y venía a cogerme —dijo la pequeña entre pucheros antes de volver a ponerse a llorar.

El anciano Senador abrazó a la niña y no pudo evitar contraer sus facciones en un gesto de dolor y rabia. El hombre negro. Lord Darth Vader.

Rewce y Andrea eran originarios de Xemteri, un mundo que se había opuesto a los reiterados abusos de poder del Emperador, y que lo había pagado muy caro cuando el Destructor Estelar *Devastador* apareció aquel día en los cielos. El palacio presidencial había sido el primero en ser destruido por el fuego turboláser que llovía del cielo y luego siguieron otros muchos.

Otros muchos…

Rewce había logrado escapar a bordo de una nave, como tantas miles que abandonaron el planeta ese día sólo para ser desintegradas por el fuego del *Devastador*.

Por desgracia, ellos fueron atrapados por un rayo de tracción.

Tropas Imperiales entraron en la nave sin encontrar resistencia, y, junto a ellas, la ominosa figura de negra armadura del Señor Oscuro del Sith, Vader. Aquel monstruo hizo gala de sus inhumanos poderes para estrangular en el aire sin tocarlo al capitán de la nave, bajo la acusación de traición al Imperio. Y lo hizo delante de los horrorizados ojos de Andrea.

A ellos, sin embargo, les reservaba otro destino.

Partieron en una lanzadera rumbo a un mundo olvidado, ¿Dathomir, se llamaba?, donde el Imperio esperaban que se pudriesen en el olvido.

Pero quizá el mismo soplo que delató su huida hizo que un grupo de asalto rebelde interceptara la lanzadera cerca del Cinturón de Roche, cuando esta se iba a unir a un convoy de suministros.

Rewce aún podía ver el terror en los ojos de su pequeña mientras la batalla se desarrollaba a su alrededor, sin saber si sobrevivirían, o morirían en el vacío del espacio.

Por fortuna no fue así, y los rebeldes les rescataron. El alto mando de la Alianza de inmediato se interesó por ellos y fueron enviados a Alderaan a bordo de una corbeta corelliana sin indicativos.

Lo cual no impidió que fueran atacados por una patrulla Imperial a la que un par de Alas-X rebeldes lograron aniquilar. Aquello no contribuyó a tranquilizar a la pequeña Andrea.

Y aquí estaban ahora, en Aldera, la capital de Alderaan. Dos refugiados políticos en la última isla de libertad de una Galaxia atribulada. Por desgracia, la niña no dejaba de tener pesadillas recurrentes, y en muchas de ellas aparecía la maldita figura de Darth Vader. Rewce no sabía que hacer para acabar con aquello.

La niña había dejado de llorar y ahora respiraba con alguna dificultad mientras seguía abrazada a él.

—No tienes que temer nada, cielo. Todo está bien. Ven, vamos a ver como se pone el sol.

El hombre cogió a la niña en brazos y salió con ella al balcón de la habitación. Desde allí se podía contemplar toda la gloria de Aldera al atardecer.

Las estilizadas embajadas de otros mundos se alzaban hacia la derecha, compitiendo con serenidad por alcanzar el cielo. Más allá se divisaba la Universidad, hogar de la Escuela de Filosofía de Collus, uno de los más grandes pensadores de la Antigua República y asilo de uno de los últimos reductos de librepensamiento bajo el Imperio Galáctico. Y de entre todos los edificios destacaba especialmente la Casa del Gobierno, hogar del Virrey Bail Organa, quien había desafiado al Emperador al acoger en Alderaan a fugitivos del Nuevo Orden como él. Bendito fuera.

El sol se ponía y el inmenso lago meteórico en cuyo centro se alzaba Aldera estaba teñido de oro. Aún no era la temporada del «Flujo de Plata», cuando miles de millones de brillopeces desovarían en los ríos y su destello sería visible desde la órbita del planeta.

Aldera era única en sí misma ya que era una de las pocas ciudades reconocibles como tal que se alzaban en el planeta. Los habitantes de Alderaan, amantes de la naturaleza, habían decidido hacía milenios no adaptar el terreno a sus necesidades, sino sus necesidades al terreno. Así podía visitarse Ciudad Grieta, una de las ciudades más grandes de Alderaan construida en las paredes de una red de fisuras, grietas y cañones; o Ciudad Terrarium, llamada la Ciudad Embotellada pues fue construida como una bóveda bajo una gran llanura. Esta bóveda se rellenó de un polímero no volátil que fue posteriormente tallado mediante láseres en órbita, esculpiéndose toda una ciudad que posteriormente fue cubierta con una hoja transparente, dando la impresión de un lago de cristal desde el exterior, con las luces de la ciudad reluciendo desde el interior.

Y así, las inmensas, eternas, inacabables praderas de hierbas de Alderaan quedaban libres para su contemplación y su disfrute. O para la elaboración de las afamadas pinturas de hierba de Alderaan, que sólo se podían admirar de verdad desde el aire.

La niña en sus brazos dejó escapar un suspiro ahogado de admiración cuando la inmensa figura de un thranta, un gigantesco animal volador domesticado para ser empleado como aeronave viviente pasó sobre ellos proyectando su sombra sobre el edificio con un poderoso batir de sus alas.

Por todas partes se divisaban parques y jardines, iluminados por globos de luz a la caída del sol, y parejas de amantes se reunían bajo la luz de las salientes estrellas. Las estrellas. Andrea siempre había amado las estrellas.

—Mira, cielo, están saliendo las estrellas, ¿ves? —dijo Rewce.

La niña alzó la mirada y contempló el azulado firmamento estelar. Debido al trabajo de su padre, nunca había vivido el suficiente tiempo en un mismo planeta como para aprender a reconocer las constelaciones. Sin embargo, llevaba ya lo suficiente en Alderaan para que algo llamase su atención.

—Papá, mira, hay una nueva estrella en el cielo.

—¿Qué?

—Allí, mira.

La pequeña señaló con el dedo en dirección a un punto en el cielo. En ese instante se dejaron oír alarmas en toda la ciudad. Aquello era demasiado grande para ser una estrella, o un satélite. Un escalofrío recorrió la espina dorsal del anciano Senador al comprender lo que estaba ocurriendo. Lo que iba a ocurrir. Había oído rumores en los últimos días acerca de una nueva y devastadora arma Imperial. Rumores terribles que se acababan de confirmar en un único y eterno instante.

—¡Papá, papá, mira! ¡Está brillando con un color verde muy bonito!

Las alarmas redoblaron su intensidad. El anciano Senador abrazó a su hija contra su pecho obligándola a apartar su mirada de aquello.

—No mires, cariño —susurró mientras besaba su pelo—. No mires…

El viento comenzó a soplar, meciendo la hierba en las praderas…

***

Varios años después de la Batalla de Endor, un puñado de supervivientes, con ayuda de la Nueva República, fundaron en un planeta deshabitado una colonia llamada Nuevo Alderaan. Cada vez que el viento sopla entre la hierba, estos supervivientes afirman oír los ecos de la Canción de Alderaan.

# FIN

# Las flores del tiempo

Keyan Sark

—Empiezo a estar cansada de todo esto…

—¿Qué pasa, nena? Creía que eras una profesional…

—Cierra el pico.

Ikaru Sark dirigió una mirada carente de todo vestigio de amistad a su compañero y continuó arrastrándose entre la vegetación hasta acercarse todo lo que podía a la roca que había divisado minutos antes. La roca, que se alzaba como una lápida funeraria sobre la vegetación, estaba a la distancia de un salto; sin embargo había un pequeño claro entre la roca y ella, y eso significaba que la roca lo mismo podía estar a un año luz de distancia.

La joven de pelo rubio, pulcramente recogido en una cola de caballo bajo su casco, se detuvo sopesando la situación. La distancia no era mucha, pero desde el claro se divisaba todo el maldito templo. Ikaru se dio la vuelta, mirando hacia el lugar donde se suponía que estaba su compañero. Sus azules ojos revisaron la zona en su busca. No cabía duda de que el cretino era bueno. A su pesar, se vio forzada a esbozar una sonrisa sin humor.

—Muy bien, Zank —dijo Ikaru, devolviendo su atención hacia la roca—. La tengo delante pero necesito unos segundos. ¿La tienes?

—Es mía, nena —contestó Zank detrás de ella—; pero no tengo ángulo.

—¡Ya sé que no tienes ángulo! Si no ¿por qué crees que iba a hacer esto?

Zank dejó escapar una risa entre dientes. Eso sólo contribuyó a empeorar el humor de Ikaru.

—Limítate a hacer lo que tienes que hacer. Uno…

—Dos…

—¡Tres!

Al llegar a tres, Zank abrió fuego con su bláster de repetición sobre el cubo de piedra que coronaba la escalinata que llevaba al templo, allá arriba, tras los árboles. Los haces de energía golpearon la roca pero apenas si lograron mellarla. El único efecto apreciable fue un leve giro del cubo, del cual brotó a continuación un diluvio de haces de energía dirigido hacia la posición de Zank, pero Zank ya no estaba allí.

Apenas un segundo después, Ikaru saltó y rodó por el suelo hacia la roca. El cubo detectó el movimiento en el claro y volvió a girar para eliminar al intruso. Los letales haces verdes levantaron nubes de tierra del suelo y se estrellaron contra la roca justo cuando Ikaru logró refugiarse tras ella arrancando esquirlas de piedra que volaban por el aire como casquillos de un arma antigua.

—¡¡Zank!! —aulló la joven.

Por toda respuesta, un nuevo disparo surgió de la jungla, esta vez desde otra posición. El cubo tenía un nuevo blanco y dejó de castigar la roca.

Apenas cesó el fuego Ikaru se incorporó de un salto y apuntó con la mira de su bláster pesado hacia la abertura del cubo. Sólo tendría una oportunidad. Si fallaba estaba muerta. El cubo aparecía nítido en su mira, y tras disparar sobre la vegetación tenía un nuevo

blanco del que encargarse: Ikaru. El cubo volvió a girar, pero esta vez la joven estaba preparada. En cuanto la negra oquedad de la apertura de disparo se hizo visible, disparó.

El haz bláster se introdujo limpiamente por la apertura y el cubo estalló en pedazos.

Ikaru se dejó caer de rodillas sobre la roca que podía haberse convertido en su tumba. Unos aplausos se dejaron oír entre la vegetación, a su derecha.

—¡Eres estupenda, nena! —dijo Zank—. ¡Yo no lo hubiera hecho mejor!

—Ya… —murmuró Ikaru—. Por eso he tenido que hacerlo yo… ¡Avisa al profesor de que el camino al Templo está despejado! —añadió en voz más alta.

Pero en su interior sabía que esa era sólo una manera de hablar.

***

El profesor llegó al claro unos minutos después, acompañado por Zank, quien hacía descansar su bláster de repetición sobre sus anchos hombros. Se trataba de un hombrecillo enjuto, de tez amarillenta y cabello escaso con unos ojillos casi negros hundidos en las cuencas. Su aspecto físico unido a su mirada, a medio camino entre el miedo y la avaricia, le daban el inconfundible aspecto de un sapo. A Ikaru le había hecho gracia el aspecto de su cliente desde el primer momento en que le vio; sin embargo, en estos momentos no sentía ni la menor chispa de humor.

—Muy bien, señorita Sark —dijo el hombrecillo inclinando la cabeza mientras hablaba—. Ha despejado usted el último obstáculo. Nada se interpone ya entre nosotros y la Cripta de Drogg.

Ikaru le miró con evidente furia en los ojos.

—Espero que ese maldito tesoro valga la pena, profesor Kovacs, porque ese «último obstáculo» como usted le llama ha acabado con Silas y ya no somos ni la mitad de los que empezamos este maldito viaje.

Zank dirigió una mueca sarcástica a Ikaru.

—Míralo por el lado bueno, nena —dijo—. Así seremos menos a repartir.

—Eres un cerdo, Zank —replicó Ikaru—. ¿Lo sabías?

Zank se rió entre dientes mientras aferraba con fuerza el bláster.

—Vamos, vamos, señorita Sark —intervino el profesor—. Los Ulug'hann han demostrado ser más celosos en la salvaguarda de sus secretos de lo que esperábamos en un principio, pero le aseguro que la recompensa merecerá todos los esfuerzos. Tiene mi palabra.

Ikaru gruñó una respuesta entre dientes y se puso a comprobar el estado de carga de su arma mientras se encaminaba hacia el Templo de los Ulug'hann por el ahora despejado sendero. Zank y el profesor se pusieron en marcha tras ella.

***

Al cabo de un rato llegaron al pie de la enorme escalinata de piedra que conducía a lo alto del templo, tallado en la ladera de la montaña. Ikaru y Zank abrían la marcha con sus armas listas, preparados para enfrentarse a cualquier nueva trampa que pudiera surgir. El profesor subía detrás de ellos con alegre despreocupación.

—¿Por qué sube con nosotros, profesor? —preguntó Ikaru mirando por encima del hombro—. ¿Tan seguro está de sí mismo?

—Oh, sí, señorita —repuso este—. Verá, los Ulug'hann eran una raza antigua cuando la República era joven. Todas las trampas con las que nos hemos encontrado eran demasiado modernas. No más de tres mil años, sin duda. Puestas ahí por los descendientes de Drogg cuando la raza estaba en plena decadencia. El cubo que acaba de destruir era sin duda su última línea de defensa.

—Eso es un alivio —concluyó Zank.

Pero Ikaru no estaba tan segura. Si esas trampas habían resistido el paso de los milenios sin deteriorarse no había razón para pensar que no hubiese más sorpresas escondidas.

Zank, quien encaminaba la comitiva, llegó a los pies del ahora destruido cubo de energía. Se detuvo frente a los restos y los golpeó tímidamente con la punta de la bota.

—Titanita… —dijo, casi para sí mismo—. Ni aunque hubiésemos estado disparando durante media hora hubiéramos podido destruir este condenado chisme desde fuera.

—¿Titanita? —dijo Ikaru—. ¿Cómo demonios pudo alguien tallar algo en un bloque de titanita hace tanto tiempo sin la ayuda de cortadores láser?

El profesor Kovacs dejó escapar una risita nerviosa.

—Verá usted, Ikaru —dijo—. Se dice que los Ulug'hann fueron destruidos hace tres mil años por los Caballeros Jedi en respuesta a no sé qué oscuros designios. Tal vez eran capaces de usar sus poderes para tallar la titanita entre otras cosas.

—¡Que idiotez! —escupió Zank—. Sin duda fue una suerte que el Emperador acabara con esa secta de chiflados.

Ikaru no dijo nada. No era la primera vez que oía hablar de la extinta orden de los Jedi. Se limitó a archivar la información para futuras referencias y siguió adelante.

***

Unos minutos después llegaron al final de la escalinata de piedra. Esta moría en un amplio mirador coronado por un rostro alienígena de aspecto remoto y amenazador tallado en la roca. La boca del rostro de piedra era una abertura ovalada que conducía al interior de la montaña.

—Drogg nos contempla —dijo el profesor entre jadeos, mientras se recuperaba de la eterna ascensión.

Zank se acercó al umbral de la puerta con cautela y encendió el foco que llevaba en la hombrera, iluminando el interior de la cueva. La luz iluminaba por primera vez en milenios aquellas estancias. El fornido mercenario sacó un palo largo de su mochila y lo

empleó para tantear la entrada en busca de alguna trampa. Nada ocurrió, ni siquiera cuando lanzó el palo a través de la estancia hasta que este se detuvo unos metros más allá con un par de golpes secos.

—Parece que tenía razón, profesor —dijo Zank—. No parece haber más trampas.

—No me gusta… —dijo Ikaru mientras observaba el negro corredor con la luz de su propio foco—. Está lleno de una capa de polvo inmaculada de varios centímetros. No hay pisadas de animales, ni telarañas, ni rastros de madrigueras. Ahí no ha entrado nada en milenios.

Zank gruñó con desagrado. Estaba empezando a cansarse de los remilgos de aquella chica.

—Bueno, ¿y qué? —dijo con desprecio—. Eso sólo nos garantiza que el tesoro estará ahí dentro todavía. ¿O es que tienes miedo, nena?

—No me provoques, mastodonte… —respondió Ikaru con un gesto torvo—. Llevas demasiado tiempo buscándome las cosquillas.

—Nada me gustaría más —añadió Zank con una sonrisa burlona.

Por toda respuesta, Ikaru desenvainó su vibrofilo y amenazó con él a Zank. Este se echó a un lado y apuntó a la joven. Ambos permanecieron así unos segundos.

—¡Señores!, ¡señores! —exclamó Kovacs intentando calmar los ánimos, pero sin atreverse a interponerse entre ambos. Cada vez estaba más arrepentido de haber contratado a aquellos mercenarios por separado, pero no había podido permitirse el lujo de pagar a un equipo de profesionales acostumbrados a trabajar en equipo entre ellos—. ¡No tiene sentido matarse ahora que estamos tan cerca del final!

Ikaru y Zank siguieron midiéndose en silencio durante un rato. Entonces Ikaru volvió a envainar su hoja sin dejar de mirar al fornido Zank.

—Supongo que no… —dijo con el ceño fruncido.

Zank esbozó una sonrisa torcida pero no dijo nada. Tampoco Ikaru.

—¿Entramos? —preguntó el profesor Kovacs intentando desviar los pensamientos de sus empleados hacia otros asuntos. Estaba a punto de recuperar un tesoro de incalculable valor, olvidado por todos los historiadores de la Galaxia, y no iba a dejar que un par de jóvenes descerebrados arruinaran tantos años de búsquedas y esfuerzos entre registros y pergaminos polvorientos.

Zank emitió un gruñido por respuesta y entró por la boca de Drogg con el foco de su hombro encendido. Detrás de él entró Ikaru y, por último, el profesor, con una vara luminosa en la mano.

***

El grupo avanzó entre la oscuridad durante lo que parecieron varias eternidades. Tan pronto caminaban por un estrecho pasillo como salían a alguna estancia decorada con motivos Ulug'hann. Por fortuna no parecía haber bifurcaciones y el camino seguía adelante, adentrándose más y más en las entrañas de la montaña y descendiendo, siempre

descendiendo… Ikaru observó con curiosidad que el profesor no parecía interesado en ninguno de los objetos Ulug'hann que decoraban las estancias ni prestaba atención a las tallas jeroglíficas. Al parecer el tesoro de Drogg era su único interés. La joven se preguntó qué clase de académico era aquel. No más que ellos, al parecer. De nuevo, Ikaru se limitó a tomar nota mental de aquello y seguir adelante, como había aprendido a hacer en tantas campañas.

Finalmente, el eterno corredor terminó bruscamente en una abertura que conducía al vacío. Frente a ellos se extendía una vasta cavidad excavada en la montaña, como si se tratase del interior del cono de un volcán extinguido. Sin embargo no había luz del exterior. La boca del cráter, si alguna vez había existido tal cráter, estaba taponada. ¿Sería una caverna natural o era posible que alguien la hubiese excavado eones atrás? Las luces de sus focos se perdían en la distancia sin lograr llegar al otro lado. Ikaru no pudo reprimir un escalofrío de sobrecogimiento.

—Es la Cripta de Drogg —dijo el profesor Kovacs en voz baja, como si no se atreviese a quebrantar aquel silencio de milenios—. Los textos de Naztec no mentían. Al otro extremo de esta sima yace Drogg, el último Emperador de los Ulug'hann.

Un puente de piedra se extendía desde el hueco en que se hallaban hasta el infinito oscuro que se extendía más allá. Zank lo miró y lo tanteó con la bota.

—Bien —dijo con seguridad—. Eso significa que sólo nos queda cruzar y el tesoro será nuestro.

—Espera, Zank —dijo Ikaru—. Esto me da mala espina.

Esta vez Zank no pudo contenerse.

—«Me da mala espina», «no me gusta»… ¡Ahora soy yo el que está cansado, nena! ¡No hemos tenido ninguna lectura de fuentes de energía en todo el rato que llevamos dentro de esta cueva ni tampoco la hay ahora! ¡La única trampa que hay aquí es la misma caverna! ¡Pero sólo para los que tengan vértigo o no tengan luz!

—No creo que…

—¡Basta! ¡Voy a cruzar! ¡Tú haz lo que quieras!

Zank graduó el foco en barrido amplio y se lanzó hacia delante con cautela pero sin detenerse. Ikaru intentó decir algo pero el profesor la agarró del brazo y la mandó callar con un gesto.

Ikaru miró al profesor y luego a Zank, quien se alejaba por el puente. Apretando los dientes, la joven mercenaria enfundó su arma y siguió a su compañero.

Allí había algo que no le gustaba en absoluto. Había sentido un escalofrío al entrar por la boca del templo y sentía una desagradable sensación en la nuca desde entonces, pero se obligó a seguir adelante. Tal vez el idiota de Zank tuviera razón por una vez.

O tal vez no…

Unos metros más adelante, Zank dejó escapar una maldición cuando su pie rompió la piedra sobre la que se apoyaba y se hundió unos centímetros en la roca. Casi al mismo tiempo un extraño sonido, como el de uñas arañando la piedra, se dejó oír frente a ellos. Zank graduó su foco apuntando hacia delante con la mayor potencia de que era capaz.

—¿Qué pasa, Zank? —preguntó Ikaru.

Pero Zank no contestó. No podía.

Frente a él, una oleada de dientes de metal se acercaba surgiendo de los laterales del puente como los dientes de un gusano carnívoro de Kashyyyk. A los ojos de Zank, era como si una espiral de acero y muerte se acercara a toda velocidad hacia él. El mercenario intentó liberar su pie, pero no pudo; la desesperación se apoderó de él y lo único que pudo hacer fue dejar escapar un alarido de horror antes de ser despedazado por las cuchillas.

Ikaru pudo ver la escena desde detrás y supo que no tenía opciones. Era imposible volver atrás a tiempo. No había donde ir hacia los lados pues las hojas de acero surgían de los mismos bordes del puente de piedra. Sólo podía ir hacia delante. Hacia la muerte.

Así, lanzando el grito de guerra que había empleado en su antigua unidad desde antes de la Purificación de Galinshar, se lanzó corriendo hacia las cuchillas.

Cuando ya estaba casi encima de las mortales hojas tomó impulso y saltó por encima de los dientes de acero describiendo un mortal sobre ellos. Por fortuna para ella, los dientes metálicos volvían a introducirse en la roca después de describir su mortal giro por lo que aterrizó sobre roca firme en vez de hacerlo sobre cortante metal.

Por desgracia, el salto fue demasiado precipitado y perdió el equilibrio al tocar tierra.

Ikaru emitió un gemido ahogado, pero no perdió la calma. Con la desesperación de alguien que ve encima de ella la guadaña del segador, desenvainó su vibrofilo y lo activó, clavándolo sobre el lateral del puente. La hoja energizada mordió la roca como si fuera mantequilla e Ikaru permaneció colgando en vilo sobre el vacío.

En el extremo del puente, el profesor Kovacs observaba la escena con desesperación, sin poder hacer nada. En realidad, su principal preocupación era apartarse del hueco antes de que los dientes metálicos llegaran allí, en previsión de males mayores para su persona.

Ikaru no perdió el tiempo. Usó su brazo libre para agarrarse al borde del puente de piedra y, sin soltar el vibrofilo, se alzó a pulso hasta la relativa seguridad de la roca. Pero una vez allí, comprendió que sus problemas no habían terminado: la espiral de muerte había llegado hasta el otro extremo del puente y ahora regresaba. Había tardado demasiado en subir. No tenía tiempo de tomar carrerilla para repetir el salto. Con desesperación, la joven tomó su bláster pesado y abrió fuego contra la superficie del puente mientras gritaba.

Los haces de energía golpearon la roca levantando esquirlas. La muerte metálica avanzaba. Ikaru siguió disparando y disparando con la rabia alocada de aquel que se sabe muerto. Los fragmentos de roca siguieron saltando y, de repente, saltaron también fragmentos de metal. Hubo un tremendo chirrido, un ruido como el de engranajes entrechocando… y las hojas de acero se detuvieron frente a ella, a unos centímetros del agujero que sus disparos habían creado en la roca.

El fuego bláster había logrado abrirse paso entre la roca y destruir el mecanismo de transmisión de las cuchillas de metal.

Ikaru se sentó sobre el puente de roca, temblando de miedo y alivio a la vez.

***

Algunos minutos después, el profesor Kovacs logró reunir el coraje suficiente para reunirse con Ikaru en el puente, esquivando con cautela los últimos dientes que se alzaban ominosamente sobre la roca.

—¿Se encuentra bien, Ikaru? —preguntó cuando llegó a su lado.

—Supongo que sí —respondió ella al tiempo que se levantaba—. Imagino que, al menos el puente, ya no nos deparará ninguna otra sorpresa.

—Espero que no —dijo Kovacs con una sonrisa nerviosa y frotándose las manos—. Debimos suponer que el Mausoleo de Drogg estaría protegido de algún modo. ¡Que trampa más ingeniosa!

—Eso dígaselo a Zank cuando pasemos a su lado —respondió Ikaru secamente mientras reanudaba la marcha con cautela.

Kovacs tragó saliva y se detuvo reuniendo de nuevo fuerzas para seguir adelante.

***

Finalmente llegaron al final del puente.

Frente a ellos se abría otra oquedad en la roca. Tan negra y oscura como aquella de la que procedían. Ikaru tanteó el umbral al igual que había hecho Zank en el otro extremo, e iluminó el interior de la estancia. No parecía haber ninguna trampa visible, sin embargo un escalofrío similar al que sintió cuando entraron en el Templo recorrió su espina dorsal. Era como si algo maligno aguardara allí dentro.

«Tonterías» —pensó Ikaru—. «Estoy volviéndome paranoica si a estas alturas creo en fantasmas».

Ikaru se armó de valor y entró con precaución en la estancia. El profesor decidió esperar fuera.

Al cabo de un rato, Ikaru regresó junto al profesor.

—Creo que he encontrado a su amigo Drogg, profesor —dijo Ikaru.

Esta frase pareció devolver el color a las mejillas de Kovacs, quien se decidió por fin a entrar.

La estancia, iluminada exclusivamente por la tenue luz de la vara de Kovacs y por el haz del foco de Ikaru, era un vasto salón decorado con columnas espirales talladas en la roca viva. Aquí y allá había esparcidas pequeñas tallas en piedra y gemas; el tesoro de Drogg. Los objetos Ulug'hann estaban tirados por el suelo en aparente desorden, pero los montones se iban agrupando en una dirección evidente, en dirección a una enorme losa de piedra sobre la que se alzaba, sentado sobre su trono, Drogg, el Conquistador; ataviado con su armadura de batalla, su corona de emperador y su enorme espada.

—Drogg —dijo el profesor Kovacs casi en un susurro—. La momia de Drogg nos contempla después de eones…

Ikaru se percató de que el profesor contemplaba a la momia alienígena con fascinación, ajeno a todo lo que le rodeaba. Tal vez sí fuera un estudioso, después de todo; deleitándose en la recompensa a años de trabajo, como tantas veces les había comentado en el viaje. Ikaru se agachó para recoger un pequeño amuleto en forma de espiral que le llamó la atención. Parecía una imagen estilizada de la Galaxia tallada en un metal precioso. Observó que la espiral parecía ser un motivo recurrente entre los Ulug'hann. Contempló en silencio el amuleto y entonces se dio cuenta de que había demasiado silencio. Se dio la vuelta y observó que Kovacs estaba embelesado contemplando la momia de Drogg.

—¿Qué tiene de especial esa momia, profesor? —preguntó Ikaru con cierta suspicacia mientras se guardaba el amuleto en un bolsillo—. ¿No es este el tesoro que veníamos a buscar? —añadió, señalando los montones de gemas que salpicaban el suelo.

Kovacs dio un respingo, sacado de su ensueño por las preguntas de Ikaru.

—¿Eh? ¡Oh! ¡No, no…! No, jovencita, todo eso no son más que bagatelas. —Kovacs se giró hacia Ikaru y adoptó el aire de un catedrático dispuesto a dar una lección magistral. —Verá. Los Ulug'hann eran ya una raza antigua cuando la mayoría de las otras razas galácticas vivían en Edades de Piedra o sus equivalentes. Drogg fue el más grande de todos los Señores de la Guerra Ulug'hann y consiguió fundar un Imperio planetario milenios antes de que se fundara la República. Las leyendas dicen que gobernó Ulaii con mano de hierro pero que nunca conoció la paz; y, mientras miles de esclavos construían este mausoleo, dejó órdenes bien precisas de que se le sepultara con el tesoro más precioso que había adquirido después de años de conquistas, en la más alta montaña de Ulaii.

—Y ese tesoro… —interrumpió Ikaru.

—Ese tesoro tiene que estar ahí —concluyó el profesor señalando con el dedo a una ornamentada caja de metal que reposaba bajo la mano izquierda de Drogg.

Apenas terminó de decirlo, Kovacs dio un paso hacia la caja y extendió las manos para cogerla.

—Profesor —intervino Ikaru—. No corra tanto. Tal vez haya alguna trampa escondida.

El profesor se echó a reír.

—¿Trampas? ¿A estas alturas? No lo creo. Las cuchillas del puente eran la última defensa. ¿Sabe por qué pudo usted saltarlas? Porque estaban diseñadas para un Ulug'hann. Los Ulug'hann eran más cortos de estatura que un humano y nunca hubieran podido saltar por encima como ha hecho usted. Las trampas que hemos encontrado por la jungla fueron puestas mucho después, cuando los Ulug'hann entraron en contacto con otras razas alienígenas para las que sus propias trampas no eran tan eficaces.

—¿Está usted seguro?

—Lo estoy. ¿Sabe lo que dice la escritura de esa caja? «Juntos por toda la eternidad». Es el tesoro que estamos buscando.

Sin aguardar réplica alguna por parte de Ikaru, el profesor Kovacs dio otro par de pasos y agarró la caja. Esta estaba firmemente aferrada por la momia y no parecía querer soltarse. Ikaru contempló en silencio los esfuerzos del profesor pero no se movió. No quería privarle de ese placer y, además, seguía sin gustarle aquello.

Kovacs siguió esforzándose con la caja hasta que, finalmente logró sacarla de su sitio y la agarró con las dos manos.

—¡Sí! —exclamó el profesor con el alborozo de un niño pequeño—. ¡Es mía!

Ikaru volvió a sentir un escalofrío, esta vez más fuerte que los anteriores, y sintió como la fría oleada recorría su columna vertebral… Pues los ojos de Drogg parecían brillar con un resplandor rojizo, contemplando a Kovacs quien bailaba con la caja en brazos.

—¡Rápido! —exclamó Kovacs para sí—. ¡Hay que abrirla!

No bien hubo dicho eso cuando la caja empezó a brillar con un extraño resplandor. Una luz fría que no iluminaba. Kovacs se detuvo, contemplando la caja. Una extraña fuerza parecía tirar de ella hacia la momia del Conquistador.

—¡No! —aulló Kovacs—. ¡Es mía!

Ikaru contempló en silencio, sin atreverse a mover un músculo, cómo Kovacs empezó a luchar contra un enemigo invisible que tiraba de él. El enjuto hombrecillo parecía poseído, enloquecido… La caja aumentó su brillo y Kovacs empezó a gritar. Ikaru pegó un respingo pero no se movió del sitio. No era un grito de rabia. Era dolor.

La joven mercenaria observó, paralizada por el horror, como Kovacs empezaba a andar hacia la salida de la estancia, andando en cámara lenta, como si luchara contra una fuerte ventisca. Pero a medida que se alejaba de Drogg su carne se iba carcomiendo, plegando, avejentando… En unos segundos, Kovacs pareció haber envejecido siglos.

De pronto, el profesor pareció recobrar la lucidez. Se detuvo en su avance y miró a Ikaru. Entonces lanzó un grito y se desmoronó convertido en una nube de cenizas sobre la que cayó la caja de Drogg con un golpe seco.

***

Ikaru no sabría decir cuánto tiempo permaneció allí parada, mirando las cenizas del profesor. En algún momento logró recobrar la consciencia, y su primer pensamiento fue el único lógico: huir de allí lo más deprisa posible.

Retrocedió, tanteando las paredes con las manos para encontrar el hueco de la puerta, pues no quería perder de vista la caja. Pero cuando llegó a la puerta, un fuerte sentimiento de curiosidad la invadió. Mucha gente había muerto por hacerse con aquella maldita caja. No podía marcharse de allí sin averiguar qué podía ser tan valioso para requerir tantas protecciones.

Aunque una parte de sí misma le gritaba que saliera corriendo de allí, Ikaru se acercó a la caja y se acuclilló frente a ella sin osar tocarla. La caja no emitía ninguna luz ahora ni se movía.

A la luz de su foco Ikaru pudo ver que había una especie de tosca cerradura en la caja. Hurgó en su bota, sin apartar los ojos del recipiente de metal, hasta extraer un cortador láser en miniatura y lo graduó para obtener la mínima dispersión. El fino haz surgió del pequeño objeto cilíndrico y golpeó el antiguo mecanismo haciéndolo saltar. La tapa de la caja se abrió e Ikaru dio un salto hacia atrás lista para huir al menor signo extraño. Pero nada ocurrió.

Ikaru volvió a acercarse y enfocó la luz hacia el interior de la caja. Allí había unos extraños objetos que no supo reconocer inicialmente; pero no brillaban, no eran joyas, eran… eran…

Flores.

El tesoro de Drogg, el Conquistador era un puñado de flores. Flores de una variedad que Ikaru jamás había visto y que seguramente nunca jamás volvería a ver, ni ella ni ningún otro ser vivo.

Como en un sueño, Ikaru alargó la mano para tocar las hermosas flores con cuidado de no rozar la caja. Sin embargo, las flores estaban secas; preservadas del aire durante milenios, y se convirtieron en polvo al roce de los dedos de Ikaru.

En ese mismo instante Ikaru oyó algo en su cabeza. Parecía un grito lejano, un grito surgido de los abismos del tiempo. Ikaru se levantó de un salto. Tenía que ser el viento. No podía ser otra cosa. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que otro ruido se superponía a los ecos del grito. Era un murmullo. Un temblor…

¿Un temblor?

El ruido aumentaba poco a poco. Ikaru no se lo pensó dos veces y echó a correr de vuelta al exterior, fuera de aquel sitio maldito. Corrió y corrió, y nunca se atrevió a mirar hacia atrás pese a que siempre oía ruidos, cada vez más fuertes, como si la montaña entera se estuviera derrumbando.

Finalmente llegó a la salida. La luz la deslumbró después de tanto tiempo entre tinieblas, pero ella no se detuvo y bajó corriendo los escalones hasta llegar de nuevo a la jungla. En cuanto sus pies tocaron el suelo se atrevió por fin a detenerse y miró hacia atrás justo a tiempo para ver una nube de polvo salir de la boca de la talla de Drogg como si fuera un enorme gusano gris que se deshacía al contacto con el aire.

Ikaru permaneció de pie contemplando el deshacerse de la nube de polvo y comprendió que había escapado de la ira de Drogg, furioso por haber sido privado de su más preciado tesoro.

Entonces Ikaru comprendió la enorme ironía de la situación y se echó a reír con ganas. Le hubiera gustado que Zank y el profesor hubieran podido vivir para ver las Flores del Tiempo deshacerse en su caja.

Ikaru se puso en camino hacia la nave para volver hacia algún sitio civilizado donde tomar una pinta de cerveza Ebla para olvidar todo aquello cuando notó que algo le hacía daño en el muslo. Entonces recordó el pequeño amuleto en espiral que había recogido del suelo en la cripta.

Al menos había sacado algo en limpio de todo este jaleo.

FIN

# Crónicas de la Base Eco

MoloSolo

Este documento contiene datos reveladores sobre la posición, tecnología y métodos de la Alianza Rebelde por lo que se le deberán aplicar las máximas medidas de seguridad. Su distribución estará vigilada y será con fines propagandísticos en los mundos con los que se negocie una adhesión a la Alianza.

En memoria de Ted Dresnick

## Día uno

—Tres, dos, uno… Estás en el aire.

—Muy buenos días, soy Ted Dresnick. Nos encontramos en los exteriores de la base Eco, en el helado mundo de Hoth, en el sistema del mismo nombre. Hoy hace un hermoso día aquí. Brilla el sol y tenemos una temperatura de —30º estándar. A lo largo de siete días, según el horario del planeta trataremos de mostrarles las opiniones de numerosos miembros de la Alianza Rebelde, su motivación en esta lucha y el trabajo que en ella desempeñan.

(…)

—Me encuentro en la sala de mando de la Base Eco. En estos momentos la Alianza sigue explorando el planeta en busca de vida. ¿Qué puede decirnos sobre ello, general Rieekan?

—Sí, eh… debemos estar seguros de que la base se encuentra fuera del alcance del Imperio. En estos momentos tenemos varios exploradores en busca de indicios de vida. No podemos arriesgarnos a que cualquier colonia nómada con algún oscuro interés con el Imperio les ponga sobre la pista de nuestra situación. Debemos saber también si las razas autóctonas del lugar son pacíficas, qué es lo que debemos temer y de qué podemos sacar provecho. Entre nuestros exploradores tenemos dos de los más importantes héroes de la Rebelión. Aquí todos trabajamos por igual.

—Tengo entendido que han conseguido domesticar algunos animales como vehículos.

—Sí, los tauntaun han resultado ser muy dóciles y apropiados para los recorridos por el planeta. Hasta que consigamos adaptar nuestros propios vehículos al frío nos servirán de transporte.

—¿Qué tropas hay destacas en esta base?

—Eh… bien por ahora tenemos un gran contingente de soldados y deslizadores aéreos para repeler los posibles ataques terrestres. No disponemos de ninguna nave de guerra de la flota, por que podría alertar al Imperio de nuestra presencia. En case de un

posible ataque podríamos defendernos con el escudo planetario y un cañón de iones KDY v-150. La base podría ser evacuada en… aproximadamente una hora. Tenemos las rutas de navegación hiperespacial introducidas en los ordenadores de los transportes y sus tripulaciones preparadas en todo momento para una posible evacuación. Si algún transporte no pudiera despegar en la evacuación sería destruido para evitar que el Imperio tuviera las coordenadas del punto de encuentro.

—Bien muchas gracias. Ya lo han visto, la Alianza Rebelde es capaz de acomodase a las situaciones más extremas. Viviendo en clandestinidad y sin plantar cara directamente al Imperio. Lejos de buscar un enfrentamiento directo es preferible huir salvando todo cuanto se pueda y buscar otra oportunidad mejor de atacar al Imperio… Hablaremos ahora con Toryn Farr, oficial jefa de comunicaciones del Centro de Control de la base. ¿Qué tareas desempeñan las mujeres en la Rebelión?

—La Rebelión no tiene ningún prejuicio, ni sexual ni racial. Aquí, a diferencia del Imperio todos los individuos son importantes. Hay alienígenas en los altos cargos y mujeres pilotando cazas, hombres dedicados al mantenimiento de la base y androides ejerciendo sus funciones.

—¿Cuál es su cometido en la Alianza?

—Yo soy la supervisora de todas las comunicaciones que se realizan en este planeta. Si es interceptado algún comunicado en este sistema debemos analizarlo y juzgar su peligrosidad. En caso de ataque debo transmitir las órdenes del general a las diferentes unidades, incluido el cañón de iones.

—Tengo entendido que en caso de evacuación usted sería de las últimas personas en abandonar la base.

—Sí, el centro de control sería el último en evacuarse, pero esto es evidente, se deben coordinar las tareas de evacuación hasta el final desde aquí.

—¿No resulta eso muy arriesgado?

—Sí, lo es, pero alguien tiene que hacerlo ¿no?

—Gracias.

(…)

—La noche cae sobre Hoth. Hablaremos ahora con el Mayor Bren Derlin, responsable de la seguridad de la Base Eco. Mayor, ¿qué medidas deben tomarse de cara a la noche?

—Debemos activar los sensores del perímetro, cortar las comunicaciones, cerrar las puertas blindadas y recopilar y analizar los datos obtenidos por los exploradores. Una vez cerradas las puertas podemos aislar la base de la superficie del planeta, algo necesario debido a la brusca bajada de temperatura que sufre el planeta en este período. Si no lo hiciéramos todo el material u el personal de la base podrían sufrir graves daños, no olvidemos que la temperatura puede alcanzar aquí los -70º.

—¿Qué ocurre con los exploradores que están trabajando en el exterior de la base? ¿Corren algún peligro de quedarse a merced de la noche de Hoth?

—Tenemos unos rígidos controles de seguridad el cuanto al acceso y salida del personal. Antes de una hora del cierre de las puertas todo el mundo debe estar en el interior de la base. Pero por si eso ocurriera estamos preparando un plan de búsqueda y salvamento, aunque aún no lo tenemos listo, porque todavía estamos acondicionando nuestros vehículos al clima. Esperemos que esto no ocurra, las probabilidades de supervivencia en el exterior son de una entre setecientas aproximadamente, según hemos podido calcular.

—¿Están preparadas las tropas para combatir el frío?

—Sí, todo el personal posee trajes térmicos para combatir el frío y todos los días los soldados son sometidos a duras sesiones de instrucción. Cada hombre lleva un complejo sistema de soporte de vida y material de supervivencia aunque como ya le he dicho antes todo esto por la noche es prácticamente inútil. Ni siquiera un tauntaun podría sobrevivir a un frío tan intenso.

# Día dos

—Hola de nuevo, el tiempo no va a empeorar por ahora aquí en Hoth, lo que es un alivio, pero aún así las bajísimas temperaturas son terriblemente agresivas con la tecnología. Es por ello por lo que los mecánicos rebeldes se apresuran a terminar las labores de adaptación de los vehículos. Nos encontramos en el hangar de la base con Tosj Kerlnin, mecánico jefe encargado de supervisar estas tareas. ¿Qué problemas están encontrando en la adaptación de los vehículos al planeta?

—Bien, los T-47 son aerodeslizadores civiles que la Alianza ha adaptado para el uso militar. Además de ello no han sido construidos para operar en planetas de estas características. Sus mecanismos hidráulicos fallan debido a que los fluidos internos se congelan, lo que provoca una falta de maniobrabilidad e incluso puede ocasionar graves accidentes. El motor también sufre las bajas temperaturas, pudiendo llegar a romperse en pedazos si se le somete a grandes esfuerzos.

—¿Ya han encontrado una solución a estos problemas?

—Sí, estamos instalando unidades repulsoras caloríficas en los motores e inyectores de fluidos anticongelantes en los flaps de maniobra. Creo que esto bastará para adaptar los speeders.

—¿Afectan estas modificaciones a las prestaciones de la nave?

—Efectivamente el aumento de peso en las naves afecta a sus prestaciones, pero estas modificaciones son estrictamente necesarias, si no se hicieran los T-47 serían completamente inútiles para su uso en Hoth.

—Vemos que con usted está el comandante del Escuadrón Pícaro, Wedge Antilles. Comandante Antilles, ¿está supervisando las labores de acondicionamiento personalmente?

—Sí, debo comprobar que éstas se realizan de acuerdo a los procedimientos establecidos y en el tiempo previsto.

—¿No se fía de la labor de sus mecánicos?

—No, no es eso.

—¿Superstición tal vez?

—¿Cómo?

—¿Es algún tipo de superstición?

—No, no. Simplemente es que debemos mantener unos estrictos controles de seguridad, cualquier fallo mecánico podría suponerle la vida al piloto. Mi labor es dar el visto bueno al informe del jefe de mecánicos. Ningún control es innecesario.

—Ajá. ¿Cuándo estarán listos los speeders?

—Vamos a intentar que estén listos y en plena capacidad operativa mañana al medio día.

—Cambiando de tema, ¿qué labores desempeñará el Escuadrón Pícaro en la base?

—Principalmente la defensa y exploración aérea del planeta. En caso de ataque serían coordinados para misiones tanto de defensa terrestre como de los transportes de evacuación, aunque esta última tarea posiblemente sea encomendada al recién llegado escuadrón Negro.

—¿Están encontrando los pilotos dificultad para adaptarse a los speeders?

—Bien, el T-47 de Incom guarda gran similitud con otras naves de la misma constructora, por ejemplo el Ala X. Sin embargo los sistemas de armas son distintos y están adaptados para el combate terrestre. Por ello muchos pilotos están familiarizándose con ellos para ejercer labores de artillero.

—Sí, pero no es lo mismo pilotar en el espacio abierto que en una superficie planetaria, ¿no es así?

—Bien, esto es cierto, en el espacio no hay sistemas de referencia establecidos pudiéndose maniobrar en todas direcciones. En un planeta hay que tener en cuenta que cualquier maniobra está influenciada por la gravedad del planeta y por su superficie, cualquier error te puede llevar contra el suelo. De cualquier modo la práctica totalidad de nuestros pilotos han manejado deslizadores aéreos, como el T-16, en sus respectivos planetas y saben lo que es maniobrar en estas condiciones.

—Muchas gracias comandante. Ya lo han visto, la Alianza debe adaptarse a cualquier situación y si personal debe estar preparado para hacer frente a las más diversas situaciones.

(…)

—Vamos a hablar ahora con Garhk Mendral, del personal de mantenimiento. ¿Qué labor desempeña usted en todo este aparente caos?

—Mi labor, principalmente, es acondicionar la base lo mejor posible, los sistemas de soporte de vida, de temperatura, humedad, los sistemas eléctricos, las computadoras,… Tenga en cuenta que en esta base puede haber diez o doce razas distintas en una misma habitación, cada una con unas características especiales y cualquier fallo en uno de estos

sistemas puede poner en la vida de alguno de ellos. Por ejemplo, mientras un wookiee puede resistir temperaturas inferiores a los cero grados estas condiciones serían muy agresivas para un mon calamari o para in ithoriano.

—¿Qué puede contarnos de la vida en la base?

—Bueno, aquí cada uno tiene un trabajo que hacer, lo que deja poco tiempo para confraternizar. Aún así los vínculos que se establecen entre nosotros son muy fuertes. Incluso hay cierta rivalidad entre algunos grupos. Los mecánicos de vuelo se quejan que los pilotos se llevan toda la gloria en el aire y ellos el trabajo sucio en tierra, pero no deja de ser una anécdota entre muchas. El ambiente es muy bueno. De hecho voy a contarle algo que acabo de presenciar. Estaba yo transportando material al centro médico y en un pasillo de la zona sur me he cruzado con el general Solo y la princesa Leia Organa. En un principio estaría discutiendo sobre algún tema relativo a la organización de la base o algo así y cuando pasé entre ellos el general Solo le estaba diciendo: «Temías que me fuera sin darte un beso…». Ja ja ja. No es que sea un entrometido pero me ha hecho mucha gracia. ¿Quién iba a decir que la princesa Leia se iba a fijar en un contrabandista?

(…)

—Acabamos de tener noticias de un suceso terrible. El comandante Skywalker ha desaparecido en la superficie helada del planeta mientras investigaba un meteorito que había caído en sus proximidades. Vamos a intentar hablar con el mayor Bren Derlin, jefe de seguridad. Mayor, mayor, ¿podría darnos algún dato de los sucedido?

—… me importa un carajo que hasta mañana al medio día no estén listos los speeders, mañana por la mañana tienen que estar en el aire buscando a esos dos locos. Perdone, Ted, estoy un poco alterado, ¿qué me decía?

—Le preguntaba si podría dar más datos sobre el suceso.

—Bien, el general Solo ha salido a buscar al comandante Skywalker únicamente con su tauntaun. Le hemos intentado disuadir de que lo haga pero no ha habido manera. Su tauntaun caerá antes de llegar al primer control, ya verá. Estamos organizando las tareas de rescate. Mañana por la mañana desplegaremos todos los efectivos para que podamos encontrarlos. Por esta noche no podemos hacer nada más, tenemos que cerrar las puertas.

—Gracias mayor. Se van a cerrar las puertas. Estos dos hombres se van a enfrentar a temperaturas inferiores a —70º. Ya nos dijo el mayor anteriormente que las probabilidades de supervivencia eran escasísimas. Vemos a la princesa Leia y al wookiee Chewbacca muy afectados con la terrible noticia.

—¡¡Aaaaauuuuuoooooaaaaaaaggggggghhhhhh!!

—En estos momentos se han cerrado las puertas. Esperemos que mañana por la mañana sigan con vida estos héroes rebeldes.

## Día tres

—Base Eco, aquí Pícaro Dos. Los he encontrado, repito, los he encontrado…

(…)

—Buenos días. Hemos recibido las mejores noticias que podíamos recibir esta mañana. El general Solo y el comandante Skywalker han sido encontrados con vida, aunque este último en estado grave, y son traídos de regreso a la base. Esperemos que el comandante Skywalker pueda recuperarse de las heridas sufridas.

(…)

—Tenemos con nosotros a Zev Senesca, el piloto que ha encontrado a los desaparecidos. ¿Cómo se siente en estos momentos?

—Estoy eufórico. Hemos podido rescatar con vida a dos de los más importantes miembros de la Alianza y además los he encontrado yo. En cuanto pueda voy a cobrarme el barril de cerveza que había para el que los encontrara.

—Enhorabuena Zev. Oye, cambiando de tema, explícanos qué diferencias encuentra un piloto entre el vuelo en el espacio y el vuelo planetario.

—Sí, por supuesto. Lo más evidente es que en el espacio no hay gravedad, por lo que uno no está expuesto a sus efectos. En el vuelo planetario cualquier giro brusco te aplasta contra el asiento por la fuerza de gravedad. La sangre se te acumula en las piernas y no llega al cerebro. Esto puede dejarte sin conocimiento si no le pones remedio pronto y si eso ocurre… Una señal de alarma esta en la visión. Cuando las ges, que es como llamamos a la fuerza de gravedad, comienzan a ser elevadas empiezas perdiendo la visión. Al principio se ve como si estuvieras en un túnel, si continúas con esa maniobra se pierde totalmente la visión e inmediatamente el conocimiento. Afortunadamente llevamos trajes anti-g que nos ayudan a soportar mejor la fuerza de gravedad en las maniobras.

—¿Pero la fuerza de gravedad será distinta en cada planeta?

—Efectivamente y la maniobrabilidad de las naves también cambiará según el lugar donde estés… Es decir en un planeta con una gravedad estándar de entre 9 y 11 ges tú tendrías un peso y podrías soportar fuerzas de hasta doce o trece veces tu peso. Si estuvieras en otro planeta con menor gravedad tu peso respecto a la gravedad estándar sería menor, lo que permitiría aguantar más ges, es decir, más veces tu peso. Del mismo modo si estuvieras en un planeta con gravedad superior a la estándar podrías soportar menos ges. Un buen piloto debe saber en qué planeta está y que gravedad tiene y en función de eso saber hasta dónde puede llegar y cuál es su límite.

—¿Y en el espacio?

—En el espacio no hay fuerzas de gravedad de ningún tipo. Puedes pedirle a la nave que haga casi cualquier tipo de maniobra, todo dependerá de las características de esa nave. No puedes pedirle a un Ala Y que maniobre como un Ala A, por ejemplo. Sin embargo en el espacio nos encontramos con otro problema, no hay sistemas de referencia.

—¿A qué te refieres?

—En un planeta sabes que tienes el suelo debajo y que todo tiende hacia él. En el espacio no existe arriba o abajo, esto unido a la falta de gravedad ocasiona serios

trastornos en el equilibrio que pueden marearte enormemente si no estás acostumbrado. Yo utilizo un truco, pensar en las naves como objetos en sí mismos. A ver si me explico. Un crucero mon calamari tiene los motores en lo que podríamos denominar la panza de la nave y más concretamente en su parte trasera, pues en el espacio no me fijo en eso. Es un crucero y punto. No pienso en si esta panza arriba o panza abajo. Sólo me fijo en el objeto en sí y en su dirección. No sé si me estoy explicando. De cualquier modo cuando vuelas entre cazas no hay tanto problema en eso, sobre todo si son cazas TIE. Con ellos me limito a saber hacia dónde van y donde tengo que disparar para destruirlos.

—Por todo esto que nos explicas deduzco que no todos estamos preparados para ser pilotos de caza.

—Bueno, hay que ser de una madera especial. Desde luego siempre hay gente que se marea en los turbo ascensores o haciendo un crucero en un esquife de lujo, pero aunque esas personas no puedan ser pilotos la Rebelión seguro que les encuentra un lugar.

—¡¡¡Eh Zev!!!, ¿¿vienes o nos bebemos la cerveza sin ti??

—En fin, veo que te reclaman, muchas gracias Zev.

—Venga, hasta otra. ¡¿¡¿Eh, ya estáis abriéndolo malnacidos?!?! No puedo descuidarme ni un segundo.

—¡¡Es que eres un rollero y tenemos sed!!

## Día cuatro

—Estoy de nuevo en el centro de control de la base Eco. Hay una actividad frenética. Voy a intentar hablar con el general Rieekan para ver que es lo que ocurre.

—… intente averiguar de dónde procede esa señal.

—Sí, señor.

—General, ¿podría decirnos que es lo que ocurre?

—Hemos detectado algo sospechoso en la superficie del planeta. Por ahora no sabemos nada. Estamos intentando localizarlo en el sector exacto en el que está y su naturaleza.

—¿No podría ser rebelde?

—Hmmmmmmm, no estamos seguros. Ciertamente podría ser alguna patrulla de exploración que se ha perdido o algún piloto que se ha estrellado. Estamos intentando localizar y confirmar la posición de todos nuestros efectivos fuera de la base.

—Una última cosa: ¿cuál es el estado actual del comandante Skywalker?

—Ah, bien, bien. Parece ser que ha reaccionado bien al bacta y creo que en estos momentos ya ha salido del tanque. Pasaré ahora a ver qué tal se encuentra.

—Se ha recuperado pronto ¿no?

—Sí, eso pare…

—¡General!

—¿Qué ocurre Wyron?

—En el sector 12.

—Vemos que entran en el centro de control el resto del estado mayor de la base, a excepción del comandante Skywalker. Enfoca allí Dive, a la pantalla.

—Princesa, creo que tenemos un visitante… Hemos captado algo fuera de la base, en la zona 12, se mueve hacia el Este…

—Sea lo que fuere es metálico.

—¿No podría ser una de esas criaturas que atacaron a Luke?

—¿Podría ser nuestro? ¿Quizá un vehículo rápido?

—El general Rieekan, el general Solo, la princesa Leia y varios oficiales controladores se encuentran discutiendo sobre el origen de la señal. Si es una señal del Imperio tendrán que proceder a evacuar la base. Vamos a ver qué ocurre…

—No hay ninguna señal… Un momento, algo muy débil…

—*Fedtlekdá… fptteldf* …

—Señor, domino más de seis millones de formas de comunicación. Es señal no la utiliza la Alianza, podría ser un código imperial.

—Sea lo que fuere no es amigo. Echemos un vistazo. Vamos, Chewie.

—Pícaros diez y once, diríjanse al sector tres ocho…

—El general Solo ha salido en busca del objeto y el general Rieekan está mandando una patrulla de snowspeeders. Mientras esperamos las noticias que traen voy a intentar hablar con algunos soldados, tratando así de continuar con el guión original que teníamos. Esperemos que las noticias sean alentadoras.

(…)

—Hola de nuevo. Todavía no se han recibido noticias de la extraña transmisión que se ha interceptado. Mientras los expertos de la Alianza llegan a sus conclusiones yo me encuentro en el exterior de la base, donde un pelotón de soldados de infantería rebelde hace instrucción. Responderán a nuestras preguntas los soldados Nash Hchao y Godsh Adow. ¿Cuál es el objetivo de estos entrenamientos? ¿No hacen los soldados rebeldes suficiente instrucción en los cuarteles de entrenamiento de reclutas?

—No, no es eso. Los soldados rebeldes recibimos una buena instrucción. El problema es que es prácticamente imposible recrear todos los climas y todos los terrenos naturales de la Galaxia.

—Sí, el objetivo es adaptarnos al terreno. Los movimientos en la nieve son más costosos que en suelo firme y la baja temperatura el planeta agarrota los músculos, pero gracias a estos entrenamientos estamos adaptándonos bien al planeta.

—Como dice Nash el planeta es muy agresivo con los seres vivos y estamos adaptándonos bien. A los que nunca nos adaptaremos es a los sargentos, ¡ja, ja!

—¿Esperan entrar pronto en combate? Es decir ¿todos estos entrenamientos son para estar preparados para un eventual combate?

—Bueno, eh… creo que una cosa no tiene que ver con la otra. Es cierto que estos entrenamientos son para estar en forma y preparados para cualquier posible

enfrentamiento pero eso no quiere decir que esperemos entrar pronto en combate. De hecho yo espero no tener que combatir.

—Sí, yo pienso igual. Aquí todos somos rebeldes y todos defendemos su causa, pero el miedo a la muerte no te lo quita nadie… en fin, quiero decir que… bueno, un Godsh ni yo hemos entrado nunca en combate abierto con el Imperio, sólo pequeñas escaramuzas y es algo aterrador, uno nunca se acostumbra a ello.

—¡Venga, basura!, ¡levantad esas piernas o correréis menos que un bantha cojo cuando yo os las parta! ¡Sandeck! ¡Seguro que si salieras de una casa de prostitutas en plena redada imperial espabilarías más!

—Veo que sí que es verdad que los instructores son duros.

—Sí, se lo aseguro.

—Lo son pero si tengo que entrar en combate espero tener a alguno de ellos cerca, ¡ja, ja!

—Y cuando ustedes están…

—¡Mierda, la alarma!, ¡vamos, Godsh!

—Joder, tengo la impresión de que va en serio.

—Dive, enfócame… Está sonando la alarma de ataque, lo que en la marina llamarían zafarrancho de combate. Por lo que veo las noticias sobre la señal interceptada no son muy buenas. Vamos al interior de la base para seguir grabando desde allí. ¡Corre Dive, corre!

(…)

—La actividad en el hangar es frenética. Hemos sabido que naves Imperiales han abandonado el hiperespacio en las proximidades del planeta. Todo el personal se apresura a finalizar los preparativos para la batalla. Los equipos de tierra preparan el combustible y el armamento de las naves. Vemos un grupo de mecánicos transportando enormes cajas de material en los tractores de transporte hacia las naves de evacuación. Multitud de androides andan por todas partes ejerciendo sus funciones: abastecimiento de energía, acoplamiento a las computadoras de vuelo… Un grupo de pilotos está corriendo hacia allí. ¡Vamos, Dive!

—Las naves de transporte grandes partirá en cuanto estén cargadas.

—La princesa Leia está impartiendo el briefing a los distintos grupos de vuelo.

—Sólo dos cazas de escolta por nave. El escudo de energía sólo puede abrirse durante poco tiempo de modo que tendréis que permanecer muy cerca de los transportes.

—¿Dos cazas contra un Destructor Estelar?

—El cañón de iones disparará varias ráfagas para asegurarnos que ninguna nave imperial se encuentra en nuestra trayectoria. Cuando hayáis dejado atrás el escudo continuaréis hasta el punto de encuentro ¿entendido?

—Sí.

—Adelante.

—Sígueme, Dive. Hobbie, Hobbie te veíamos un poco preocupado en el briefing.

—Esto es un suicidio. Van a meterlos en la boca del lobo. En fin, lo siento por los chicos del escuadrón Negro.

—¿De qué va a encargarse el escuadrón Pícaro?

—Nos encargaremos de la defensa de la base en el ataque por tierra.

—Venga, Hobbie, tenemos que preparar el speeder.

—Voy, Kesin. Los jefazos idean los planes y los pringaos tenemos que llevarlos a cabo. Siempre igual.

—Suerte. Creo que el primer transporte está despegando en estos momentos. Vamos a intentar hablar con algún otro piloto del escuadrón Pícaro. Dack, Dack, un momento ¿puedo preguntarte algo?

—Ehhhh, venga sí, pero rápido por favor.

—¡El primer transporte ha partido!

—¡¡¡Bien, bien hecho, escuadrón Negro!!!

—Dack, sólo una cosa. Sabemos que el comandante Skywalker es tu piloto asignado ¿está ya recuperado?

—Sí, sí, está perfectamente. Nos vamos a cargar a todo el Imperio. Venga, te dejo que tengo que preparar el caza.

—Suerte, Dack.

—Ya seguiremos hablando en el punto de encuentro.

—Vamos al exterior, Dive.

(…)

—Coronel Callum ¿qué es ese estruendo que se oye a lo lejos?

—Andadores AT-AT. Va a caernos el infierno encima. Estoy intentando verlos con los binoculares pero no soy capaz de…

—Dive, enfoca el horizonte, a ver si consigues ver algo.

—En seguida, Ted.

—¿Cuáles son sus órdenes coronel?

—Tenemos que aguantar el ataque de esos caminantes todo lo que podamos para que los transportes puedan seguir despegando. Cuando nos den la orden nos retiraremos e intentaremos embarcar nosotros también.

—Ahí están, Ted, ya los veo.

—¿A qué distancia están, coronel?

—No podría decirlo exactamente pero debemos estar cerca del alcance máximo de sus cañones: Venga chicos todos a sus puestos. Revisad y preparad las armas que esto se va a poner al rojo vivo. Preparadas las torretas DF-9 y los cañones Atgar… Ya están cerca… ¡Mierda, al suelo, al suelo!

—¡Santo Hacedor, ha empezado el ataque! ¡Una lluvia de lásers nos está cayendo encima! ¡Dive, mira si puedes…! ¡Joder…! ¡Mira si puedes grabar los andadores…!

—Vale, Ted… ¡mierda… voy a intentar sacar la c…!

—Sigue grabando a los AT-AT. Yo seguiré hablando si… si puedo. La lluvia de disparos es aterradora. Desde aquí… desde aquí puedo ver como han destruido las primeras defensas rebeldes.

—¡Vosotros! ¡Avisad a los cañones que apunten al cuello! ¡Levantaos y empezad a disparar! ¡Venga, no hay que ponérselo fácil!

—Los snowspeeders están pasando por encima de nuestras cabezas en dirección a los andadores. Dive, mira si puedes grabarlos.

—Sí, voy… ¡mierda… por poco!

—¿Estás bien Dive?

—Sí, sí, no te preocupes.

—Parece que el fuego sobre las trincheras está disminuyendo gracias al ataque de los speeders. Vemos alrededor nuestro las primeras bajas. Voy a intentar narrar cómo se está desarrollando el combate entre los andadores y las naves rebeldes… A primera vista vemos varios speeders en el suelo. Aunque son naves rápidas los andadores están diezmándolas. Parece que el blindaje de los vehículos imperiales es demasiado fuerte.

—Aquí el coronel Trey Callum. Base Eco ¿me escucha?

—Adelante coronel.

—El blindaje de los AT-AT es demasiado fuerte. Nuestras torretas son totalmente inefectivas contra ellos y estamos teniendo demasiadas bajas.

—Aguanten, coronel. Necesitamos que aguanten más tiempo.

—Roger.

—¡Vosotros dos, poned a salvo a los heridos! ¡Tú, tú y tú ayudadles!

—Vamos, cógele de los pies.

—¡Aaaaahhhh!

—Los speeders están intentando otro ataque después de la primera pasada. Vemos que uno está dando vueltas alrededor de un AT-AT… ¿pero qué demonios hace?… Coronel ¿puede decirnos que está haciendo ese speeder?

—¡Joder, que huevos! Están intentando derribar los andadores con los cables de remolque de las naves. Vamos… una vuelta más.

—Se está alejando… ¡ese está cayendo! ¡¡¡Lo han conseguido!!!

—¡Hurra!

—Godsh, Nash, seguidme. ¡Vamos, antes de que salga algún cabrón del interior!

—El caminante ha caído. Varios soldados rebeldes se dirigen a él para atrapar bajo el fuego a los imperiales que intenten salir… Están a punto de llegar… ¡Diablos…! ¡Joder…! El andador ha explotado delante de ellos… ¿están bien?… parece que se están moviendo… sí, parece que aunque aturdidos se encuentran bien… vamos a ver si llegan… ¿qué ha ocurrido?

—Joder ¡yo que sé! Cuando hemos llegado ha explotado.

—Puede ser que con el golpe se haya derramado combustible y algún cortocircuito lo haya prendido.

—Gracias chicos. Vemos desde aquí que otros dos speeders se dirigen a otro andador con la intención, supongo, de utilizar otro cable de remolque para tumbarlo… ¡han dado a uno, han dado a uno!… está cayendo… se ha estrellado… mala suerte piloto… El segundo speeder sigue con el ataque… también le han dado… está echando humo… ¡también se ha estrellado!

—¡¡¡Retirada, retirada!!!

—Han dado la orden de retirada pero vamos a intentar seguir grabando lo que ocurre en la batalla… ¡¡¡está vivo!!! Dive enfoca ese speeder… ¡¡¡hay alguien saliendo de él!!!

—¡Ted, tenemos que irnos!

—Intentaré seguir narrando lo que ocurre mientras corremos a los transportes… El caos es total. Cientos de hombres corren en dirección a la base mientras los AT-AT disparan sobre todo lo que se mueve… hay explosiones por todas partes… el olor a muerte y carne quemada es insoportable… corre, Dive, corre… ¡Dive, Dive, enfoca eso!

—Vamos, Ted, corre.

—¡No, no, enfoca eso! ¡Alguien está colgado de ese AT-AT!… ¡Está subiendo con un cable!… ¿Lo tienes Dive?

—Sí, sí, pero ¿qué demonios está haciendo?

—¡¡¡Acaba de soltarse!!! No sabemos aún que ha pasado pero la caída del hombre ha sido enorme. La altura del andador es considerable y… ¡joder! ¡¡¡Acaba de explotar en mil pedazos ese andador!!! Ese piloto debe haber colado una granada en el interior… parece que se levanta…

—Vámonos, Ted, o no podremos subir a los transportes.

—Mientras corremos hacia el interior de la base vemos que los últimos soldados rebeldes que quedan ahí están formando una empalizada para intentar repeler el ataque de las tropas de asalto mientras… ¿Qué ha sido esa explosión?

—¡Los generadores de energía, han volado los generadores de energía!

—Esto se ha acabado. La base está a merced de la flota imperial… ya estamos en el interior de la base. Intentaremos ofrecerles todo lo posible antes de dirigirnos a los transportes.

—Tú, coge la Merr-Son y ponla ahí. Intenta apuntar a las rampas de bajada de los AT-AT. Poneos a cubierto y no dejéis de disparar. Iremos abandonando este puesto gradualmente. Cuando sea vuestro turno dirigíos a los transportes lo más rápido que podáis. Atentos, ahí vienen los primeros andadores. Apuntad bien, están en el alcance máximo de nuestras armas pero tendrán que acercarse antes o después.

—Los andadores se han situado en el perímetro de la base y comienzan a descender al suelo para que desembarquen las tropas que hay en el interior… las primeras rampas se están abriendo…

—¡¡¡Fuegoooo!!! ¡Cargaos a todos esos cabrones! ¡Que no quede ni un puto imperial!

—¡Jodeos, jodeos!

—¡A las rampas, a las rampas! ¡Disparad a las rampas! ¡Que no baje ninguno!… ¡A ese, a ese hijo puta que está plantando la ametralladora!

—¡Granadas, granadas! ¡Lanzad granadas!

—El ruido de las armas es ensordecedor… desde aquí parapetados estamos intentando… ¡joder…! ¡No sé si saldremos de esta, Dive…!

—¡¡¡Cabrones, cabrones!!!

—¡Son demasiados, no vamos a poder con ellos!

—¡¡¡Una granada, han colado una granada!!!

—¡Retiraos, fuera todos de aquí!

—Ahhhhhhhh.

—¡¡¡Mi pierna, dónde está mi pierna!!!!

—Coged a los heridos que creáis que se pueden salvar.

—Dive, sigue grabando.

—¡Ted, tenemos que ir a los transportes!

—¡¡¡Sigue grabando!!!

—Dejadme aquí. No puedo moverme.

—No tío. Sabes lo que el Imperio hace con los prisioneros.

—No me cogerán vivo.

—Te voy a llevar conmigo.

—No, déjame. Si me coges se me caerán las tripas… Dame unas cuantas granadas y déjame… no podéis hacer nada más por mí…

—Venga, los demás id hacia los transportes. Intentaré cubriros.

—¡Las tropas imperiales han entrado en la base! ¡Las tropas imperiales han entrado en la base…!

—Enfócame, Dive… los altavoces anuncian que hay tropas imperiales en la base. La Alianza ha perdido esta batalla, pero no la guerra…

—¡¡¡Ted, los tenemos ahí, tenemos que irnos!!!

—Sigue grabando… mientras quede un solo rebelde en la galaxia el Imperio no podrá dormir tranquilo. Mientras un solo pueblo se resista al yugo imperial la Rebelión seguirá viva…

—¡Ted, cuidado!

—Ahí está esa escoria rebelde. Disparad a matar.

—El alto mando imperial ha dicho que necesitan prisioneros.

—Ya se encargarán otros de eso. ¡¡¡Disparad!!!

—¡¡¡Ted, al suelo!!! …mierda… hijos de puta… hijos de puta… se lo han cargado… cabrones.

—Vámonos chico. No puedes hacer nada por él. ¡Tenemos que salir de aquí!

—Joder… joder…

—¡La cámara, coge la cámara!… ¡que vuestro trabajo no haya sido en vano! ¡Corred hacia la zona Norte, ahí están los transportes! ¡Yo los aguantaré todo lo que pueda!

—¡¿¡¿Sargento, usted no viene?!?!

—¡¡¡Corre y calla… de algo hay que morir!!!

Fin de la grabación…

# Historias de Tosche Station

Jashid O'Wamba

*(Parodia libre basada en la novela de José Ángel Mañas «Historias del Kronen» adaptada al universo Star Wars, si buscáis referencias, se tarda menos viendo la película del mismo nombre (dirigida por Montxo Armendáriz), pero no es lo mismo.)*

**Historias de Tosche Station.** (Juan Manuel Lorenzo Moreno 1999)

Son las tres de la tarde, unos gritos estridentes me despiertan:

—¡¡Luuuuuke!! ¡¡Luuuuuke!! ¡¡Quieres hacer el favor de levantarte de una puta vez!! ¡¡Hay que llevar al droide binario a que recoja las lecturas de los condensadores en el ala este!!

—Joder, me he vuelto a quedar sopa, la fiesta de anoche en Tosche Station fue un desfase, con los chutes del glitterstim que pilló Biggs no me acuerdo de nada. Mejor me levanto a toda ostia no vaya a ser que el cabrón del tío Owen me eche un cubo de arena encima y me deje más guarro que un Bantha renegado, después de los bailes alocados de anoche apesto y lo peor es que sólo hace dos días de mi última ducha, hasta la semana que viene tendré que oler como una jodida rata womp.

Bajo a la cocina y me encuentro a la tía Beru, otra vez leche azul, que jena, el mes pasado le dio por pulirse la pasta en el bingo de los devaronios y ahora se siente culpable y se tira todo el día en la cocina cantando canciones en Bocce, incluso le ha pedido al tío un droide intérprete que hable Bocce para que le haga los coros. Me escaqueo un momento a la habitación de mis tíos y registro el bolso de tía Beru, le pillo una tarjeta de 50 créditos, si me preguntan, le echaré la culpa a alguno de los trabajadores Jawas que subcontrata mi tío el pirata. Cualquier día me cabreo y le denuncio a la prefectura imperial por escaquearse a la hora de pagar los impuestos especiales por cada trabajador.

Le abro al puerta al droide binario, cada día está más lento el cacharro, dentro de poco se lo cambiaré a los Jawas por un poco de Ryll «culero» para rularlo entre la peña. Subimos al X-34 y salgo soltando tiza hacia el ala este, mi tío me dice siempre que no pase de 80 kph, lo pongo a 250 y paso justo delante suyo, por el retrovisor le veo maldecirme, ¡¡jaja, que le den!! Creo que voy a dejar al droide enchufado al evaporador y me voy a dar un rulo por Anchorhead.

Llego a Anchorhead batiendo todos los records y con el parabrisas lleno de bichos espachurrados, no veo a nadie de la banda, seguro que han pillao algo y se están chutando sin mí. Acelero hacia Tosche Station sembrando el pánico en las calles, ¡¡uuuuyyyyyyyyfffsss, me ha faltado el canto de un crédito pa llevarme por delante a ese yuzzum!!

En el siguiente cruce me encuentro a Biggs en su swoop, nada más verme se descojona en mi jeta:

—¡¡Ein Wormie, que haces en un mísero X-34 , si eso ya no vale ni medio crédito!!

—¡¡Pasa de mi Biggs, tu manejarás muchas pelas, pero como un día te pillen los de la guarnición en uno de tus trapicheos si que vas a ver mucho glitterstim… en las minas de Kessel!!

—Vaaa colega, dilo más alto y el Garindan no tendrá que salir de la cama para espiar.

—Sorry tronn, ya sabes que cuando llevo mucho sin meterme un pico de glitter me pongo nervioso y grito un poco, ¿tienes algo pa pasarme?

—Pueeesssss, si, acabo de pillar un envío sin cortar y estoy dispuesto a darte glitter para un mes a cambio de un pequeño favorcillo.

—Joe colega, por un mes de glitter soy capaz de vender a mi tía a los tusken raiders, ¿qué hay que hacer?

—Bueno, no mucho, la verdad es que lo haría yo mismo, pero estoy muy ocupadillo, como tú eres legal, te lo encargo a ti. Tienes que coger este paquetito y llevárselo en tu T-16 al notas que trabaja conmigo.

—¡Ondiá, tío!, ¿el ermitaño ese que vive en los Junland Wastes?

—Si, ya, ermitaño, el pibe ese ni ermitaño ni leches, es una pose, si yo te contara… bueno, ¿qué me dices tío?, ¿cuento contigo o no?

Me hago de rogar un poco, pero la verdad es que estaría loco si rechazase una oferta así, el Biggs dice que esta ocupadillo, pero la verdad es que le acojona tener que volar bajo por Beggar’s Canyon para evitar los sensores de la guarnición, si lo sabré yo. Me despido de Biggs, no sin antes habernos hecho un glitter entre los dos, voy puesto hasta arriba, y antes de darme cuenta me he cepillado una manada de scurriers, joerrrr, y yo que voy de ecologista en mis ratos de ocio…

A mitad de camino hacia la granja me doy cuenta de que no he recogido al droide binario, pero paso porque llevo prisa, luego antes de volver pasaré con el T-16 y lo freiré con los blásters para que parezca un ataque Tusken…

Llego a la granja a las cinco de la tarde, oigo ruido de vasos rompiéndose, como es habitual hay movida en casa. Me acerco pegado a la pared hasta la puerta de la cocina:

—¿Y esto que he encontrado en tu cartera qué es? ¿Eh?, ¿eh?, ¿quieres que te lo diga?, ¡es una tarjeta del BFLLP! (Bib Fortuna’s Leisure & Lust Palazzo), ¡me prometiste que no volverías a ir!

—¡Si no he ido!, ¡fue un panfleto que repartían los droides publicitarios al lado del Dowager Queen!

—¿Pero tú te crees que me chupo el dedo?, ¡sé muy bien que has ido a ese antro porque eres un vicioso y un sátiro y no cumples con tus deberes maritales!, ¡y de panfleto nada que pone tarjeta V. I. P bien claro!

—¡Primero, la que no cumple con los deberes esos eres tú que te tiras todas las rotaciones en el bingo devaronio, y segundo, ¿con qué dinero según tú me voy a financiar las prostis twi’leks si te lo pules todo, eh?

—¡No te vayas por la tangente que sé que en el BFLLP te fían a cuenta de la casa por volumen de contratación!…

Joder, mis tíos siempre igual, bueno, ya se les pasará, espero que los vecinos no alerten a la patrulla, por si acaso voy a pirarme de aquí en menos que canta un ronto. Cojo el paquetito y me meto en el T-16, paso de hacer el chequeo de sistemas, ya lo hice hace tres meses. Enciendo el motor y salgo escopetao, justo a tiempo porque veo acercarse un AT-ST de la patrulla. Empiezo a soltar tiza hasta llegar a Beggar's Canyon, la verdad es que podría volar con los ojos cerrados, pero no me mola chulearme cuando voy solo.

De camino a la guarida del ermitaño activo los blásters y empiezo a freír ratas womp como un demente ¡hahahahaaaaa, ni squash ni ostias!, ¡esto es lo mejor para el stress! Un momento, en el radar detecto un objeto móvil, miro a las cinco y sobrepaso una caravana de jóvenes Tusken, deben de ir a cazar un dragón Krayt, como me sobra tiempo doy media vuelta y desciendo a ras de suelo, me gustaría ver la cara debajo de esas máscaras, el líder es el primero en verme, como buen Tusken se levanta de su montura y me desafía con su gardefffii, acelero y en el último momento me elevo medio metro, por la cámara trasera veo el alud de polvo que se les vienen encima, jeje, a veces parezco un auténtico Gamorreano…

Acelero en la parte final de Beggar's Canyon, aquí es donde normalmente los que me desafían a una carrera se estampan contra los acantilados, no estaría mal que renombrasen esta zona como «Las Calcomanías de Skywalker». Llego al acantilado sur y asciendo en vertical a medio metro de la pared, siento como las cejas se me van para atrás con la aceleración, mejor que un lifting. Al salir de la trinchera veo la guarida del eremita, doy un par de vueltas y como veo que la chimenea está encendida me decido a aterrizar.

No se oye un alma, igual es que como con las prisas no me he puesto el casco de vuelo para evitar el excesivo ruido del motor iónico trucado, el que está más sordo que una tapia soy yo. Me acerco a la puerta y llamo, ¡TROMP, TROMP, TROMP! ¡Eh viejales, te traigo un paquetito de Biggs! No contestan, es igual, yo entro. Abro la puerta y entro en la kely del notas éste, le veo al fondo, está sentado en un sillón ergonómico y tiene en la boca un cilindro blanco que echa humo.

—¡Que paisha abuelooo!, ¡que tiene usted visita y no se cosca!

—¡Joe que sustooo! El tío se atraganta y empieza a toser ese humilllo blanco, se pone colorao y parece que las venas del cuello se le van a reventar.

—¡Abuelooo, cuidao que a su edad no está usted para chiquillerías de ésas!, ¿qué es ese cilindro humeante que ha tirado a la chimenea?

—¡Ya te daré yo a ti chiquillada, a ver si nos ponemos un cascabel!, bueno, ¿vienes de parte de Biggs?

—Si, le traigo este paquetito, ¿qué es?

—¿Qué es, qué es?, ahora verás que es, trae p'acá.

Con un raudo movimiento de su brazo, apenas visible para mí me arrebata el paquete y lo abre. En su interior hay unas hojas blancas de celulosa y un paquete de lo que parece hierba picada como la que usa tía Beru para sus cocidos del Domingo.

—Bueno, yo soy Luke Skywalker, pero la peña me conoce como Wormie.

—¡Anda!, a mi me llaman el Obehuno, con h exhalada, es que en mis tiempos mozos intenté introducir la ganadería ovina en Tatooine, pero no caí en la cuenta de que a los Tusken les encanta cazar de todo… mientras me cuenta la batallita de como los moradores de las arenas se pimplaron todo su rebaño, observo como dispone la hierba picada en finas tiras sobre las hojas de celulosa, y a continuación las enrolla formando unos cilindros como el que ha tirado antes a la chimenea, debe de hacerlo bastante a menudo, pues tarda menos de 5 «parasegundos» en preparar cada cilindro.

—Bueno, esto ya está, prepárate muchachuelo porque vas a darle unas caladitas a esta genuina hierba de chak. De repente el Obehuno empuña un mango de acero y oprime un botón, del aparato surge un haz de luz azulada, ¡onio, un sable de luz!, ¡SOCORROOOOOO!, intento salir por patas antes de que el psicópata me corte en rodajas, pero me doy contra el armario, resbalo y caigo al suelo, el Obehuno me mira primero con extrañeza, pero de repente empieza a descojonarse:

—¡Tranqui tronn!, ¡que no es lo que piensas!, este bicho lo uso como mechero láser para iniciar la combustión de los cilindros-chak.

—¡Bufff!, ¡colega, como me metas esos sustos la próxima vez te van a traer el paquetito tus «lejanos»!

—Vaaa, buen rollito, buen rollito man. El Obehuno enciende un cilindro le da un par de caladitas y me lo pasa. Va, que ruleeeee ¡WOOOOOOOOOOO!, ¡que subidote!, ¡prueba, prueba! No demasiado convencido aspiro esa humareda a mis pulmones, no creo que esto ponga mucho, donde esté el glitter que se quite todo lo… un momento…

.
.
.
.
.

Diez «paraminutos» después:

—Pues yo creo que los secretos del universo subyacen en la pregunta: ¿y si R-O-N-T-O en vez de significar Ronto significase Dewback?

.
.
.
.
.

Quince «paraminutos» después:

—Obehuno, casi que en vez de darme glitter para un mes me vas a dar de esta exótica hierba…

.

.

.

.

.

Dos «parahoras» después:

—Hasta pronto joven Skywalker, no te olvides de que fumar mucho chak te provocará S. P. A. O. C. E (Sindrome del «me ha Picado un Alacrán Ostias Como Escuece»), caracterizado por enajenación mental con fuertes alaridos y cabriolas por doquier.

—Okey chato, nos vemos. Enciendo el motor y salgo a toda leche hacia la granja Lars, a ver si llego a cenar, casi se me olvida, me desvío tres grados hacia el Este y me cargo a blasterazos al droide binario, jeje, día perfecto…

A la «parasemana» siguiente:

—¿Qué son esos alaridos descomunales?, me levanto a toda leche y bajo al patio, me encuentro a la tía Beru tirada en el suelo con los ojos coloraos, echando espuma por la boca y balbuciendo algo así como «the xatunga, it has something that I crave for!, I don't know what'll it be, what'll it beeee…!!!!!», alguna de sus canciones en bocce fijo. Mientras el tío Owen está en el patio dando saltos de dos metros con la cara morada y las venas de las sienes de un color negro grimoso, oh oh, me temo lo peor. Voy corriendo a la cocina, abro el armarito y cojo el bote de galletas donde había escondido la hierba de chak ¡VACÍO!, mis peores sospechas se van confirmando, destapo la olla del cocido y el olor a chak casi me tumba… joeeeerrr que marrón, al final parece que voy a tener que adelantar mi ingreso en la cademia para mañana mismo… ¡ostis tú!, ¡mira que es pegajosa la canción esa! the xatunga fiufiufiufiuuuu…!!!!!!!

# La República cae

Pablo Valdes

El senador Palpatine, respaldado por pequeños grupos corruptos de traidores se ha autonombrado emperador de la galaxia. Las etapas de reconstrucción de un Jedi oscuro herido en una batalla, han alarmado a la República, quien teme pueda estar al lado del Emperador.

Mientras, la República intenta mantenerse y devolver la paz y la libertad a la galaxia…

Antaño, la gente se había referido a Coruscant como el planeta donde se almacenaba toda la paz de la galaxia que luego se encargaba de repartir. El edificio era el más grande de la ciudad a la cual se la empezó a conocer hace pocos meses con el nombre de Ciudad Imperial. Medía casi tanto como un Destructor Estelar, pero era si cabe, aún más temido. El que era el edificio central de la República se había convertido en el Palacio del Emperador. Dentro, los interminables pasillos que formaban parte del palacio estaban todos llenos de casi infinitas filas de las tropas de asalto. Su armadura blanca relucía incluso dentro de aquel edificio rodeado por completo de energía oscura.

En el interior del palacio, una multitud de soldados estaban cambiando los bustos y cuadros de personajes tan importantes para la República como su presidente Mom Mothma, o el magnífico piloto estelar de la República, Jan Dodonna, que con tan solo cuarenta años ya ostentaba el rango de General por estatuas y retratos del recientemente proclamado Emperador.

Tras recorrer unos pocos pasillos más se podía contemplar una grandísima puerta con tan solo dos soldados a cada extremo de esta. Se decía que estos soldados, completamente ataviados de rojo, podían utilizar la Fuerza, y que era el mismo Palpatine el que los instruía. Dentro, la habitación a la que daba la gran puerta ofrecía un claro contraste con el resto del palacio. Al contrario que en el exterior, la habitación no poseía nada que la adornara, y además estaba llena de una fría oscuridad que nadie hubiera podido nunca explicar. En el centro de esta se encontraba una figura oscura sentada en un sillón mantenido a escasos centímetros del aire por unos haces repulsores. El Emperador, que tan solo contaba con treinta años, aparentaba muchos más, debido a que había utilizado tantas veces las energías del lado oscuro, que le habían corrompido no solo el cuerpo, sino también el alma. El Emperador cubierto por una túnica totalmente negra, similar a la que vestían los Jedi, llamó por un intercomunicador situado en la abrazadera de su asiento a uno de sus aliados científicos.

—Aquí el Emperador —dijo con voz ronca—, ¿han acabado ya con el nuevo proyecto?

—No, mi señor —fue la respuesta—. Su cuerpo está totalmente destrozado. El haber caído a ese pozo de fundición le ha quemado totalmente los tejidos internos y la mayor

parte de la superficie de sus pulmones. Está siendo muy difícil completar su construcción sin que sufra daño alguno —dijo el científico.

—Bien —respondió Palpatine—, hágamelo saber en cuanto terminen. El emperador cortó la conexión del intercomunicador sin despedirse del científico ya que Palpatine raras veces ofrecía saludos o despedidas porque las consideraba una pérdida de tiempo. El asiento comenzó a girar sobre sí mismo hasta dejar al Emperador enfrente de una gran ventana desde donde se podía contemplar la mayor parte de la Ciudad Imperial.

El Emperador dejo salir de su boca una suave sonrisa de satisfacción. El haber encontrado un nuevo aliado llenó de orgullo al Emperador. Él ya había conseguido que el joven Anakin Skywalker pasara al lado oscuro, pero la lucha con Obi-Wan Kenobi había hecho que casi muriera al ser arrojado a un pozo de fundición. El Emperador mismo se había encargado de destruir a Kenobi, o al menos eso creía él. Una vez curado su propio Jedi oscuro sería el amo y señor de la galaxia. El Emperador emitió una carcajada estridente, la cual casi hizo que se les parara el corazón a los dos guardias apostados afuera.

—¿Qué? —gritó Bail Organa—, eso es una estupidez. El Emperador ha conseguido expulsarnos de Coruscant y nos hemos reunido en esta luna en la que no estamos totalmente seguros, hemos perdido a la mayor parte de nuestros pilotos y cazas, y usted pretende lanzar un ataque directo al Palacio del Emperador, al centro mismo del Imperio. ¡Eso sería un suicidio! —exclamó Organa.

La persona a la que se estaba dirigiendo Organa era un twi'lek con su largo apéndice enrollado alrededor del cuello.

—Señor —dijo el alien—, creo que un ataque directo puede ser la solución ideal. Produciremos muchos daños y…

—¡Y nos destruirán a todos también! —exclamó Organa—, no olvide Zedd —que así se llamaba el piloto— que desde la subida al trono del senador Palpatine nos estamos quedando sin naves y refuerzos y no podemos perderlo todo en un solo ataque, lo mejor es que…

Una alarma comenzó a sonar en la sala de reuniones mientras que una voz femenina generada por ordenador anunciaba la detección de varios Destructores Estelares.

—¡Nos han localizado! —exclamó Organa—, debemos irnos de esta luna, General Dodonna —anunció Bail Organa—, usted encabezará el ataque a esos Destructores. Debemos mantenerlos ocupados mientras las demás naves de transporte y las lanzaderas con el personal más importante saltan al hiperespacio. Hay un planeta cerca de aquí que se ajusta a nuestras necesidades —dijo Organa—, su nombre es Alderaan, posee un clima apropiado para nosotros. Desde allí continuaremos la lucha contra el Imperio. Yo me he introducido en el nuevo senado Imperial. Ellos no sospechan que estoy aquí. Bajo ningún concepto deben reconocernos —dijo Organa—, sino estaremos perdidos. General Dodonna —dijo—, cuando quiera puede comenzar su explicación.

El General Dodonna, un hombre joven pero maduro y un magnífico piloto ataviado con el traje de vuelo rebelde, se puso en pie y se dirigió al centro de la sala.

—Bien, esta será nuestra táctica —dijo—. Todos los pilotos asignados a los nuevos cazas X se encargaran de derribar a todos los cazas TIE mientras que los pilotos de los cazas Y se encargarán de lanzar unos cuantos torpedos de protones sobre esos destructores —explicó—, ¿alguna pregunta?

Nadie contestó con lo cual Dodonna continuó hablando.

—Tenemos que mantener ocupados a esos destructores imperiales mientras las naves de carga y las lanzaderas con el personal saltan al hiperespacio en dirección a Alderaan —dijo—. Bien, pilotos a sus cazas, y que la Fuerza nos acompañe.

Al instante, todos los cazas salieron de la atmósfera de la pequeña luna donde estaban escondidos y se dirigieron hacia los destructores.

Un soldado imperial se acercó al capitán del destructor imperial, para informarle.

—Capitán Freeman —dijo el soldado—, naves rebeldes se dirigen hacia aquí.

—Bien, —respondió Freeman— ¡lancen todos los cazas contra ellos!, nada nos impedirá destruir el emplazamiento rebelde —dijo.

—Sí, señor. De inmediato —fue la respuesta.

Del Destructor Estelar comenzaron a salir cazas TIE. La característica de estas naves era su enorme velocidad, aunque carecían de escudos e hipervelocidad.

Un caza TIE escupió chorros de láser verde los cuales alcanzaron un caza Y que estalló en mil pedazos.

—Aquí Jefe Oro —dijo Dodonna—, todos los cazas X deben ir tras los cazas TIE lo más deprisa posible.

Un caza X pasó rozando la nave de Dodonna, el cual iba a reprochar al piloto por su aparente falta de cuidados, pero inmediatamente se fijó porque Rojo Dos había hecho aquella maniobra de Yoquey galáctico, un caza TIE le estaba persiguiendo por detrás.

—Rojo Dos —gritó Dodonna—, estoy detrás de ti, aguanta un poco más y volare en pedazos a ese imperial.

—Recibido Jefe Oro —fue la respuesta.

El caza X de Dodonna efectuó un rizo por debajo del caza TIE y se aproximó a él por debajo lanzando andanadas de láser rojo. Un instante después, el caza TIE estalló volviéndose irreconocible.

—Buen disparo Jefe Oro —gritó Rojo Dos—, los cazas Y están preparando sus posiciones para lanzar sus torpedos.

—Recibido Rojo Dos —respondió Dodonna—. Jefe Azul, aquí Jefe Oro —dijo—, ¿falta mucho para que lancen sus torpedos?

—No Jefe Oro —dijo Jefe Azul— estamos a punto de…

Dodonna no recibió nada más ya que el caza Y de Jefe Oro estalló en mil pedazos por culpa de las andanadas recibidas por un caza TIE.

Jefe Oro derribó dos cazas más y pudo observar como los restantes cazas Y lanzaban los torpedos. Dos Destructores Estelares estallaron.

En el puente de mando del Inmunidad, todos se quedaron asombrados.

—Capitán Freeman —dijo un soldado—, hemos recibido muchos daños, pienso que lo mejor sería que saltáramos a la velocidad luz ahora que todavía la tenemos. —Expresó.

—Tiene razón capitán —dijo un suboficial—, hemos perdido nuestros escudos delanteros, un impacto más en esa parte y seremos historia —sugirió este.

El capitán del Inmunidad aprobó la sugerencia. En el puente de mando se escuchó un familiar zumbido y un instante después el Inmunidad saltó al hiperespacio.

Dodonna escucho un grito de júbilo de uno de los pilotos de los cazas Y.

—¿Ha visto señor? —dijo azul cinco—, hemos hecho que esos destructores mordieran el polvo espacial nosotros solos —explicó.

—Si, azul cinco —respondió Dodonna—. ¿Han saltado ya las demás naves y lanzaderas?

—Si Jefe Oro, acaban de hacerlo —dijo el piloto del caza Y.

—Bien, entonces vayámonos de aquí —sugirió Dodonna.

Jefe Oro sincronizó las coordenadas con los demás pilotos, accionó una palanca y pudo observar los finos hilos de estrellas que precedían al hiperespacio.

Todos los cazas saltaron a la velocidad luz en dirección a Alderaan. La alianza formada con los restos de la República había golpeado fuerte al Imperio, además de haber encontrado un nuevo hogar…

## FIN DEL EPISODIO

# Poesías del lado oscuro

Edem Miller

## Elegías de un Señor Oscuro

Vientos de miedo y terror recorren mi espíritu.
A mi alrededor, contemplo mucha muerte y odio,
por milenios engendrada.
¿La causa?, en mi mano veo una espada ensangrentada
hundida hasta el fondo del corazón de mi enemigo.
No, con furia pienso que no hay tregua para aquel,
que tanto tiempo me ha herido.
Mil batallas desde entonces he pasado,
heridas graves en mi pecho he tenido,
Pero pienso en mi interior que dulce es la venganza
de liberar con sangre las cadenas,
que tanto tiempo encerrado me han tenido.
Y ahora, tras la batalla final, recobro mi espíritu,
liberándolo al fin de tiranías.
Lo que debo hacer en mi mente veo,
andar y andar tras el horizonte,
en busca de nuevos desafíos.
Despídase al fin, este guerrero,
bautizado ya con sangre y fuego.

Edem 14,39-15,30 4.6.99

# A fuego y sangre

Fuego y sangre, sangre y fuego,
en mi corazón arde el infierno
despertándose en él las fuerzas del averno
y restaurando así mi maltratado ego.
Pongo por emblema un corazón roto y en llamas
que coloco ahora en el fragor de la batalla,
donde extrañamente, me encuentro en paz y en calma.
En este momento veo en mi cabeza visiones de lucha y venganza
y sé que no pararé hasta que alguien me diga ¡basta!
Pocos hay buen Hades que te sigan con agrado.
Cuéntame entre tus elegidos y mi alma reclama.
Maldito soy en vida; dame el placer de maldecirla en su esencia misma
y reírme desde la fría losa de mi tumba por mi venganza cumplida.
Siiií, que el gélido y frío invierno caiga sobre la tierra
que ha negado la paz a mi alma,
y que esta se agite cuando todo arda bajo la llama de la venganza.
Desde ahora, juro que ese será mi fin y mi esperanza.

# La llamada de la Fuerza

Carmelo López

Hacía calor. Cuando no era de noche siempre hacía mucho calor. El accidentado paisaje ocre virtualmente infinito de Tatooine casi se confundía en el horizonte con el rojo de la aurora de los dos soles. El yermo Mar de las Dunas parecía pertenecer a algún planeta muerto, pues hasta donde hubiera alcanzado la vista de un observador, de haber habido alguno, no se podía encontrar en él criatura alguna que reptara o volara. Sólo una modesta cabaña abandonada, medio cubierta de arena, en la cima de un montículo, desentonaba entre la continuidad desértica de dunas y peñascos.

Tatooine es así. Nadie recuerda que haya sido de otra manera. Una asfixiante roca polvorienta difícilmente habitable, física y políticamente fuera de la República, en la que lo peor de la Galaxia se concentra en unas pocas ciudades y más o menos convive con granjeros de humedad, jawas y dispersas tribus tusken, que al fin y al cabo forman parte de lo peor de la Galaxia.

Un lejano rumor profanó el silencio del estéril Mar de las Dunas. Creció hasta ser un reverberante murmullo, y de murmullo a zumbido, y de zumbido a rugido. Si un observador hubiera levantado la vista habría contemplado sin mucho asombro el descenso de una nave de combate monoplaza, un conocido modelo evolucionado de Ala-X de la República, con la ausencia de su unidad R2 como único extraño detalle digno de mención. Se posó en perfecta maniobra y los motores se desactivaron sin prisa. Cuando definitivamente callaron se abrió la portezuela de la cabina y descendió con lentitud un hombre de escaso pelo muy canoso, cansados ojos azules, cuidada barba y andares algo achacosos pero decididos. Calzaba unas botas de media caña ajustadas con correas y vestía unos pantalones, una camisa interior, otra exterior abrochada con unos cordones en el costado derecho y un par de largas estolas que caían desde los hombros hasta la cintura ceñidas con una faja, rodeada a su vez por un cinturón de cuero en el que había diversas cajas y cápsulas. Se cubría el cuerpo con una oscura túnica a cuya espalda colgaba una capucha. Todas las telas de su atuendo eran de diferentes grados de color marrón, siendo la capa la más oscura.

El Maestro Jedi caminó hacia la sencilla vivienda y se introdujo en ella sin titubear. Tenía la plena seguridad de que no había sido saqueada. Sabía que los tusken no se atrevían ni a pensar en pasar cerca de allí. Cuenta la leyenda que una vez una tribu entera pereció bajo la ira de un humano con un sable de luz. Cuenta otra leyenda que en aquella casa había vivido otro humano con sable de luz, aquel viejo que un día se fue y del que jamás se volvió a saber. Los moradores de las arenas no son gente supersticiosa, pero habiendo tantos otros caminos en los que esperar a incautos viajeros, ¿para qué arriesgarse a otro desastre?

El hombre entró en el dormitorio y se dejó caer meditabundo en un incómodo asiento frente a la pequeña mesa redonda. A su derecha había una estrecha colchoneta podrida por el calor y el tiempo. A su izquierda se abrían pequeños tragaluces por entre las anchas

y rugosas paredes blancas. Unos noventa años antes, en aquella misma estancia, aquel hombre había blandido por primera vez un sable de luz. Era azul, y era el que había pertenecido al Elegido cuando cruzó el umbral que separaba la luz de la oscuridad, el que Obi-Wan Kenobi recogió del volcánico suelo de Mustafar, el que acabó en algún perdido lugar de la Ciudad de las Nubes en Bespin empuñado por la mano amputada al hijo del Elegido por su propio padre. El hijo del Elegido, el mismo que ahora se sentaba en aquel dormitorio recordando aquel primer momento con el sable de luz de su padre; aquel momento que precedió inmediatamente al más brusco punto de inflexión que su vida había atravesado. De granjero de humedad con sueños de grandeza a precursor de una nueva generación de caballeros Jedi.

Luke Skywalker se levantó del asiento y recorrió sin prisa la antigua morada de Obi-Wan. Allí se construyó su sable verde siguiendo las instrucciones del diario de su maestro. Allí había ido a entrenar cuando le había sido posible. Y además estaba en Tatooine, el planeta en el que había vivido hasta que se embarcó en la aventura que hizo de él lo que ahora era; el planeta en el que su padre y él fueron llamados, en distintas circunstancias, a cumplir los designios de la Fuerza.

Deambulando por la morada recordó el mágico momento en los bosques de Endor, cuando mientras los soldados de la antigua Alianza Rebelde celebraban la victoria y la Galaxia festejaba la caída del Imperio, él se apartó de la algarabía y pudo contemplar las presencias luminosas de su padre, Obi-Wan y el Maestro Yoda. Y recordó también a Leia, Han, Chewie, Lando… y a Mara. Sobre todo a Mara. Hacía ya mucho que no oía sus voces. Lamentaba que no hubieran podido adquirir el poder suficiente para hacer lo que él se disponía a hacer, pero así era el orden de las cosas, y lo aceptaba, aunque cada vez que había perdido a uno de ellos había sentido que se iba una parte de su ser. Ya sólo quedaba él, y sentía que también había llegado el momento de partir. Pero lo haría de otra forma. De la forma que sólo unos pocos habían sido capaces.

Volvió al dormitorio y se sentó en la vieja colchoneta.

Estaba enfermo. Se sentía muy débil. Superaba los ciento diez años. Demasiado para un humano, aunque fuera un ser luminoso en la Fuerza. Aunque era un hombre muy respetado, ya hacía tiempo que no intervenía en los asuntos de la República. Era Presidente de Honor del Alto Consejo Jedi, y como tal nunca participaba en sus deliberaciones. Sólo asistía a algún acto público. Ahora se había ido de Coruscant de incógnito, sin encontrar dificultades para pasar desapercibido.

Se concentró y buscó en la Fuerza la presencia de su hijo Ben, que pasaba unos días en Sluis Van con sus hijos. De alguna misteriosa manera se despidió de él, y pudo sentir su desconcierto y su angustia. Se juró estar junto a él tras hacerse uno con la Fuerza hasta que ya no le fuera posible retener en ella su identidad, tal como hicieran en su día Obi-Wan, el Maestro Yoda y su propio padre.

No quedaba ya nada por hacer. No había razón alguna para retrasar el momento. Se acostó y cerró los ojos. Su cansada y leve respiración se fue pausando hasta que se detuvo.

Tras unos instantes de silencio se desvaneció el cuerpo de Luke Skywalker, que tenía entre sus ancestros a la propia Fuerza y al Elegido, y que había conseguido que éste retornara a la luz, y que había refundado la Orden Jedi y restaurado la paz en la Galaxia; y sus ropas vacías de Jedi se desmoronaron sobre la austera colchoneta en la que noche tras noche durante años Obi-Wan Kenobi había soñado con todos esos logros sin saber si alguna vez serían posibles.

Luke se unió así a los otros seres luminosos, desapareciendo sin hacer ruido, y dejando que la Fuerza siguiera guiando el rumbo de la existencia, como siempre había sido y siempre sería. Porque si bien la Fuerza es eterna, no lo son los seres que están en ella, y tarde o temprano han de irse, legando a otros su sabiduría, sus errores y sus aciertos. Porque la Fuerza así lo quiere, y así ha de ser.

# Silver saga I

## NO ES PLATA TODO LO QUE RELUCE

Guillermo J. Escribano (Equis Jotanueve)

Se sentía el contrabandista más miserable de la Galaxia. Abandonado por su propio droide. Tantos viajes interestelares, tantas aventuras. Condenada unidad erredós, pensó. «Qué va a ser de mí sin sus bips, trips y clics. Sin su ojillo sobresaliente y escrutador. Sin su simpático deslizarse aquí y allá con sus tres patitas», musitaba la barbilla en el pecho.

Cada vez que alzaba la vista sobre el vaso de licor trataba de localizar la figura rechoncha y metálica de su querido Erredós Detrés. Pero en la cantina de aquel apestoso asteroide —no muy lejano de la colonia de Arkania—, refugio para camioneros del espacio, tan sólo había maleantes de todas las razas imaginables. Gamorreanos cimarrones, bestiales, violentos y fétidos; repugnantes y tentaculares quarren, desconfiados y escrutadores. Algún que otro rodiano inquieto, con sus amplias esferas oculares reflejando el ambiente, los morros afilados. En una mesa de juego, un simpático sullustano contando chistes a un twi'lek silencioso que se enrosca la cola en el cuello. Y pululando por todos lados, arrastrándose alcoholizados, desafiantes, arrogantes y orgullosos, los humanos. Empujándose los unos a los otros en la ritual danza etílica. Pidiendo un trago más y vociferando.

De vez en cuando, pasaba un droide de astronavegación, parecido a Detrés, con sus lucecitas destellando, acompañando a su dueño fielmente. Entonces, el corazón de nuestro contrabandista daba un vuelco, el vaso a punto de caer. «¡Detrés!, pequeño ami… amigo…». Y al descubrir que el amasijo de fibras y cables no era su erredós, se sumía en un llanto profundo. Apoyados los codos sobre la mesa, las manos en la cabeza, el rostro duro y marcado, ridículamente enternecido. La cara oscurecida por la barba, recorrida por dos arroyos salados. Cerró los ojos e imaginó al pequeño robot trajinando con las tripas de su carguero ligero, tarareando una melodía alegre. Interrumpiéndola para discutir con el ordenador de navegación a cerca del mal tiempo en el cinturón de asteroides.

—¡Eh, tú! Matutero apesstosso, levanta de ahí.

El bramido profundo, mezclado con un siseo gangoso, apenas inmutó al contrabandista, que no hizo sino beber un largo trago del licor de garrafón. Lo último que buscaba era camorra con una pandilla de sucias ratas estelares. Los trandoshanos reptiloides eran famosos por su afición a la sangre. Humana sobretodo.

—¡Misserable humano! Te voy a dejar frito de una desscarga lásser.

—No te molesstess. Loss humanoss… sson demassiado débiless… Débiless para ssobrevivir en el esspacio exterior. Están hechoss para vivir entre floress. En ssuss cómodoss planetass, desstruyendo lo que ess máss débil que ellos. —Aquel largo siseo comenzó a inquietar al aventurero, que se imaginaba la cara del trandoshano, deslizándose las babas entre sus afilados colmillos. El desafío parecía haber surtido algo de efecto.

—¡Cállate Nessawar! Y tú, desspojo, lárgate antess de que te fría. Voy a dejarte como a un filete de bantha. ¡Cobarde!

Alzó la vista, lentamente. En sus ojos enrojecidos empezó a brillar un destello. La criatura verdosa mantuvo el tenso duelo de miradas. Repentinamente, un disparo láser chamuscó la cara del infeliz camorrista. Sus dos compañeros intentaron desenfundar, pero ambos golpearon el suelo metálico, humeantes, antes de que sus manazas pudiesen empuñar los blásters. Se hizo un repentino silencio en la cantina. Algunos sujetos intercambiaron miradas, y segundos después, todo volvió a la normalidad. Vaya, pensó nuestro aventurero enfundando, tres cazarrecompensas menos. Aquellos debían ser del Sindicato de esclavistas Zigerianos. Malditos mercaderes de seres, obstinadamente estúpidos. Pero, por suerte, ahora había tres menos.

Un droide de limpieza comenzó a retirar los despojos que emanaban una sangre azulada. El rechoncho y simpático sullustano contó un chiste sobre reptiles fritos e indigestiones de rancor, lanzando miradas alternativas a nuestro protagonista y a sus compinches. El contrabandista, por su parte, suspiró profundamente y vació el contenido del vaso en su garganta. «Pequeño Detrés, dónde estarás», balbuceaba.

«Qué vacío tan inmenso has dejado. Qué será de mí sin mi compañero, sin mi amigo. Siempre a mi lado, con tu repiqueteo, tus sensores retráctiles, tu batería nueva. Cómo me gustaría poder darte golpecitos en tu redonda cabeza de chorlito. Siempre ganándome al sabbac, por mucho que hiciese trampas con las cartas de eliminación». Las ideas fluían tristes en la mente de nuestro héroe. No entendía bien la situación, ningún droide incluía la independencia de decisiones entre sus facultades.

«Creo que debería dejarlo. Todo esto del contrabando y el saqueo. Abandonaré la Alianza de Contrabandistas y los tratos con Ploovo Dos-Por-Uno. Voy a vender el carguero y comprarme una granja de gas en el planeta más remoto y deshabitado. Lejos de humanos, droides y cualquier ser con el que tratar», pensaba. «Refugiado en un hogar, disfrutando de los placeres del acomodo sedentario». De lo que no era consciente era que… quizá eso no estuviera hecho para él, espíritu rebelde y aventurero por naturaleza.

En estas andaba nuestro protagonista, cuando de pronto, un extraño tipo oscuro y de ojos amarillentos, se sentó frente a él, dejando sobre la mesa una pistola láser. Su mirada destilaba malicia y esa mueca socarrona inspiraba la más insegura desconfianza.

—Contrabandista, los dos tenemos cosas que el otro quiere.

—Lárgate, mercachifle. Lo único que quiero de ti, es que desaparezcas. Ahora.

—Quizá el valiente… estaba interesado en un montón de chatarra.

—Snif, snif. Empieza a apestar por aquí.

—Parece ser, que el arrogante humano, no quiere saber nada de un droide de astronavegación…

El tipo se levantó con parsimonia, empuñando el revólver con una mano mecánica y aceitosa. Entonces, el contrabandista tensó todos sus músculos y se puso en pie de un salto, ágil y armónicamente, desenfundando más rápido que el rayo.

—¿Qué droide?

—Una pequeña unidad Erredós, roja y chillona.

—¡Hijo de dewback…!

En el holoproyector del *Spark Plug*, la nave de carga de nuestro héroe, flotaba la imagen difusa del pequeño Erredós Detrés, circundado por unos rayos de energía rojos. El mensaje adjunto era claro y directo. Si no accedía a secuestrar una expedición de aprendices jedi, jamás recuperaría a su querido droide. Estaba enfadado, muy enfadado. Con esa mala uva que hincha las venas de la frente y nubla todo pensamiento, como buen humano que era. Difuminando la barrera entre lo racional y lo irracional. Favoreciendo los impulsos inconscientes. «¡Qué diablos pinto secuestrando una pandilla de escolares! Uno de los piratas más temidos de la Galaxia, haciendo de niñera. ¡A qué condenado con casco se le habría ocurrido semejante tropelía! ¡Qué hijo de gundark!». Los puños apretados, los labios cerrados con fuerza. «Si pudiera, borraría del espacio a todos los malditos extorsionadores vestidos de negro de la Galaxia». Golpeó los brazos del asiento con energía y la computadora soltó un bip. Apagó el holoproyector y se fue a la cabina de pilotaje dando zancadas. «Computadora, localízame Los Mundos del Núcleo». Bip, bip. Fium. «Perfecto, ahora busca el planeta… el planeta… ¡maldita sea!». La resaca le presionaba las sienes. Se frotó los ojos resecos y decidió echar un sueño antes de pensar un plan para rescatar a Detrés. Tuvo una pesadilla. A su chaparro compañero le estaban dando descargas de miles de voltios, intentando fundirle los fusibles. Mientras, él chirriaba y vomitaba aceite por todas sus juntas, bipeando y cliqueando sin sentido en lenguaje binario. Hurgando en todos sus paneles de acceso con herramientas puntiagudas y cortantes. Cegando sus sensores. Chamuscando su procesador heurístico.

Cuando despertó entre sudores, la computadora de navegación ya había localizado el condenado planeta Coruscant, poniendo rumbo al mismo. Cuatro largas horas costaron los cálculos para saltar al hiperespacio, con la modorra aún pesando sobre su cabeza. El agudo Detrés habría tardado segundos, pero no habría sido un reto que superar. Detrés era su amigo, más que asistente. No estaba con él para facilitarle ninguna tarea que él mismo era capaz de realizar. El panzudo trípode era su compañero. Finalmente, la nave sintió el empujón del acelerador, formándose un túnel azulado de fluctuaciones gravitatorias. Sumergiendo sus ensamblajes chirriantes en la dimensión del espacio-tiempo ajena a la relatividad.

Los cálculos eran algo que adoraba nuestro protagonista. Jugar con el trazador de astrogación para obtener los números, poniendo a prueba sus capacidades. Modificando del motivador del hiperimpulsor, introduciéndole los datos a través de un datapad trucado. Él era de esos pilotos que se guían por instinto, dejando que fluya la magia de la acción en forma de adrenalina. Agarrando con fuerza los mandos y rezando. Era de la vieja escuela, la escuela de los callejones espaciales. De los que se entrenaban en campos de asteroides y no en complejos simuladores. De los que no usaban intercomunicador. De

los que gozaban manejando la nave, sin pilotos automáticos. De los que se empapaban en licor y después se lanzaban en una carrera contra profesionales a más de tres parasegundos. Así era él, uno de los criminales más temidos en la galaxia. Aparentemente invencible. Pero sólo aparentemente.

El viaje normal de Arkania a Coruscant suele durar unas veinte horas a través del hiperespacio. Tiempo suficiente como para recuperarse de la espantosa resaca y darse una ducha caliente. A pesar de ser un perro del espacio, acostumbrado a la ingravidez y la inmensidad infinita, no conseguía nunca seguir el ritmo de vida de su infancia en el Planeta Selonia. El de regulares días y noches, en las cuales se suele dormir y recuperar fuerzas. La regularidad era imposible en los viajes espaciales, siendo algo necesario para todo ser viviente. Pero nuestro héroe era físicamente fuerte y se adaptaba a la situación. A pesar de los retortijones y las ojeras.

En la pantalla del radar apareció un punto brillante e intenso, y junto a él, la monstruosa esfera de un planeta.

—Atención. Carguero ligero. Atención, identifíquese.

—Aquí el *Spark Plug*, en misión de transporte. Código seis nueve, pi, equis-zeta. —Esperaba que el viejo código, comprado por la Alianza de Contrabandistas siguiese siendo efectivo.

—Código aceptado. Bienvenido Coruscant. Le deseamos una feliz estancia. Recuerde que disponemos de tienda oficial en…

Cortó el comunicador y empujó los mandos. Le encantaban los artificios acrobáticos sin sentido. Alargaban el trayecto y ponían en peligro su vida. Pero eran espectaculares y quizá con ello podría seducir a alguna azafata de vuelo del transitadísimo espacio aéreo de aquel planeta. Al fin y al cabo, a veces es necesario hacer algo completamente suicida. La superficie del engendro esférico estaba completamente cubierta por una capa tras otra de edificios. Formando una gigantesca ciudad, un bosque de rascacielos construido a lo largo de milenios por arquitectos humanos y alienígenas. Comparado con Selonia, poblado de selvas y descomunales ríos, Coruscant parecía un lugar frío para vivir. Pero, al fin y al cabo, así era la Galaxia, un lugar gélido.

Atravesó unas cuantas balizas de tráfico espacial, distraído por los millones de luces de colores de la superficie, aterrizando en el espaciopuerto Hem-N-34. Aquél debía ser uno de los peores de la megalópolis planetaria. Las colas de viajeros se mezclaban con las hileras de contenedores de carga, los mecánicos chocaban con los oficiales de vuelo y la gente de seguridad se ocultaba entre las sombras, bajo el afecto de alguna sustancia dudosamente legal, arrastrándose por los rincones. «¡Por las barbas de un wookie! ¿Ésta es la eficacia de la República?», espetó alterado.

Alcanzó el vestíbulo, y alzando una chapa pintarrajeada, comenzó a vociferar. «¡Los chavales del viaje al Planeta Kuat! ¡Tú, canijo! ¿Vas a Kuat? ¿No? Pues lárgate de aquí».

Erguido entre la multitud, sobrepasando dos cabezas su altura, el chaleco desgastado y la camisa sucia.

—¿Es usted el piloto de la Academia?

—Silver. Long, John Silver. Para servirle, señorita —el inusual tono educado daba un aire muy poco natural a la voz cascada del fugitivo.

La espigada maestra jedi parecía confusa ante el aspecto depravado del contrabandista. Éste, a su vez, tenía sudores fríos, esperando que su plan de suplantar a uno de los pilotos de línea de la Academia Jedi funcionase. Con los niños en la bodega del *Spark*, sería coser y cantar. La melena lacia y oscura de la maestra, se agitó suavemente cuando llamó a los niños. Un grupo de veintitantos críos, de unos nueve años, con cara de gamberros del espacio y pinta de nerviosos. Silver no sabía dónde se estaba metiendo. Tan sólo lo intuía levemente. Inconsciente.

—¿Ése es el transporte? Está usted tomándome el pelo, ¿verdad? ¡Que bromistas los de la Academia!

—Perdone, señorita, pero el *Spark Plug* es una nave de mucho prestigio y fama en la Galaxia —de nuevo aquel tono que sonaba burlón.

—Pues de tanto prestigio, se le acaba de caer una chapa —gritó un niño, levantando las risas de la piña de canijos.

—¡Estate quieto, chaval! ¡Que te va a dar un calambre! Oiga… —la primera prueba a su escasa paciencia—. ¿No podría tener más controlados a aquellos dos? Los que le hacen… ejem… «cosquillas» a la computadora de navegación. —En la frente de Silver apareció una vena hinchada.

—Venga niños, vamos. Portaos bien. No os preocupéis por la nave. Confiad en la fuerza. A ver, Nexis, ven aquí y deja esos cablecitos.

Subieron por la rampa de acceso a la bodega, Silver por delante, sonriendo complaciente y lanzando miradas a la maestra y los pequeños gamberros.

—Vamos a tener que acomodarlos en esta excelente bodega de carga —espetó abarcando con un giro de su brazo el compartimiento—. Como comprobará, el suelo de acero es cómodo y suave. La temperatura será estable porque los motores están ahí detrás —señalando una pared negruzca—. Y bueno, si quieren algún refresco, no tienen más que pedirlo. El viaje será de unas… mmm… Veamos… seis horas.

Resultaba terriblemente patético. Los niños, estupefactos, susurraban. Algunos gemían y lloriqueaban. La maestra jedi trataba de calmarlos con poco éxito. Acariciando sus cabecitas con cariño, pellizcándoles las mejillas con ternura. Entonces, la nave salió disparada. Esquivó con brusquedad una nave container con chatarra espacial y pasando entre dos espaciocares de línea, hizo un acrobático rizo. Las luces del Coruscant quedaban atrás cuando la inquietud de los niños se manifestó en una sencilla y directa visita de la maestra a la cabina de pilotaje.

—¿Podría usted identificarse, por favor?

«Vaya con la mojigata de ojos azules, se cree que va tirar por tierra mi magnífico plan», pensó Silver.

—Querida, estoy pilotando, no me distraigas.

—Pero, oiga… los niños no están bien ahí.

«Y qué cuernos me importan los niños mientras no mordisqueen los cables de conducción traseros». Tan sólo los necesitaba vivos para depositarlos con suavidad sobre la superficie de un asteroide neutral. Entonces, recuperaría a su querido Detrés, al que tanto echaba de menos. Volvería a jugar al sabacc en los largos viajes por el hiperespacio. Tendría a alguien —el droide ya no era algo— a quién contar sus penas. Estaba seguro que el destino de los chavales era un horno en cualquier planeta infecto, pero eso no era de su incumbencia. «¡A quién le preocupan los futuros protectores de senadores y demás burócratas! ¡Que se defiendan ellos de los tipos vestidos de negro!».

Agarró la botella de licor y cuando la apoyó en sus labios, dispuesto a empaparse la garganta, la botella se deslizó de entre sus dedos. Flotando delante de sus narices.

—No debería beber cuando pilota.

«¡Novas y supernovas, maldita entrometida! ¡La serviría de desayuno a un wampa hambriento! Aprovechándose de sus truquitos de magia para dispensar la moral absurda de continencia de los de su clase».

Armonía y paz eran dos palabras que no entraban en su vocabulario de bucanero. Silver respetaba que los jedi no bebiesen, ni fumasen, y se cruzaran de piernas durante horas o les diese por hacer bailes con sus espaditas láser. Siempre y cuando no se entrometiesen en su vida. «Ah, no, eso sí que no. Bien por ellos si reprimen sus deseos sexuales, más oportunidades tendré yo. ¡Predicarme a mí…!».

—Mira bonita, me parece que no has entendido que en mi nave mando yo —por fin se manifestaba el verdadero Silver, sin la incómoda máscara de hombre de bien.

Ella se quedó mirándole fijamente. En sus ojos claros había un reflejo de desprecio y complacencia a la vez. «Pobre infeliz», habrían pronunciado sus labios carnosos. «Miserable paria, con esa pose de macho prepotente». Silver desvió la mirada y apretó con todas sus fuerzas los mandos, deseando que un agujero negro se tragara a aquella entrometida.

Bip. Bip. Bip. De pronto, en el radar aparecieron tres triángulos verdes, que aumentaban de intensidad conforme se acercaban al centro de la pantalla.

—¡Hola Silvercito! ¿Recuerdas a Ploovo Dos-Por-Uno? —crujió el intercomunicador del *Spark*.

—¡Rancors! ¡Sujétate fuerte muñeca!

Tres cazas cerraban la formación e iban directos hacia el carguero ligero. La maestra miró extrañada al contrabandista. Recogió su melena en una coleta y estalló.

—¿Quién es ese tal Ploovo? ¿Por qué le persiguen esos cazas? ¿Quién es usted? ¡Oiga!

Silver soltó una mano de los mandos y le acarició la mejilla a la joven. «Calladita estás más guapa, preciosa», le susurró al oído. La cara de desprecio fue absoluta, pero el piloto ya estaba concentrado en la maniobra evasiva y no prestó la más mínima atención. Trazó un arco, desviando los escudos deflectores traseros hacia los delanteros. Un par de disparos chispearon sobre el casco, mientras daba un rizo para encarar a los secuaces del señor del crimen. No pensaba rendirse ante las extorsiones del viejo seboso. Antes muerto que rendido. Debía ser importante el trato que decidió romper, qué otra cosa explicaría la presencia de aquellos tres cazarrecompensas allí. Que él supiera, la garra de Ploovo no se había extendido más allá de las Regiones del Borde galáctico. Pero no era momento de pensar en aquello. Frente al *Spark*, los tres cazas con forma de garra disparaban sin cesar. Silver esquivó varios disparos y apretando los botones de los mandos, roció con una nutrida ráfaga láser a sus enemigos.

Una de aquellas garras metálicas reventó en mil pedazos, deshaciéndose en el espacio. Los otros dos cazas se abrieron en uve y pasaron uno a cada lado del carguero, chamuscando los costados de chatarra. Entonces, trazaron una curva cerrada y se pusieron a la cola de la nave. Empezaron a saltar chispas en el interior de la bodega, mientras los niños se desgañitaban presa del terror. Bip. Bip. «Motores dañados». Bip. Bip. «Hiperimpulsor dañado».

—¡Cállate, cerebro de latón!

Silver soltó los mandos y dedicó una mirada fría a la maestra. «Espero que sepas pilotar uno de estos, encanto», dijo mientras abandonaba la cabina y corría hacía la torreta de cañones gemelos. Ploovo iba a recibir un recuerdo de Long John Silver. Un recuerdo con un mensaje directo: «que te coma un nexu».

El *Spark* golpeó contra la superficie alisada del asteroide, brusca y ruidosamente. Saltaban chispas por todos lados, miles de cables de colores colgaban por los rincones y la computadora de navegación padecía una afonía espantosa. La maestra contaba a los chicuelos un cuento de caballeros y princesas, de héroes y villanos. Tratando de tranquilizarlos. Se había tragado lo de las reparaciones en aquel asteroide neutral fuera de cualquier ruta transitada. «Vale que los jedi fueran pozos de sabiduría, de inquebrantable voluntad y demás. Pero menudos crédulos». Silver abrió la compuerta manualmente y descendió por la rampa, escuchando el eco de sus pasos sobre el metal chamuscado. Clon, clonc, clonc.

Al otro lado de la pista de aterrizaje había un lujoso crucero último modelo. De él descendieron dos ancianos oscuros. Patizambos y con largos brazos colgando, parecían borrachos. Cubiertos por una capa negra, brillando intensamente un par de ojos rojos bajo la capucha. Algo en su interior le decía que aquellos ancianos no eran precisamente seres débiles e indefensos.

—Silver. Long, John Silver. —Extendió la mano al aire y sin recibir otra, pausadamente, la apoyó sobre el pomo del revólver.

—¿Tienes lo que buscamos? —dijo uno de ellos tras escupir algo viscoso.

—En la bodega. ¿Y vosotros?

Uno de los malvados alzó un brazo y en la compuerta del crucero apareció Detrés. El contrabandista sintió cómo las piernas se le doblaban y su corazón se enternecía. Su pequeño y anhelado amigo estaba ahí, a tan sólo unos metros, bipeando alegremente. Algo ennegrecido, pero vivo —un droide con vida, Silver desvariaba en su ceguera fraternal—. Entonces, la maldita maestra asomó la cabeza por la escotilla. Era más pesada que un bantha en brazos, diablos. La tensión se notaba en el ambiente, y Silver podía oler el mal oculto de aquellos secuaces. Miró la larga cabellera de la joven y a Detrés, alternativa y lentamente. La cara desencajada de la maestra le resultó increíblemente seductora, con esa muestra de debilidad y humanidad de la que no suelen disfrutar los jedi, con sus rostros ceñudos y serios. Y Detrés, tan simpático, compañero de desventuras, esperando ser liberado. Entonces, en su mente poco privilegiada, brilló una luz.

—Bajad al droide, que pueda verle de cerca.

—Antes queremos ver a los niños —el sonido metálico de la voz inquietaba al aventurero.

—¡Preciosa, saca a los chicos a tomar el aire! —gritó Silver a la joven.

Ésta, sin saber cómo reaccionar, obedeció, a pesar de que se reservara sus dudas. Podía sentir un estremecimiento en la fuerza, la situación irracional, en medio del espacio. Aquel maleante borracho tratando con unas criaturas sospechosas. Los niños descendieron de la nave lentamente, apiñados y asustadizos, cuando Detrés terminó de llegar hasta aquel punto intermedio.

—¡Ah, pequeño! ¡Cómo te he echado de menos! ¿Dónde te habías metido, sinvergüenza?

—Bip, fiuuuu. Clic, bip, fiufuuuiii.

—¡Yo también estaba preocupado! Venga, sube a la *Spark*, la computadora tiene muchas cosas que contarte. —Y el droide, dando algún que otro trompicón hacia el interior del carguero, desapareció sensiblemente alegre.

Entonces, los dos espantajos del espacio se acercaron el grupo. Parecían mynocks sedientos de energía, abalanzándose sobre los pequeños. Uno de ellos levantó un brazo, ondeando la capa con pesadez en su costado. Y repentinamente, la maestra alzó el vuelo, retorciéndose y gritando. Un pequeño esgrimió súbitamente su sable láser, saliendo despedido por los aires también. Silver contemplaba el rostro de la joven. Las lágrimas y los ojos desorbitados. Vaya, eso debe doler, se dijo. Estaba flotando frente a él, tratando de soportar la terrible asfixia del Lado Oscuro. Escuchaba el llanto de una niña y el quejido de las demás criaturas.

De pronto, desenfundó. Y dejó frito a uno de los seres oscuros. Retorciéndose humeante. El otro, sin demostrar sorpresa alguna, lanzó un rayo con mil ramificaciones al

contrabandista. Arrojándole contra el suelo, soltando chispas. Entonces, un sable láser, partió en dos al infeliz malvado. En su mente flotaba la idea de porqué todos los malos visten de negro. O de blanco. ¿No hay malos vestidos de gris…?

El aire era pesado en el Planeta Kuat. Los jóvenes jedi chapoteaban en las aguas del océano, mientras Silver y la maestra paseaban por la arena. Habían salvado el pellejo de milagro. Ella sonreía y él hablaba sin parar, contando batallitas de mil viajes espaciales, gesticulando grandilocuentemente. Contento de haber salido con vida y feliz de que Detrés se deslizara junto a él de nuevo.

—¿Sabes qué es lo que me gusta de ti, Long John Silver? —cortó ella en seco.

—Dime nena.

—Que debajo de esa máscara de pirata duro hay un corazón.

Entonces, él enfundó las manos en los bolsillos y bajó la mirada. «Nunca habían dado tan cerca de la diana», pensó. «Va a resultar que al final los jedi saben hurgar en lo más profundo de nuestras conciencias… O que quizá no es necesario tener poderes fantásticos para darse cuenta que al fin y al cabo, soy humano».

**Enero 2005**

# Recuerdos de Obi Wan

HWK

Nadie se podía ver en las normalmente bulliciosas calles de la principal ciudad y capital del planeta Alderaan, Aldera. Ni siquiera aquellas ruidosas criaturas parecidas a pájaros que, normalmente llegaban a estorbar a los paseantes y a los thrantas, sus hermanos mayores que servían de transporte viviente a los habitantes de este planeta famoso por su ecologismo y por el respeto a su entorno natural. Parecía una ciudad desierta. Se notaba incluso en las praderas, donde las pinturas de hierba se desdibujaban desde que nadie iba a mantenerlas.

Los habitantes tenían miedo de salir a las calles a raíz de cómo se habían desarrollado los últimos acontecimientos.

Los Jedi no habían sido diezmados, habían sido aniquilados.

La gente de la calle tenía una gran incertidumbre sobre lo que pasaba. ¿Cómo iba a ser posible que el Canciller Palpatine, un defensor a ultranza de la República, estuviera detrás de todo aquello? ¿Y por qué iba siempre acompañado de aquella especie de máquina negra? ¿Eran ciertos aquellos rumores sobre ejecuciones sumarias? Y ¿por qué todos aquellos soldados? Alderaan era un planeta pacífico, sin armas. ¿Qué estaba pasando que ni siquiera florecían los t’ill de las tierras altas?

Todos estos interrogantes no solo amedrentaban a los habitantes de aquel planeta; en todos los sistemas estaba ocurriendo algo parecido.

Pero esta incertidumbre no la compartían todos, el senador Bail Organa sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo y quién era quien en aquel caos perfectamente organizado. Desafortunadamente eso era lo único, porque ignoraba que pasos debía dar y si había llegado el momento de darlos; pero, si era cierto que algo se estaba organizando contra toda aquella maquinación, no dudaba en que contarían con él, por tanto lo primero sería borrar pistas y cubrir grietas.

Obi Wan Kenobi no era el mismo. Ni siquiera usaba ya ese nombre. Había visto morir a todos sus compañeros Jedi, sólo quedaban Yoda y él mismo. Pero lo que más le había afectado había sido lo que había ocurrido con Anakin. Aún no podía explicárselo a pesar de que Yoda le había hablado largamente sobre la atracción que podía llegar a ejercer el lado oscuro de la fuerza en algunas criaturas. Pero en Anakin… También le dolía no haber creído a Dooku, que le había advertido, aunque fuera con oscuras intenciones, de que el Senado estaba gobernado por un Sith llamado Sidious. Pero al menos tenía un consuelo, Yoda tampoco lo había creído hasta que fue demasiado tarde. Todas estas razones, acompañadas por el agotamiento físico acumulado durante los años anteriores, habían ensombrecido la expresión de Obi Wan Kenobi y aquella impresión de paz interior y de confianza en sí mismo que el Jedi daba a los que le miraban a la cara.

Y ahora no quedaba otra opción que huir y esconderse. Pero antes había que atar cabos.

En todo ello iba pensando Obi Wan mientras se dirigía junto a Bail por un estrecho callejón de los suburbios de la capital hacia un almacén de chatarra. Era curioso ver como las escasas criaturas que se encontraban en el camino huían para esconderse, sin saber por qué ni de quién.

**OBI WAN:** A Padmé no le hubiera gustado que lo hiciésemos. Estaba especialmente unida a ellos. Y además hay muchos como ellos por toda la Galaxia, sería muy difícil que alguien los identificara, de hecho yo mismo no los distinguiría.

**BAIL:** Creo que es lo mejor que podemos hacer. No me gustaría correr riesgos innecesarios. Ahora que ella ha muerto no podemos dejar cabos sueltos.

Sería difícil que Bail mantuviera esa determinación cuando estuviera frente a frente con aquellos inocentes que sabía que habían prestado un magnífico servicio a su dueña. Obi Wan lo había notado mientras cenaba con él lo mismo que siempre que había estado en Alderaan: L'lahsh, un manjar que había dejado de estar al alcance de los pobladores del planeta. Ante él había visto un hombre derrotado que sacaba fuerzas de donde no las tenía para servir a los demás de rama a la que sujetarse para no caer en el precipicio.

Pero llegaron, y allí estaban los dos; muy juntos, desconcertados y… tristes. Bail no era capaz de mantenerles la mirada.

**BAIL:** …Creo que es mejor esto que permanecer eternamente escondidos en un almacén.

**3PO:** Pero señor, mantendré el secreto en lo más profundo de mis oxidadas tripas. Usted sabe que daría cualquiera de mis componentes por ayudar a lograr sus objetivos.

**BAIL:** Compréndelo 3PO, el que tu llamas tu «hacedor» se ha convertido en un monstruo. Si cayeras en manos equivocadas todos los conocimientos que tienes sobre los niños, sobre Obi Wan, sobre Yoda podrían salir a la luz, por muy fuerte que fuera tu voluntad. Solo quiero que estés de acuerdo con lo que vamos a hacer y te prestes voluntariamente a ello por el bien de tu antigua dueña, de sus fieles y de toda la República.

**3PO:** Sea por la Republica, y… ¿sabe?… gracias por haber pedido mi opinión… creo que es la primera vez que alguien se preocupa por mi opinión… pero primero quiero que lo hagan con ese pequeño cabezudo. O no, … no, mejor no quiero verlo.

R2D2, que no había emitido ni uno solo de sus característicos sonidos desde que habían llegado, también giro su cúpula superior cuando Bail Organa le conectó aquel pequeño artilugio y empezaba a borrar su memoria.

A pesar de ser dos máquinas, los dos humanos sufrían como si estuvieran lobotomizando a dos personas. Era curioso, pensaba Obi Wan, que tuvieran personalidad y que sintiera algo semejante al afecto por ellos. Padmé efectivamente no lo habría permitido. R2 la había acompañado desde la invasión de Naboo, y 3PO era para ella el único recuerdo tangible que le quedaba de Anakin, del Anakin del que se enamoró y con el que había pasado la etapa más hermosa de su vida.

**OBI WAN:** ¿Qué harás ahora con ellos? ¿Se quedarán a tu servicio?

**BAIL:** No, seguramente los enviaré a alguien de mi confianza. Y no te preocupes por ellos, a lo mejor algún día te los vuelves a encontrar.

Seguía pensaba en ello Obi Wan cuando algo después una frase le sacó de su ensimismamiento.

**C3PO:**… Hola, …Hola soy C3PO, relaciones cibernéticas humanas…

A pesar de todo lo que había vivido; la muerte de su maestro, la pérdida de Anakin, la de sus compañeros, no era propio de un Jedi, y menos de un Jedi como él. Solo una vez recordaba Obi Wan que le había ocurrido antes, cuando el maestro Yoda le había reprendido siendo un niño y tuvo que esconderse para que no lo notaran. Ahora era la segunda, y fue la última vez que Obi Wan, esta vez sin ocultarse, lloró.

**FIN**

# Memorias de una vida en el espacio

Chuuk Yeiguer

## Primera época

Vivía tranquilamente en Corellia trabajando en el taller mecánico de mi padre. En mi planeta todos los niños han desmontado y vuelto a montar un deslizador antes de salir con una chica. Ya se sabe el dicho: «dale una nave por piezas a un corelliano y cuando termine volará mejor que antes». Pues mi padre era todavía mejor que cualquier otro y yo estaba heredando todas sus enseñanzas. Casi podía montar un motor sublumínico con los ojos cerrados.

En mi casa no sabíamos nada de política. Sólo sabíamos que Corellia pertenecía a la República y lo que le ocurriera a ésta repercutía directamente en nosotros. Por eso cuando vinieron de la oficina de reclutamiento buscando jóvenes en edad de entrar en el ejército para luchar en las Guerras Clon no lo dudé. Por aquel entonces llevábamos muchos años de guerra y no se veía el fin.

Por supuesto fui a parar al cuerpo de mecánicos de la Armada de la República. Después de un corto período de instrucción en el Cuartel de Adiestramiento de la República, en Coruscant, fui destinado a una base avanzada situada en un asteroide en el sistema tekaniano, un lugar estratégico desde el cual se podían controlar varias rutas de vuelo hiperespacial y lanzar cazas en misiones de apoyo planetario a varios sistemas cercanos. Por decirlo de otro modo no teníamos tiempo de aburrirnos. Se necesitaban tantas naves en el aire que a veces teníamos que parchearlas con lo que fuera para que ser lanzadas al cabo de un rato en otra misión.

—¿Qué el ala amenaza con partirse?

—Ponle unos cuantos remaches aquí y avisa al piloto que procure no forzar mucho la máquina si no quiere hacer un agujero en el suelo.

—¿El motor hiperespacial se sobrecalienta?

—Desvía energía del láser a un inyector de aire acoplado al motor y recemos para que la nave no explote cuando salte al hiperespacio o cuando dispare los cañones.

—¿El sistema de eyección del caza pierde fluidos?

—Coloca en los agujeros goma de mascar y dile al piloto que evite que le alcancen porque no podemos asegurarle «al cien por cien» que el asiento eyectable funcione.

Así era como hacíamos las cosas en aquella época.

La guerra hace que la investigación y la industria evolucionen a pasos agigantados, reforzando las empresas existentes, como eran Corporación Corelliana de Ingeniería, Ingenieros Reales de Alderaan, Astilleros de Impulsores Kuat (que en la Nueva República se llamaría Sistemas de Ingeniería Kuat) o la Corporación SoroSuub, y creando nuevas, como Sistemas de República Sienar (que después pasaría a llamarse Sistemas de Flota Sienar con la llegada del Imperio), Industrias Incom Corp. o Subpro

Corp. (éstas dos se unirían más tarde y pasarían al bando rebelde en la guerra civil). Esto unido la cantidad de batallas aéreas que se producían hizo que en poco tiempo se diera algo paradójico: había más naves para volar que pilotos.

De repente me vi rodeado gráficas de aprovechamiento de energía cinética de cazas, tácticas de vuelo y combate espacial y terrestre, envolventes de acción de las distintas armas… ¿Y todo eso hace falta para volar un caza espacial? Años más tarde, la Rebelión, en momentos desesperados, se vería obligada a reclutar a cualquier niñato que supiera manejar un repulsor.

Por fin empezamos a volar. Por aquellas fechas empezaba a entrar servicio en la flota el Z-95 de Incom/Subpro. Por supuesto nosotros no lo veríamos ni de lejos hasta que no tuviéramos la categoría de «listo para el combate». Mientras tanto, volábamos en viejos repulsores de segunda o tercera línea, sin todos esos sistemas de vuelo y puntería ni soporte vital. La clave era ir abrigado y tener un afeitado apurado para que la mascarilla de oxígeno no te irritara la cara. En una ocasión le pregunté al oficial instructor:

—¿Señor, que tenemos que hacer si hay que saltar del caza?

—No disponéis de asientos eyectables así que el mejor método para salir de la cabina es darle la vuelta al aparato, abrir la cubierta y dejarse caer pero esto no os servirá de nada en el espacio.

Hubo muchos accidentes durante la instrucción. Era una manera de hacer una selección de los buenos y malos pilotos. Había gente que sabíamos que estaba destinada a hacer el agujero y procurábamos alejarnos de él por temor a que se nos pegara algo.

Después de todo el período de instrucción y de hacer la transición al Z-95 no fui destinado, a mi pesar, a ninguna nave capital de la flota, sino a una unidad en tierra de primera línea. Estábamos a escasísimos kilómetros del frente, con lo que volábamos más misiones y teníamos más horas de vuelo que cualquier escuadrón de la flota. Te levantabas por la mañana, si no te había tocado estar en alerta toda la noche, te arreglabas, desayunabas, ibas a la sala de misiones y te asignaban un vuelo. Regresabas, cargaban el caza, te daban cuatro instrucciones y volvías al aire. Después de la misión se comía algo y se repetía el proceso tantas veces como hiciera falta hasta la noche, e incluso de noche si era necesario. Volábamos en una de las primeras versiones del Z-95, con ala basculante, lo que reducía la tensión de las aceleraciones en vuelo con gravedad. Era un caza estupendo, capaz de volver a casa con muy fuertes daños. Una vez un piloto del escuadrón volvía a la base señalando que la nave se agitaba descontrolada a media velocidad y no sabía si podría aterrizar. Como era una base avanzada no disponíamos de sistemas tractores para el aterrizaje y después de varios intentos frustrados consiguió posarse en tierra. No hizo falta una inspección muy a fondo para darnos cuenta de que ¡le faltaba toda la parte trasera! Tuvo la suerte de que ni las alas ni los motores estuvieran inutilizados porque de lo demás no había ni rastro. Pero la mayoría no tenía tanta suerte. El promedio de un piloto veterano eran 27 misiones de combate antes de ser derribado. El de un novato no pasaba de 10. Cuando alcanzabas tu promedio estabas viviendo con tiempo prestado, tenías un trocito de tierra con tu nombre escrito en él.

A mí me llegó la hora en mi misión número 23. Teníamos que atacar una estación antiaérea de cañones turboláser controlada por radar que estaba cargándose todas nuestras naves de suministros que intentaban salir del planeta. Además había decenas de cañones láser y lanzadores de torpedos protegiendo el perímetro de cualquier ataque aéreo. La misión fue designada a tres grupos de vuelo de seis naves cada uno, que atacaríamos desde tres zonas distintas para intentar distraer su atención hacia lugares distintos. Yo volaba en el grupo de vuelo Bantha, que dirigía el ataque, en el Bantha 2. Los otros dos grupos eran el Mynock y el Ronto.

—Aquí jefe Bantha a todos los grupos de vuelo. Estamos a 25 kilómetros del objetivo. Los grupos de vuelo Mynock y Ronto diríjanse hacia el punto de separación y tomen el vector establecido para el ataque. Grupo Bantha, aceleración hasta velocidad de ataque, mantened la formación hasta que dé la señal.

—Roger, Jefe Bantha.

A 15 kilómetros del objetivo se cerró ante nosotros una inmensa cortina de fuego antiaéreo, tanto de láser como de proyectiles explosivos. Los Z-95 se agitaban como eopies sin domar.

—Aquí Jefe Bantha, rotura en dos tiempos en secciones de dos. —Ruido de estática—. Rotura… ya —estática— ya —estática. Yo debía pegarme a la cola del jefe Bantha, protegerle en las pasadas de ataque y atacar después de él el objetivo. Volar en formación es algo difícil y hacerlo en combate aún más. Por suerte la rotura en dos tiempos era una maniobra habitual y no me fue difícil seguir al líder.

—Bantha dos, aquí jefe Bantha, ¿me sigues?

—Roger jefe Bantha. A tus seis, a tu nivel. —En tierra se utiliza un sistema de posicionamiento basado en 12 zonas alrededor de un punto central, normalmente una nave. Las «seis» era la posición trasera del caza. En el espacio, al no tener la referencia suelo, se utiliza un sistema basado en una esfera alrededor de cada nave.

La antiaérea golpeaba muy duro y comenzó a hacer estragos entre los distintos grupos. La sección uno del grupo Bantha, es decir el jefe y yo, era la encargada de realizar la primera pasada de ataque. Tuve que concentrarme para seguir al líder entre tanta sacudida. Sudaba. Aunque el ruido alrededor era ensordecedor me parecía no estar oyendo nada. Sólo controlaba mi posición respecto al caza que me precedía e intentaba identificar a través del humo el objetivo.

—Aquí jefe Bantha. Bantha tres ¿cuál es tu posición?

—Aquí Bantha tres, a tus cinco, abajo.

—Bien, cárgate ese grupo que tenemos enfrente o nos van a hacer pedazos.

—Roger jefe Bantha.

—Aquí jefe Ronto. Iniciamos nuestro ataque.

—Roger jefe Ronto. Estarán todos girados hacia nosotros. Les mantendremos así todo lo que podamos.

—Aquí Ronto cinco. Han dado a Ronto seis.

—Mierda, no son tan tontos. Ronto seis, responde. —Estática—. ¡Ronto seis, aquí jefe Bantha! —estática—. ¡Responde! —El caza se precipitó al suelo sin contestar a la llamada.

Era la primera baja y todavía no había empezado el ataque. Nuestras maniobras de distracción no sirvieron de nada. Sabían perfectamente donde estaba cada caza y podían adivinar nuestra intención.

—Aquí Bantha tres. Tengo el objetivo seleccionado. ¡Disparo!

Dos torpedos de protones, provenientes de Bantha tres y cuatro destruyeron los vehículos antiaéreos que nos disparaban pero pudimos ver como se convertían en bolas de fuego cuando les alcanzaron de lleno unas ráfagas láser de otra concentración de cañones. No tuvieron tiempo ni de encomendarse al Hacedor.

—Aquí jefe Bantha. Bantha cinco ¿dónde estáis?

—A tus siete. Abajo.

—Aquí jefe Mynock. Iniciando el ataque. Cambio a norma de ataque Delta… —estática—. ¡Ya! —las naves hicieron el cambio como si de una patrulla acrobática se tratara, ignorando por completo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Los tres grupos de vuelo estábamos con trayectoria hacia el blanco y toda la antiaérea estaba mirándonos a los ojos. El infierno se nos echó encima. El primer grupo de vuelo en caer fue el Mynock. Por completo. Enfilaron el objetivo. Una cortina de fuego ocultó tres torpedos de protones dirigidos hacia el primer y segundo cazas del grupo. Volaban tan juntos que las explosiones y la metralla que desprendieron golpearon a los dos cazas que les seguían, mandándolos al suelo tras realizar varios toneles incontrolados. Uno de los pilotos saltó. Más tarde sería ejecutado. Los otros dos cazas bajaron a menos de 15 metros para intentar evitar la línea de fuego pero a esa altura y a la velocidad que iban pronto se convirtieron en una llamarada contra el suelo.

Quedaban nueve cazas y estábamos casi sobre el objetivo. Mi jefe de escuadra me ordenó que me acercara más. Quería asegurarse que ocupáramos en el aire el menor espacio posible. Aunque por otra parte sólo haría falta un disparo para matarnos a los dos. Bantha cinco y seis seguían disparando a la antiaérea, abriéndonos camino. Lo mismo ocurría en el grupo Ronto.

—Aquí Bantha seis. Me han dado, jefe Bantha. —La voz sonaba extrañamente tranquila.

—¿Es grave?

—No me puedo mover.

—¡Salta de la nave! ¡Salta!

—No puedo jefe. No me puedo mover yo. La metralla de un proyectil ha entrado por la derecha y me ha jodido la espalda. No siento absolutamente nada. —Nos quedamos todos en silencio en las décimas de segundo siguientes. Nos pareció toda una hora—. Estoy perdiendo altura. Esto es el fin. Llevaba treinta misiones. Estaba muerto desde hace tres. Lo sabía, sabía que esto ocurriría. —Nadie decía nada. Nadie sabía qué decir—. Adiós chicos.

Estática.

Después de eso el jefe Bantha nos sacó de nuestro letargo. Habían sido escasos instantes pero habíamos perdido la concentración.

—Concentrémonos en el ataque. Aquí jefe Bantha, preparando torpedos de protones. Seleccionando objetivo. —Según lo iba diciendo yo iba haciendo lo mismo. Cuando él dijera fuego yo dispararía con él. Esta dependencia me desesperaba. Quería disparar ya. Quería disparar y salir follado de allí. Unos segundos más podían significar nuestra muerte y el jefe se empeñaba en esperar—. ¡Fuego!

Disparamos seis torpedos, haciendo blanco. El grupo Ronto lo hizo después pero no tuvieron tanta puntería.

—Aquí jefe Bantha, decidme vuestro estado.

—Bantha dos. Ok. A tus cinco.

—Aquí Bantha cinco. A tus seis, abajo. Atacando antiaérea.

Silencio.

—Aquí Ronto tres. Ok. Atacando antiaérea.

—Ronto cuatro. Ok. Atacando antiaérea.

—Ronto cinco. Atacando antiaérea. Tengo unos cuantos agujeros en el cristal y en el fuselaje pero estoy bien.

—Aquí jefe Bantha. ¿Qué ha ocurrido con Ronto uno y dos?

—Los han machacado, señor. No han llegado a disparar.

Habría que hacer otra pasada. Nuestro ataque había dado en el blanco y había destruido el blindaje pero en unos días la estación estaría de nuevo operativa. Si queríamos inutilizarla por completo tendríamos que atacar de nuevo.

—Grupo Ronto, iniciad el ataque a la estación. Os cubriremos la salida.

—Roger jefe Bantha.

—Roger.

—Roger.

La voz de los pilotos sonó tranquila pero debían tener los pelos de punta. Hasta ahora estaban bien pero una pasada de ataque era como jugar a la ruleta rodiana. Se iban a lanzar contra el objetivo a cualquier precio. Si fallaban toda la operación sería un fracaso. Era una responsabilidad muy grande pero era nuestro trabajo. Los suministros, la campaña e incluso la guerra dependían en ese momento de nosotros, o más concretamente del grupo Ronto.

—Aquí jefe Bantha a grupo de vuelo Bantha. Reagrupaos.

—Roger.

—Roger.

Yo estaba junto al ala derecha del líder y en cuanto Bantha cinco se puso a la izquierda pusimos rumbo al lugar por donde el grupo Ronto recuperaría altura después de su pasada de ataque. Con un ojo ponía atención a la antiaérea y con el otro miraba a los tres cazas que debíamos proteger.

—Aquí Ronto tres. Cargando torpedos de protones. Blanco seleccionado… ¡Fuego!

Un disparo perfecto. Los tres cazas ascendieron efectuando maniobras evasivas para esquivar la antiaérea.

—Aquí jefe Bantha a grupo de vuelo Bantha. Soltad los pepinos que os queden y volvamos a casa.

—Roger.

—Roger.

Disparé mis últimos torpedos sin preocuparme mucho hacía dónde iban dirigidos. Misión cumplida.

—Aquí jefe Bantha a todos los grupos. Informe de estado.

—Bantha dos. Ok. A tus cinco.

—Bantha cinco. Ok. A tus siete.

—Ronto tres. A tus diez, abajo. Ok.

Me confié mientras íbamos dando el informe de daños pensando que ya nada podía pasarnos. Gran error.

—Ronto cuatro. A tus diez. Ok.

Noté una fuerte sacudida en la parte trasera.

—Ronto cinco. Ok. A tus once, abajo.

Eché una rápida mirada a los controles. Todo parecía estar bien. ¿Todo? Vi como los indicadores de presión bajaban velozmente.

—Aquí Ronto cinco. Bantha dos está echando mucho humo.

—Aquí jefe Bantha ¿cómo estás Bantha dos?

—Jodido, estoy muy jodido. Me han dado. ¡Me han dado! Los mandos me fallan. No voy a poder llegar a la base.

—¡Salta! ¡Salta!

Vi que nos dirigíamos hacía una cordillera montañosa. Si conseguía atravesarla quizá tuviera una oportunidad. Era de sobra conocido lo que hacían con los pilotos que saltaban en las líneas enemigas.

—Creo que podré llegar a esas montañas jefe Bantha.

—Roger Bantha dos. Avisaremos para que vengan a por ti. Ponemos rumbo a casa.

—Roger.

Los minutos se me hicieron eternos. Debía conseguir aguantar hasta pasar las montañas. Pero perdía altura y los mandos no me respondían. Movía la palanca en todas direcciones y de pronto me di cuenta de que el caza respondía, levemente, cuando lo empujaba hacia abajo o a la izquierda. Las montañas se iban haciendo cada vez más grandes y se me ocurrió una idea. Pensé: «que demonios, si no paso esas montañas moriré de todos modos». Descargué todo mi peso sobre la palanca, empujándola hacia la izquierda. La nave comenzó a caer del ala izquierda. Cuando se puso a cuchillo, con las alas perpendiculares al suelo, empezó a caer vertiginosamente por falta de sustentación. En condiciones normales esa caída se podía compensar con los repulsores de dirección pero ese no era mi caso. La nave siguió girando sobre sí misma recuperando de nuevo la sustentación cuando alcanzó la posición de invertida. Ahora sólo tenía que empujar la

palanca hacia delante y, como volaba boca abajo, empezar a subir. Pasé las malditas montañas, con el culo más alto que la cabeza pero las pasé al fin y al cabo. Decidí aguantar así y ascender todo lo que pudiera. Conseguí mantener la nave en vuelo lo suficiente como para entrar en territorio amigo. Una vez en zona segura decidí saltar de la nave. Tiré de las palancas que accionaban el asiento con todas mis fuerzas y me preparé para salir disparado de allí. No pasó nada. El asiento eyectable del Z-95 era de los más fiables pero el de mi nave en concreto debía ser de ese pequeño porcentaje de error que había siempre. Tiré de nuevo. Tiré con desesperación. Nada. Recordé lo que en aquella ocasión me dijo el instructor y gracias al Hacedor volaba boca abajo. Sólo tenía que abrir la cúpula y dejarme caer. Esa era la teoría pero ignoraba si ese método había funcionado alguna vez en la práctica. Me ajusté el paracaídas de reserva que lleva el asiento, abrí la cubierta, que salió disparada a causa del aire, respiré hondo y solté los atalajes que me amarraban al asiento. Segundos después abrí los ojos y me encontraba bajando en caída libre así que tiré de la anilla de mi paracaídas y respiré aliviado al ver que se desplegaba sin consecuencias. Llegué al suelo y al cabo de unas seis horas ya estaba en la base, listo para volar otra misión si hubiera hecho falta.

En esa misión perdimos trece naves y doce pilotos pero hicimos lo que se nos mandó.

Aquella época la recuerdo con emoción, a pesar de que al principio me desilusionó el destino. Fueron unos días maravillosos, los mejores. Volábamos mucho y bebíamos mucho. Por cada tres días en activo teníamos uno de descanso que nos pasábamos en el bar, gastándonos la paga de la República en alcohol. Los jefazos no lo aprobaban, «¡que se jodan!» pensábamos. «¡Que se joda la galaxia entera!». Nos jugábamos el tipo cada vez que salíamos, teníamos derecho a hacer lo que nos viniera en gana. En la cantina hablábamos de mujeres y de naves, contando siempre las mismas historias e inflándolas cada vez más.

—En Coruscant me follé a una rubia que tenía un culo…

—Nada comparado con el culo de una morena que conocí en Corellia. Si te quedabas mirándoselo fijamente te podías marear.

—No, no. Para culos el de tu mujer. Cuando folla lo hace todo él solito. No hace falta moverse. Tu mujer tiene un puto motor eléctrico dentro del culo.

—Pero si no está casado.

—Pues entonces será su madre la del motor.

…

—Aquella nave parecía una puta atracción de feria. Arriba y abajo, arriba y abajo. Tuve que aguantarme la vomitona. Eché un vistazo y vi que le faltaban las dos alas.

—Venga ya.

—Tío te lo juro. Me habían volado las dos alas. Y no sólo eso sino también el motor.

—Sí hombre. ¿Sin alas y sin motor? No te lo crees ni tú.

—Te lo digo en serio. Tuve que llamar a tu madre.

—¿A mi madre? ¿De qué coño estás hablando?

—Si, tuve que llamar a tu madre para que encendiera el motor de su culo. Y conseguí llegar, dando tumbos pero lo conseguí.

—Eres un hijo de puta, te voy a…

Pero todo tiene su final. Después de mi turno de operaciones y más de cien misiones de combate, unos cuantos accidentes y un par de visitas al hospital me dieron un boleto de vuelta a casa. Debía pasar un año sabático en Corellia. Tuve que despedirme de la mejor gente que he conocido. Años más tarde coincidí con Jac Ridly (Ronto 5 en la misión de la estación de radar) en el equipo de pruebas de vuelos experimentales. A los dos meses de estar en casa pedí que me volvieran a enviar al frente. Yo había cambiado, ya no podía estar entre la gente normal.

Me enviaron a un escuadrón de caza a bordo de uno de los novísimos y relucientes destructores de clase Victoria que empezaban a operar en la Armada de la República. Todo era distinto a como yo lo conocía. Los pilotos de caza eran considerados como una raza especial dentro del destructor. Entre ellos se trataban como «caballeros». Tenían modales muy refinados y la palabra «honor» siempre en la boca. En ninguna misión que hice, el honor, me ha ayudado a cumplir el objetivo o salir con vida de allí. Si cualquiera de ellos hubiera estado en mi anterior escuadrón de ataque le habrían quitado esas maneras a base de patadas en el trasero. Mi acogida no fue muy calurosa que digamos. Yo no tenía experiencia en combates aéreos pero tenía más horas de vuelo en el Z-95 que cualquiera de ellos y mis modales seguían siendo igual de soeces. En cuanto hice unas cuantas misiones y empecé a acumular derribos se me empezó a tratar casi por igual. Alcancé la categoría de «as» (cinco derribos) en mi séptima misión y a partir de entonces acumulé victorias hasta un total de 83 naves derribadas.

Recuerdo una misión especialmente fructífera en la que conseguí 13 derribos aunque sólo tres fueron en combate aéreo. Estábamos realizando una PEC (patrulla espacial de caza) en el sistema Delalt, interceptando cualquier nave que pasara por la zona e identificándola. Del hiperespacio surgieron tres cruceros pesados de la clase Acorazado que pusieron rumbo al *Amanecer Lejano*, nuestro destructor Victoria. Estos cruceros eran más grandes que el destructor Victoria y tenían características parecidas pero eran tres contra uno. Tras solicitar su identificación y recibir insultos y amenazas decidimos poner en alerta al destructor y pasar al modo de combate.

—Aquí Alfa 1 a Amanecer. Alerta. Tres acorazados sin identificar y con intenciones hostiles entrando en el perímetro. Esperando instrucciones.

—Aquí Amanecer. Grupo de vuelo Alfa intercepte cualquier bandido que despegue de los acorazados. —Llamábamos «bandido» a cualquier caza hostil—. Lanzaremos a los grupos Beta y Gamma y al grupo de bombarderos Omicrón.

—Roger Amanecer.

El grupo Beta estaba en alerta 5 y el Gamma en alerta 15. Alerta 5 significaba que el escuadrón debía estar en el espacio en menos de cinco minutos, lo que obligaba a los pilotos a estar dentro de sus cabinas en el caso de que se activara la alerta, como ahora. Si estabas en alerta 15 podías esperar en tu camarote pero tenías que tener el traje de vuelo

puesto y salir pitando al hangar en caso de que te llamaran. En ese instante, el destructor debía ser un hervidero de actividad.

—Alfa uno a grupo Alfa. Tres bandidos saliendo del hangar. Iniciamos el ataque.

Yo volaba en Alfa tres y mi misión era procurar que al líder del grupo no se le pegara nadie en la cola mientras él se encargaba de derribar naves.

—Seleccionando misiles de impacto. ¡Fuego! —el misil salió en dirección al líder de la formación enemiga. Estábamos un poco lejos por lo que el misil podría ser esquivado con facilidad si el piloto era un poco hábil.

—Aquí Alfa 3. Estoy siendo fijado por un misil enemigo.

—¡Fuego! —Alfa uno disparó cuando se dio cuenta de que la nave a la que atacaba estaba virando a gran velocidad para esquivar el primer misil—. Alfa tres, repite el mensaje.

—Aquí Alfa tres. Me han fijado un misil enemigo.

—Lanza contramedidas.

—Aquí Alfa tres. Lanzando contramedidas. No consigo quitarme la adquisición.

—Rompe a la derecha. ¡Rompe a la derecha!

—Aquí Alfa tres. Saliendo de la formación.

—Aquí Alfa dos. ¡Tres marcas en la posición dos punto tres!

Tres nuevos cazas estaban saliendo del hangar de otro acorazado. «Marcas» significaba lo mismo que «bandidos». Mientras, el segundo misil lanzado por el líder Alfa destruía la nave enemiga. Ahora estaban a distancia de láser.

—Alfa dos. Ve a por los tres nuevos bandidos.

—Si tomo ese rumbo mi culo será como una diana para estos dos.

—Yo te cubriré.

—Roger. —¿Qué otra cosa podía hacer? Te dan una orden y tienes que cumplirla aunque tu culo corra peligro. Puse rumbo a los tres nuevos cazas que venían a por nosotros. Por la radio oía como se desarrollaba el combate.

—Come láser cabrón. —Gritaba Alfa uno mientras disparaba a la nave que estaba a su derecha.

Mientras, el otro bandido puso rumbo hacia mí. Yo era un blanco perfecto para un misil de impacto. En ese momento Alfa tres, que con sus maniobras evasivas había conseguido quitarse de la línea de tiro de la nave que le había adquirido anteriormente, vio mi situación de desventaja y puso rumbo al bandido que quedaba y que empezaba a adquirirme con un misil. Se acercó todo lo que pudo. Disparó una larga ráfaga de láser impactando en la nave enemiga y haciendo saltar partes del fuselaje. El bandido rompió a la izquierda y Alfa tres lo siguió. Eso me dio el tiempo suficiente para concentrarme en las tres naves que tenía enfrente.

—Me debes un culo nuevo Chuuk. —Me gritó Samec Lander, el piloto de Alfa tres.

—Descuida. —Le dije yo.

Estaban a dos kilómetros y seleccioné misiles pero decidí no fijar blanco en ninguna nave. Cuando intentas fijar un misil en un caza le avisas que vas a por él y le das tiempo

de pensar un modo para esquivarlo. Algo parecido a lo que le pasó al líder Alfa al principio del combate. Decidí entonces intentar centrar la nave enemiga y probar un disparo a ciegas. Era una teoría que había estado madurando pero no la había puesto nunca en práctica. Las probabilidades de acertar con un misil a otra nave en movimiento son escasas pero si conseguía hacer un tiro centrado, el bandido ni siquiera lo vería venir. Mientras tanto el grupo Beta estaba ya en la zona de combate y se disponía a interceptar a otros tres cazas que salían del tercer crucero.

—¡Fuego! —Grité mientras disparaba un misil que me pareció que podía hacer blanco en el líder de la formación. Me la jugué y decidí centrarme en la nave que estaba a la izquierda del líder. A 1,6 kilómetros empecé a disparar mis cañones láser, cuando vi la explosión de su jefe. ¡Le había dado de lleno! Continué disparando a la nave que tenía enfrente, intentando a la vez evitar su fuego. Vi como se le partía el ala y comenzaba a dar vueltas. Al cabo de unos segundos vi saltar al piloto justo antes de que explotara su caza. Esquivé los restos de la nave derribada como pude y comencé a mirar en todas direcciones en busca del tercer bandido. Lo localicé con rumbo a su nave nodriza. De uno de sus motores salían pequeñas lenguas de fuego. La explosión de su compañero debió alcanzarle. Me lancé sobre él a toda velocidad.

—Aquí líder Alfa a grupo Alfa. Reagrupaos.

—Roger Alfa uno —dijo Alfa tres que había conseguido derribar a la nave que perseguía.

—Aquí líder Alfa a Alfa dos. ¡¿Qué coño estás haciendo?!

—Aquí Alfa dos. Estoy sobre el objetivo. Le tengo, no se me puede escapar.

—Olvídalo Alfa dos, hay más bandidos ahí fuera. ¡Es una orden!

—Roger Alfa dos. —¡A la mierda! Le había dicho que lo dejaba pero no era esa mi intención en absoluto.

El bandido había sido atrapado ya por el rayo tractor del crucero. ¡Está es mi oportunidad! Comencé a dispararle mientras el crucero se hacía cada vez más grande en mi cabina. Le lancé una ráfaga de tres segundos y conseguí que explotara. Cuando se disipó el humo vi el enorme hangar del crucero delante de mí. Tenía que virar ya o no podría esquivarlo. Pero ¡diablos! Era un blanco perfecto. Rápidamente seleccioné misiles de impacto y lanzamiento por parejas. Apreté el botón de disparo lo más fuerte que pude, como si eso ayudara a que salieran más rápido. Los tres misiles que tenía se dirigieron hacia las naves estacionadas en el hangar mientras yo tiraba de la palanca todo lo que podía en un afán de esquivar el crucero. Me agaché, apretándome contra el asiento para hacerme lo más pequeño posible como si así pudiera esquivar mejor el casco del crucero. Conseguí evitar el choque por poco y mi nave se estremeció con la explosión del hangar que mis misiles habían producido. Cuando me alejé del crucero pude concentrarme de nuevo en el combate. Oí como, por la radio, el líder Alfa me maldecía en mil lenguas y juraba que me iba a empapelar cuando volviéramos. Mientras yo hacía la guerra por mi cuenta los cazas enemigos había sido diezmados y el escuadrón Omicrón había conseguido averiar los cruceros lo suficiente como para que dieran la orden de retirada.

Una vez terminada la batalla volvimos al hangar. Al bajar del Z-95 pude ver marcas de impactos de láser en el fuselaje y el ala derecha. Sin duda los artilleros del crucero habían puesto todo su empeño en derribarme. Fue entonces, al pensarlo cuando empezaron a temblarme las piernas. Y todavía quedaba lo peor: la bronca del jefe de escuadrilla. Vi entonces como el capitán del destructor aparecía al fondo del hangar y se ponía a hablar con el jefe. Cuando se acercaron a mí, en vez de meterme un buen rapapolvo, me felicitaron porque, según las estimaciones de inteligencia, había conseguido derribar 10 cazas en el suelo e inutilizar el hangar del crucero con mis tres misiles. Aunque esos diez derribos eran mucho más que improbables, decidieron concedérmelos oficialmente para que sirviera de ejemplo. Me impusieron una medalla y me tiré dos meses dando conferencias a jóvenes pilotos.

La vida en un destructor era muy monótona. Nuestros ciclos vitales estaban totalmente alterados por nuestra prolongada estancia en el espacio. Las habitaciones eran muy pequeñas y los pasillos estrechísimos. Aunque las instalaciones del destructor no tenían nada que envidiar a las de cualquier buen hotel. Había gimnasio, alguna tienda, cine, una buena cafetería y hasta un canal propio de televisión. Sin embargo todo eso sólo servía para hacernos añorar aún más nuestros hogares.

# Época dorada

Después de terminar mi segundo turno de operaciones fui destinado a un escuadrón a bordo de otro destructor, en labores de retaguardia. Algo bastante aburrido si lo comparamos con mis anteriores turnos. La guerra acabó meses después y la armada sufrió una gran reorganización para afrontar la nueva época de paz. Habían pasado cinco años desde que dejé mi planeta. Mis opciones eran dos: continuar en el ejército o licenciarme y dedicarme a pilotar naves civiles. Bien sabido es que la mayoría de los pilotos contrabandistas de la galaxia son veteranos pilotos militares. Me decidí por la primera opción pero intenté buscar un destino que mereciera la pena.

A pesar de que la guerra había terminado, las empresas constructoras seguían con sus investigaciones en materia de naves. La competencia entre ellas era feroz, más incluso que en tiempos de guerra. Todas querían sacar el caza que volara más rápido, tuviera más potencia de fuego y fuera más maniobrable. Junto con los nuevos cazas se necesitaban nuevos pilotos. Muchos pilotos licenciados decidieron dedicarse a ese negocio. Pero era peligroso y el peligro es caro. Los pilotos civiles de pruebas exigían salarios cada vez más altos. A veces resultaban más caros los treinta o cuarenta vuelos de prueba de una nueva nave que el desarrollo de la misma. Las empresas buscaron soluciones y ¿dónde las encontraron? En el ejército. Empezaron a firmar acuerdos de cooperación e investigación con la República por los cuales les cedían pilotos para probar sus cazas a cambio de contratos de venta más baratos. Se creó un escuadrón especial para este cometido, el escuadrón Espectro. Un negocio redondo para las dos partes. Pero ¿qué

pasaba con la tercera parte, los pilotos? Apenas hubo modificaciones en nuestros salarios. Alguna prima de vez en cuando. Era un trabajo muy peligroso y por eso todos los que pertenecíamos al escuadrón éramos voluntarios.

Teníamos mucho trabajo. Cada uno de los doce pilotos del escuadrón tenía asignados al menos dos proyectos. Volábamos tres misiones de prueba al día y dos más en naves de apoyo, en el proyecto de algún compañero. Fue en el escuadrón Espectro donde me reencontré con Jac Ridly. Como ya he dicho, nos conocíamos bien por nuestra época pasada en el escuadrón de ataque. Nos caíamos bien y nuestro reencuentro sirvió para que se estrecharan nuestros lazos. Él solía acompañarme en mis vuelos de prueba, en la nave nodriza o en alguna nave de observación y yo hacía lo propio con él. Éramos un equipo. Nos salvamos la vida mutuamente varias veces. Una de las ocasiones más peligrosas en las que me salvó el culo fue durante unos vuelos de prueba en los que tratábamos de batir un nuevo récord de velocidad en vuelo atmosférico. Los pilotos solían decir que en la atmósfera de cada planeta había un demonio que construía campos de fuerza para que no pasáramos a través del aire. El primer muro era la barrera del sonido pero esa ya estaba superada desde hace tiempo. Ahora explorábamos las posibilidades de las máquinas a dos, tres o cuatro veces esa velocidad. Pocos días antes, Coot Crosfeld, un piloto privado que volaba para la Sienar, había llegado a tres veces la velocidad del sonido. Nosotros nos proponíamos superar ese récord. En ese momento estábamos probando unos nuevos motores-cohete de iones de Novaldex que prometían mucho. Se fabricó un fuselaje expresamente para ellos. No pretendíamos fabricar un nuevo caza, tan solo experimentar a altísimas velocidades. Yo fui el piloto asignado al proyecto.

El primer día que vi el aparato me quedé con la boca abierta. Era una nave preciosa, de suaves curvas, fuselaje larguísimo y muy aerodinámica. Pero el punto culminante estaba en la parte trasera: los cuatro motores-cohete. En este mundillo hay un dicho: «cuando una nave parece que puede volar, volará estupendamente». En nuestro caso el dicho funcionó a las mil maravillas aunque también podríamos haber aplicado ese otro que dice: «cuando algo tiene probabilidades de salir mal, saldrá peor». El caso es que me encontraba con la nave con más potencia que había visto jamás y lo único que deseaba era poder dominarla.

Las primeras pruebas las hicimos en tierra. Con el aparato totalmente amarrado encendí el primer motor-cohete. El ruido en el hangar era infernal. Las cadenas que sujetaban la nave comenzaron a vibrar. Parecía como si quisiese salir corriendo. Apagué el motor y encendí el resto sucesivamente. Esa primera prueba había sido un éxito. Los motores podrían dar la talla que se les exigía. Después de eso comenzamos con los vuelos atmosféricos sin motor. Acoplábamos la nave a un transporte nodriza que lo subía a 25.000 metros. Yo viajaba en la cabina del transporte. Una vez alcanzada la altitud adecuada entraba en la cabina de *La Atractiva Leni*, apodo puesto por todo el equipo en honor a mi mujer a la que le daba un infarto cada vez que yo hacía un vuelo. Para entrar requería la ayuda del mecánico de vuelo, Jac Ridly, como de costumbre. Se habían centrado tanto en la aerodinámica y en los motores que no se habían preocupado mucho

del confort interior de la nave. Se echaba en falta cualquier mínimo tipo de lujo. Incluso la compuerta de acceso carecía de cualquier sistema automático. Tan solo una portezuela lateral de accionamiento manual que se aseguraba desde el exterior. De ahí que necesitara la ayuda de Jac para entrar. Como decía, cuando alcanzábamos la altitud adecuada, entraba en la cabina, se aseguraba la escotilla y me soltaban al vacío sin más ayuda para volar que la gravedad y las delgadísimas alas de mi nave. Una vez en el aire el aparato se comportó de maravilla. Flotaba en el aire. Realicé un par de toneles confirmando que la nave volaba soberbiamente. Me dejé caer hasta el suelo como una nave de papel hasta la zona de aterrizaje. Hacíamos las pruebas sobre un inmenso desierto de arena fina pero compacta, que permitía aterrizar sobre ella, tanto si disponíamos de sistema repulsor de aterrizaje como si había que hacerlo manualmente.

Después de múltiples vuelos de prueba, sin motor o con un cohete funcionando cada vez, llegó el gran día en el que encenderíamos los cuatro motores simultáneamente y le haríamos un bonito agujero al cielo. La noche anterior habíamos ido, Jac y yo, a diluir nuestro nerviosismo en alcohol a una de las peores tabernas del lugar. Taberna, por cierto, a la cual solían ir todos los pilotos del escuadrón y en la que pasábamos la mayor parte del tiempo si no estábamos en el aire o en el espacio: *Ronto Barns*. La regentaba la alienígena más fea que habíamos visto en nuestra vida. Cada vez que le preguntábamos de qué raza era, gruñía: «cierra el pico, humano». Ronto Barns, que así se hacía llamar la alienígena, porque aparte de fea era enorme, había sido una famosa piloto en las Guerras Clon y siempre alardeaba de haberse cepillado a más oficiales de la Armada que misiones de vuelo habíamos hecho nosotros. Esa noche estábamos echando unas manos de sabacc cuando varios pilotos de prueba civiles entraron en el local. Sabíamos que habría gresca. Siempre la había. Cuando no venían ellos a provocarla íbamos nosotros a sus locales. No recuerdo porqué empezó todo, sólo sé que acabé con una costilla izquierda rota y al día siguiente tenía el vuelo más importante de todo el proyecto. Por la mañana me dolía tanto la costilla que apenas podía mover el brazo izquierdo y necesitaba de la ayuda de los dos brazos para sujetar la puerta mientras Jac la aseguraba. No podía decírselo a nadie porque le asignarían el vuelo a otro. Jac y yo decidimos mantenerlo en secreto. Él me buscaría una palanca y con ayuda de eso y un poco de esfuerzo por parte de los dos intentaríamos asegurar la puerta.

Llegó el momento de la verdad. Estábamos a la altitud indicada y me preparaba para entrar en la cabina de *La Atractiva Leni*. Me costó horrores. Tuve que morderme la lengua para no gritar. Una vez dentro comprobaríamos si el plan de Jac funcionaba. Si no conseguíamos cerrar la puerta se darían cuenta de lo que pasaba. Atranqué la palanca en la parte interior de la puerta y tiré con todas mis fuerzas mientras Jac empujaba e intentaba asegurar los cierres exteriores. Lo conseguimos. De hecho fue más fácil de lo que pensábamos. Le indiqué, a través del cristal y con el pulgar hacia arriba, que todo estaba correctamente y le di las gracias sin imaginar que no sería la última vez que lo hacía en ese día. Ahora sólo había que seguir el procedimiento normal y hacer ese bonito agujero en el cielo que tanto deseábamos.

—Tres, dos, uno… Soltando el zángano. —Ése era yo. Segundos después estaba flotando de nuevo en el aire.

—Aquí Zángano. Todo parece en orden. Me dispongo a encender el primer motor-cohete. —Eché un vistazo al exterior y pude ver a lo lejos, a las diez, la estela que la nave de apoyo dejaba en el cielo y que me servía de referencia. Debía dirigirme hacia ella. Detrás había otra nave que se encargaría de avisarme si veía algo anómalo en mi aparato.

—Aquí Reina. Roger Zángano. Encienda el primer cohete. Después encenderá los tres restantes en rápida sucesión. Veremos lo que puede correr este pájaro. —Reina era el distintivo de la nave nodriza desde donde me soltaron y donde se encontraban los principales supervisores del proyecto.

—Zángano encendiendo el primer cohete. —En cuanto encendí el motor-cohete, la potencia del aparato me aplastó contra el asiento, como había sucedido siempre—. Todos los parámetros son correctos. La nave responde bien. Me dispongo a encender los tres restantes.

—Roger Zángano. Adelante.

—Zángano encendiendo cohete dos… —comprobé que todo era correcto—. Zángano encendiendo cohete tres… —de nuevo eché una rápida mirada al panel de instrumentos para comprobar que todas las agujas estaban en su sitio. Todas menos las de velocidad. ¡Ya estaba volando a casi el doble de la velocidad del sonido!— Zángano encendiendo el cuarto cohete.

—Roger Zángano. A ver hasta donde llega.

Ya tenía los cuatro cohetes encendidos y la aguja de la velocidad parecía que no quería parar. Pronto la nave que me servía de referencia visual se quedó atrás mientras yo seguía acelerando.

—2,5 unidades. Todo está correctamente. —Una unidad era viajar a la velocidad del sonido, dos era ir al doble.

—Roger Zángano.

—2,6… 2,7… 2,8… 2,9… 3 unidades.

—Roger Zángano. A partir de aquí no sabemos lo que puede ocurrir. Estamos explorando lo desconocido. —Extraoficialmente, cuando nos decían eso, lo llamábamos lo «ugstraño». Había que pronunciarlo haciendo un ruido gutural para reflejar realmente lo que significaba. A nosotros nos parecía muy gracioso.

—3,1… Lo siento por Crosfeld… 3,2… 3,3… 3,4… Empieza a decelerar pero aún así sigue aumentando la velocidad. 3,5…

—Está bien Zángano. Ya tenemos lo que queríamos. 3,5 unidades. Hemos pulverizado el récord de Coot Crosfeld.

—Reina, aquí Zángano. Ya que estoy aquí ¿por qué no vemos hasta donde podemos llegar?

—Negativo Zángano. Tenemos el trabajo hecho, no tenemos porque correr más riesgos.

—Reina, aquí Zángano. Ahora mismo voy a 3,7 y creo que todavía podemos llegar más lejos.

—Roger Zángano. Si ve que pierde el control reduzca la velocidad.

—Roger Reina… 3,8 —pasaron unos veinte segundos antes de que volviera a actualizar mi velocidad—. 3,9 —cada vez tardaba más en pasar una unidad en el aparato de medida—. 4,0…

—Está bien Zángano. Reduzca la velocidad.

—4,1 —en ese momento todo empezó a moverse frenéticamente—. Atención Reina, aquí Zángano. Hay fuertes vibraciones en la nave.

—Reduzca Zángano. ¡Reduzca inmediatamente!

—4,2… Estoy perdiendo el control… la nave está entrando en pérdida… empiezo a caer como un plomo.

—¡Santo Hacedor! ¡¿Qué podemos hacer?!

—¡Estoy girando como un loco! ¡No puedo controlarlo! ¡Estoy entrando en barrena! —Me empecé a asustar. Estaba bien jodido y lo peor es que lo sabía. Y Jac también lo sabía. Él había estado en situaciones parecidas, pero nunca a tanta velocidad. Por lo que me contaron después, en cuanto hubo problemas, Jac apartó al piloto del transporte de un manotazo y se puso él en su puesto.

—Chuuk, soy Jac. Apaga los motores. Vamos a intentar salir de esa barrena.

—¡Ya los he apagado!

—Debes orientarte. ¿Hacia qué lado estás girando?

—¡Y yo qué coño sé! ¿Hacia qué lado gira una puta piedra cuando cae?

—Está bien, está bien. Mira la altitud que tienes.

—15.000 metros.

—Estás bajando muy rápido. Tenemos que darnos prisa.

Nos ha jodido que teníamos que darnos prisa. Estaba cayendo a todo trapo y no veía manera de pararlo.

—Bien, empuja la palanca a la izquierda con todas tus fuerzas.

—¡Sé lo que tengo que hacer Jac! —le grité totalmente enfadado.

—Los dos sabemos que lo sabes pero no te hará ningún mal que te lo vaya diciendo. ¿A qué altitud estás ahora?

—13.000 metros.

—Roger. Empuja la palanca con todas tus fuerzas a la izquierda y enciende los repulsores izquierdos. Vamos a obligar a ese trasto a girar hacia un solo lado.

—¡Ya está, ya está! ¡Ya lo he hecho!

—Roger Chuuk. Tranquilo. ¿Cuál es tu altitud ahora?

—11.500 y sigo bajando como una piedra —estática— 11.000 —estática— 10.500 —estática— me parece que estoy dominando los giros.

—Bien, estabiliza el aparato horizontalmente.

—¡Estoy en ello, demonios! —Todavía se podían complicar más las cosas. En ese momento, y debido a los giros, mi cabeza golpeó el cristal lateral de la cabina. Si hubiera

sido de transpariacero no hubiera ocurrido nada, pero esa nave estaba hecha para batir un récord. Cualquier otra función era secundaria, incluida la de mantener con vida al piloto. Como ya he dicho en otra ocasión: Así es como se hacían las cosas en aquella época. El cristal de la cabina se rompió. Debido a la descompresión todo saltó en pedazos y lo mismo me hubiera ocurrido a mí de no ser porque estaba amarrado al asiento. Trozos de metralla saltaron por todas partes. Me llevé las manos a la cara en un acto reflejo pero fue demasiado tarde. No podía ver absolutamente nada. ¡Y seguía cayendo!— Jac, tengo un problema. La cúpula de la cabina ha saltado en pedazos. Tengo cristales en la cara y no veo absolutamente nada.

—¡Mierda! ¡Vaya día llevamos! ¡Joder, tenemos que darnos prisa! ¿Sabes en qué posición estás?

—No estoy girando pero no sé si estoy boca arriba o boca abajo. —La nave seguía cayendo como un plomo y necesitábamos darnos prisa. Teníamos que recuperar la sustentación en las alas para poder controlar el aparato de nuevo. Por explicarlo de algún modo: cuando construyes un deslizador de papel, para hacerlo volar lo lanzas hacia delante. Él sigue la trayectoria que sea, hacia delante, arriba, abajo,… pero siempre vuela. Si le pones un muñequito y lo dejas caer se estampará contra el suelo. En este momento *La Atractiva Leni* era el deslizador de papel y yo el muñequito.

—Es la desorientación. ¿Sientes presión sobre los hombros o sobre el culo?

—Sobre el culo, creo.

—Pues entonces no estás colgando, estás sentado. Debes empujar la palanca de control hacia delante, para bajar el morro. Notarás el cambio de posición porque la sangre se te acumulará en la cabeza. Una vez tengas el morro de la nave apuntando al suelo enciende los motores y cuando recuperes la sustentación intenta volver a la posición normal.

Empujé la palanca con todas mis fuerzas y, como predijo Jac, noté como la sangre se acumulaba en la cabeza. Encendí los motores y al cabo de un par de segundos intenté recuperar la posición normal.

—¡Santo Hacedor! ¡Creo que lo he logrado! ¡Estoy volando en posición normal!

—Uffff. Madre mía. —Jac me dijo luego que se dejó caer sobre su asiento y al relajar todos sus músculos de repente, fue cuando se dio cuenta de lo agotado que estaba. Si él estaba así imaginaros como estaba yo—. Esto le envejece a uno —me dijo.

—¡Ni que lo digas, Jac!

—Está bien. Sube un poco el morro. No queremos que te estampes contra el suelo ahora. —Todavía tenía que posar el aparato en el suelo. Si hubiera tenido asiento eyectable éste hubiera sido un buen momento para utilizarlo pero se ve que ha ningún ingeniero listillo se le ocurrió que hiciera falta alguna vez—. Jac, voy a ponerme a tu altura e intentaré guiarte en el aterrizaje.

Levanté un poco el morro y esperé, durante no sé cuánto tiempo, a que Jac me dijera lo que tenía que hacer. Al cabo de unos minutos volví a oír su voz.

—Chuuk, ya estoy, a tus seis, a tu altura. Tendrás que apagar los motores para que te pueda alcanzar. No sé si debo decírtelo pero te ha faltado poco para hacer el agujero. Estás a unos 800 metros del suelo. Y eso si no contamos los metros que habrás ascendido después.

—De cualquier forma ya ha pasado. Guíame hasta el suelo pero por favor, que sea tranquilito, que ya he tenido suficientes sustos por hoy. Los motores están apagados. Estoy planeando.

Jac consiguió alcanzarme con el transporte nodriza y ponerse a mi nivel. «Corrige el rumbo», «Nivela las alas», «Lo estás haciendo bien», «Estamos a tantos metros», «Tranquilo». Todo esto me iba diciendo mientras yo me aproximaba al suelo. El trayecto duró una media hora. Gracias a sus indicaciones fue el aterrizaje más suave que haya hecho en mi vida. En serio. Hicimos todo con tanta tranquilidad y tan despacio que apenas noté el golpe contra el suelo al aterrizar. Los equipos de rescate tardaron poco en llegar y mientras me metían en los vehículos apareció también Jac.

—Esta vez hemos visto de cerca ese demonio de la atmósfera ¿eh Jac?

—Ya lo creo Chuuk, ya lo creo.

Tan solo necesité un par de horas en un tanque de bacta para recuperarme de las heridas. Había tenido mucha suerte. De hecho eso no era lo normal. Los ingenieros tenían ideas brillantes, fabricaban naves para probarlas y nosotros la hacíamos volar. Muchos pilotos del escuadrón perdieron la vida en aquellos días. Yo por ahora podía contarlo. Al cabo de unas horas Jac y yo estábamos en *Ronto Barns* contándolo.

Pasábamos tanto tiempo en el local de Ronto Barns que siempre que volábamos en misión de apoyo a un vuelo experimental pasábamos por encima del local haciendo retumbar los cristales para saludar a los que hubiera. Un día recibimos una orden del comandante en jefe del escuadrón por la que se nos prohibía terminantemente hacer esas pasadas. Esa misma noche Jac y yo teníamos que hacer un vuelo de apoyo a otro piloto y volvimos a pasar por el local a pesar de la prohibición. Cuando aterrizamos, el comandante en persona vino a empapelarnos:

—¿No les dije que no volvieran a hacer pasadas por *Ronto Barns*? ¿Por qué coño lo han hecho esta noche?

—Señor, ¿cómo puede saberlo si ha sido antes de amanecer? ¿Acaso estaba usted allí?

Dicho esto se dio la vuelta y no nos volvió a decir nada al respecto.

Ésta también fue una época maravillosa. Casi tanto como mi primer turno de operaciones en la guerra. Los historiadores de butaca la llamarían más adelante *La Época Dorada de la Astronáutica*. No sé si lo fue o no. Lo único que sé es que volábamos más naves de las que cualquier otro piloto vería en toda su vida, algunas realmente estúpidas. Como aquel «saltador» experimental que lo único que tiene en común con los modernos saltadores aéreos es el nombre. Este nuevo «saltador» quería probar un revolucionario sistema de propulsión basado en el encendido de los repulsores durante cortos periodos de tiempo con el fin de ahorrar combustible. Cuando se encendían los repulsores, el

saltador se elevaba del suelo y una vez en el aire se apagaban haciendo rebotar al vehículo. Después de matar a su primer piloto de pruebas, casi hacerlo con el segundo y demostrar que no conseguía ahorrar ni una mísera gota de carburante se abandonó el proyecto. La *Silla-Saltarina-Hace-Viudas* la llamábamos extraoficialmente.

Poco después centraron las investigaciones en el vuelo hiperespacial. Más concretamente en las computadoras que calculaban las rutas. Se quería dar de baja a los «anticuados» droides astromecánicos y sustituirlos por complejas computadoras de vuelo. De hecho iban detrás de ello desde las Guerras Clon. El Z-95 ya carecía de hiperimpulsor, y de droide, y era transportado en los enormes destructores Victoria. Ahora buscaban más independencia de los cazas pero no querían volver al anterior método del androide astromecánico. Se ha avanzado mucho en la investigación hiperespacial, tanto en los hiperimpulsores como en las computadoras pero todo a un coste elevado. Se necesitaba reducir tanto el tamaño de las computadoras para acoplarlas en los cazas que la mayoría de veces su comportamiento era dudoso y se producían errores fatales. Vi muchas naves que estallaban al saltar al hiperespacio, o chocar contra algún objeto estelar, o simplemente que perdían el contacto una vez realizaba el salto y no se volvía a saber nada de ellas. Todavía hay naves perdidas en mitad del espacio con su piloto, muerto, dentro.

Por entonces se me asignó a otro ambicioso proyecto que a la larga resultaría un éxito en toda la galaxia. Trataban de conseguir un caza pesadamente armado, con un fuerte blindaje y capacidad hiperespacial. Para esto último se recurriría otra vez a los androides astromecánicos por ser más baratos, más pequeños y más fiables que las computadoras de la época, aunque hubiera que programarlos antes de cada salto. Este caza significó la vuelta y salvación de los androides. El caza en concreto era el BTL-S3, más comúnmente conocido como Ala Y, por su forma estructural. Una versión posterior, la A4 de reconocimiento sí incluyó un computador de navegación hiperespacial con buenos resultados aunque se demostró que lo mejor en combate para salir corriendo no es ponerse a calcular rutas sino tenerlas almacenadas de antemano.

Era un caza extraordinario, superior a cualquier otro de la época y una plataforma muy potente de tiro. Un enfrentamiento frontal de cualquier otro caza con el Ala Y era una peligrosa maniobra. Sus dos cañones láser estaban situados debajo del piloto y disparaban muy juntos. Eso hacía que siempre impactaran los dos en el objetivo. Aunque puede parecer una tontería, esto se convierte en el mayor problema de cazas como el Ala A, ya que al hecho de tener dos cañones solamente hay que añadir que resulta difícil hacer blanco con los dos en objetivos pequeños. Esto no pasa con el Ala Y. De hecho un hábil piloto puede destruir un caza TIE de un solo disparo, con los cañones en modo «fuego acoplado», si consigue hacer blanco en la cabina, algo mucho más difícil de hacer con el Ala A. A parte de los cañones láser, el Ala Y dispone también de dos cañones de iones situados encima de la cabina del piloto, en una torreta de accionamiento eléctrico. Estos cañones son controlados por el artillero, sentado, espalda contra espalda, detrás del piloto. Al principio los cañones de iones tenían un alcance limitado pero posteriormente

se consiguió igualar el alcance al de los cañones láser. En la versión A4 de reconocimiento del Ala Y, se suprimió el puesto del artillero y se intentó delegar las funciones de puntería en un computador. El resultado durante las pruebas fue tan desastroso que se decidió suprimirlo. La torreta se fijaría en la posición que el piloto quisiera, antes del despegue. Normalmente se apuntaba hacia delante aunque yo personalmente, en misiones de ataque a naves capitales, volando con la Rebelión, prefería apuntarlos hacia atrás porque cuando volaba de frente a la nave podía disparar con los cañones láser y cuando la rebasaba con los de iones consiguiendo más impactos. Esto no servía de nada contra cazas. El cambio de armamento de un tipo de cañones al otro era inmediato, con solo un botón se podía hacer. Había pilotos habilidosos que conseguían mucha más cadencia de tiro cambiando rápidamente de un sistema a otro. Mientras se recargaban los cañones láser disparaban los de iones, y viceversa.

Además de esto, el Ala Y, disponía de dos lanzadores de torpedos de protones, un peligroso aguijón contra naves capitales. Con todo esto, y como único defecto apreciable la escasa velocidad, el Ala Y se convirtió en uno de los cazabombarderos más numerosos de la galaxia, siendo además la espina dorsal de la Alianza Rebelde, que tenía más Ala Y en el espacio que cualquier otro. Volaban tanto que tenían que ser reparados y parcheados continuamente, lo que me recordaba a mi época en el grupo mecánico durante las guerras Clon en el sistema tekaniano. Más de una vez tuve que dejarlo todo y ponerme a reparar algún Ala Y. Hoy en día es una nave pasada de moda. Los jóvenes pilotos no la aprecian mucho pero yo le tengo un cariño especial porque estuve con ella desde su nacimiento. Es como si algo de mí estuviera en cada Ala Y. Con la llegada del bombardero Ala B, en cuyo desarrollo también tuve una importante participación, el Ala Y fue relegado definitivamente a tareas de segunda línea. Aunque una última modificación ha hecho alargar su vida, el fuego acoplado entre los cañones láser y los de iones, que antes no se podía tener. Ahora puedes disparar los cuatro cañones a la vez consiguiendo mayor potencia de fuego y un poder más destructivo.

Fue por aquel tiempo que la República empezó a decaer. La proclamación como Emperador del senador Palpatine hizo que la investigación militar recibiera enormes ayudas a cambio de que las empresas fueran más dependientes del Estado. Así pues, la *Sistemas de República Sienar* pasó a ser *Sistemas de Flota Sienar* y empezó la investigación y aplicación de un nuevo sistemas de motores iónicos dobles que habían desarrollado, cuyas siglas darían lugar al famoso caza TIE. Fui asignado como piloto de apoyo a ese proyecto, porque yo acababa de terminar con el Ala Y. El desarrollo y prueba del caza Tie fue asignado a un piloto civil de renombre, nuestro eterno competidor Coot Crosfeld.

El caza Tie se basaba en una novedosa teoría: «cuanto más inestable sea un caza, más maniobrable y más impredecible resultará». Estas dos características son esenciales para el combate aéreo entre naves. La jugada les salió bien, aunque a un alto precio. El caza parecía un potro nervioso sin domar. Cualquier golpe de palanca lo hacía encabritarse. Tuvieron que desarrollar sistemas de vuelo controlados por ordenador para ayudar al

piloto a gobernarlo. Aún así, en el vuelo atmosférico, mató a un buen número de pilotos. El caza carecía de cualquier tipo de sistema: ni hiperimpulsor, ni pantallas, ni soporte vital. Decían que sería una nave embarcada, que recurriría a su escaso tamaño y su peculiar forma para ser difícil de alcanzar y que el soporte vital estaba incluido en el traje de vuelo del piloto. Poseía, sin embargo, un sistema de puntería totalmente revolucionario y unos cañones láser de tamaño más reducido, menos potentes que otros pero con una elevadísima cadencia de fuego, característica que los hacía mortíferos. Cada vez que eran disparados emitían un siseo muy característico, que junto al peculiar sonido de los motores harían reconocible el caza en toda la galaxia. La nave resultó un éxito total y, debido a su diseño modular, las sucesivas modificaciones hicieron de él un caza de enormes posibilidades y destinado a infinidad de tareas siendo, además, el precursor de nuevas generaciones de naves.

Cuando el proyecto TIE estaba en la mitad de su desarrollo me destinaron, al desarrollo de un nuevo y sofisticadísimo caza de la Corporación Incom como piloto de pruebas del proyecto: el T-65 Ala X. Yo tenía una amplia experiencia de combate con el Z-95, nave en la que se basaba el Ala X, además de mis horas acumuladas en vuelos experimentales. Por eso fui elegido, a pesar de estar como piloto observador del proyecto TIE. Jac Ridly volvió a ser mi piloto de apoyo en el proyecto, después de una temporada que llevábamos sin vernos. Cuando el, ya consolidado, Imperio Galáctico lanzó a concurso la compra de un nuevo caza de última generación, tenían el proyecto Ala X a medias, en las mesas de dibujo. A pesar de que ya entonces se podía adivinar que sería uno de los mejores cazas construidos en la historia, el concurso lo ganó la Sienar con su caza TIE, porque se adaptaba más a las exigencias del Imperio de un caza de construcción masiva. Esto unido al cada vez más férreo control imperial hizo que la Incom empezara a simpatizar con un grupo que empezaba a ser una pesadilla para el Imperio.

## Operación zurrarle a la Sienar

Todos los proyectos de construcción de vehículos militares que no fueran supervisados por el Imperio y destinados a éste fueron suspendidos. Y los principales ingenieros y equipos de desarrollo de Incom, incluidos nosotros, fueron acusados e investigados por su supuesta simpatía a la Alianza Rebelde.

En una rápida operación, un comando rebelde interceptó el transporte donde nos trasladaban a una cárcel para retenernos mientras continuaban las investigaciones. Una fuerte explosión hizo retumbar el transporte. Al principio creímos que sería algún meteorito o basura espacial que había impactado en el casco de la nave pero después de unos minutos y al oír el sonido de disparos imaginamos que serían piratas espaciales. Por suerte, nuestro destino no sería ser esclavos de algún gánster galáctico, sino un nuevo empleo, trabajando esta vez para la Rebelión. El comando se encargó de «retirar» a los

soldados de asalto y «sustituir» a los pilotos del transporte por pilotos rebeldes que lo conducirían a un lugar secreto. Alguien preguntó lo que le ocurriría a los prototipos, que se encontraban todavía en el centro de producción y tras saber que probablemente caerían en manos imperiales nos negamos a seguir a menos que se nos asegurara que se haría todo lo posible por recuperarlos. Carecíamos de tiempo, pero aún así obligamos al oficial al mando del comando, a llamar a la cúpula de la Alianza para discutir el asunto. Nos salimos con la nuestra y creo que la Alianza no nos agradecerá nunca lo suficiente el favor que les hicimos. El tiempo jugaba en nuestra contra. Cuanto más tardáramos más imperiales podría haber esperado en la factoría. Unos cuantos ingenieros, Jac y yo como pilotos y el comando rebelde nos embarcamos a bordo del transporte que les había traído hasta nosotros mientras el resto del equipo de la Incom se dirigía a lugar seguro. Durante el viaje los ingenieros dibujaron para el comando un rústico plano de las instalaciones, para preparar un plan de entrada. Ellos se encargarían de llamar la atención y abrirnos paso mientras los ingenieros se encargaban de recuperar todos los datos y esquemas necesarios. Los cargaríamos en un par de prototipos y Jac y yo nos encargaríamos de llevarlos hasta la base rebelde. Después de despegar los cazas, el comando volaría las instalaciones para que no quedara rastro del nuevo caza. Antes de aterrizar en la factoría un chico del comando, que no tendría más de veinte años, me dio una pistola lanzaproyectiles de pólvora «por si me hacía falta». Hacía mucho tiempo que no llevaba un arma. Desde la guerra. Entonces debíamos llevar un bláster por si éramos derribados. Después de eso no había vuelto a empuñar ninguna. Ahora llevo siempre conmigo esa pistola de pólvora. Quizá no sea muy efectiva, pero arma mucho ruido y ayuda a evitar el enfrentamiento.

Aterrizamos en una zona alejada del complejo. No sabíamos aún si nos habían detectado. Salimos de la nave y nos separamos. El comando se alejó deprisa y en silencio. Nos abrirían el paso hacia la factoría. Debieron hacer muy bien su trabajo porque durante el camino no nos cruzamos con nadie. Jac y yo nos dirigimos a los hangares mientras los ingenieros iban a las salas de desarrollo, túneles de viento y talleres de construcción para recuperar todos los datos que pudieran. Mientras tanto, Jac y yo, preparábamos dos de los cuatro prototipos para el vuelo. El manual de despegue tenía unos treinta pasos de comprobaciones prevuelo. Nosotros tuvimos que centrarnos en unos cuantos.

—Sáltate los tres primeros Chuuk. Ve directamente al computador de vuelo.

—Computador de vuelo… Funcionando.

—Seis. ¿Pantalla de computador de puntería?

—Funcionando.

—Siete. ¿Sistema de soporte de vida?

—Correcto.

—Trece. ¿Asiento eyectable?

—Sáltatelo. No nos pueden coger vivos de todas formas.

—Eh… A ver… Dieciocho. ¿Estabilizador?

—Correcto.

—Veintidós. ¿Estimulador del hiperimpulso?

—También parece que está bien.

—Veintitrés. ¿Células de energía principales?

—Funcionando.

—Bueno, creo que es lo mínimo que necesitamos. Revisaremos el otro mientras vienen los científicos. —Se oían unos cuantos disparos a lo lejos—. Esperemos que no tarden en venir. Oye Jac.

—¿Qué?

—¿No crees que es una pena dejar estos dos prototipos aquí para destruirlos?

—No podemos llevarnos los cuatro.

—Si la Alianza tuviera cuatro podría adiestrar más rápidamente a sus pilotos en el nuevo caza.

—¿Y quién los va pilotar?

—Podrían pilotarlos el chico ese del equipo de ingenieros y seguro que alguno del comando rebelde sabe pilotar un T-16. No se les va a pedir entrar en combate, tan sólo que lo lleven hasta la base. —Los chicos de Incom, aunque no eran tan jóvenes Jac y yo solíamos tratar de «chicos» a cualquiera con menos edad que nosotros, tenían la sana costumbre de hacer sus naves muy similares entre sí, en cuanto a la cabina y el manejo se refiere. Se decía que cualquiera que pudiera pilotar un T-16 podría hacer volar el T-65. Además, recordemos que el Ala X venía directamente del Z-95, una nave muy conocida en la galaxia.

—Mierda Chuuk tienes razón. Ve a buscarles mientras termino de revisar el segundo.

—Nosotros volaremos en los otros dos prototipos. No nos dará tiempo de revisarlos así que habrá que confiar en que todo esté en perfecto estado. Acuérdate de acoplar androides astromecánicos —grité mientras me alejaba.

—Salí corriendo en busca de los nuevos pilotos. No fue difícil convencer al equipo de ingenieros. Con los comandos sería más complicado.

—Jodidos ingenieros locos. Necesitábamos un solo prototipo. Se iban a llevar dos y encima ahora quieren los cuatro.

—Le vendrán muy bien a la Alianza para…

—Si ya sé. La Alianza y todo eso.

—Tenderc, ve con ellos. Dicen que es como pilotar un T-16. Tú los has pilotado en tu planeta ¿no?

—Bueno sí, pero yo…

—Pues ala. Desde ahora eres piloto.

Cuando regresamos estaban los cuatro Ala X preparados para el despegue. No hizo falta dar muchas explicaciones a los «pilotos accidentales» de cómo hacer despegar este tipo de nave pues ambos estaban familiarizados de uno u otro modo. Traíamos con nosotros los datos más relevantes en soportes magnéticos y los cargamos en los Ala X. Jac y yo utilizamos cada uno un vehículo tractor de apoyo en tierra para sacar las naves fuera del hangar, y tras desearles suerte, despegaron. Sacamos los otros dos prototipos y

nos dispusimos a despegar nosotros también. Conectamos la radio en la frecuencia que habíamos prefijado anteriormente e intentamos contactar con los otros dos prototipos y con el comando. Instintivamente me puse al mando.

—Aquí prototipo tres a prototipos uno y dos.

—Sí, estoy aquí. ¿Es a mí? —Contestó uno de los dos. Se notaba claramente que no estaban muy familiarizados con la jerga militar de vuelo.

—Si, es a ti, quien demonios seas.

—Soy…

—Da igual, dime tu estado.

—Pues estoy bien.

—Estupendo. Pero ¿dónde estás?

—Estoy saliendo de la atmósfera.

—Yo también, pero he perdido de vista al otro prototipo —contestó el otro chico.

—Aquí prototipo tres, no os preocupéis. Nadie os ha enseñado a volar en formación. Limitaros a saltar al hiperespacio en cuanto podáis. Las coordenadas están en los androides astromecánicos.

—Vale.

—Está bien —contestaron.

—Aquí prototipo tres a transporte del grupo comando. ¿Despegáis ya o qué?

—Aquí transporte. No se preocupen por nosotros. Ustedes tienen la información vital y los prototipos. Salgan pitando del planeta. Nosotros terminaremos el trabajo y devolveremos sanos y salvos a los demás ingenieros. Nos vemos en el punto de reunión.

—Roger, transporte.

Lo cierto es que no volví a ver a ninguno de los chicos del comando. Sí que vi a algunos ingenieros en otros proyectos pero a nadie más. Imagino que volverían todos.

Una vez entregados los datos y los prototipos a la Alianza no acabó nuestro trabajo. El caza aún estaba en fase de pruebas. De hecho muchos de sus sistemas más importantes no habían sido probados aún. La Alianza facilitó todo a su disposición para tener el caza listo en el menor tiempo posible. Necesitaban que superara al Tie imperial en todos los aspectos. El proyecto se llamó extroficialmente *Operación: Zurrarle a la Sienar*.

Mientras los ingenieros le daban los últimos retoques a sus datos, volábamos alguna misión con los prototipos para realizar las primeras pruebas, antes del verdadero test que haría el caza totalmente operacional. También aprovechábamos para ir instruyendo a los jóvenes pilotos rebeldes en el manejo de la nave y enseñarles todas las tácticas de combate espacial que conocíamos, fruto de años de experiencia. Muchas de nuestras enseñanzas fueron recopiladas más tarde por el comandante Adar Tallon en su tratado sobre *Tácticas de Cazas Espaciales*. Por nuestras manos pasaron muchos jóvenes pilotos, ahora con altos cargos en la Alianza como el comandante de ala Varth, encargado del Cuartel General de Sectores y responsable de aportar pilotos competentes a la Alianza, o el ahora General Wedge Antilles. Este chico era, y sigue siendo, muy buen piloto. No en vano era, como yo, corelliano. Tenía una gran facilidad para aprender. Algunos pensaban

que en ocasiones de peligro mostraba una cobardía impropia de un piloto rebelde y en la batalla de Yavin, de la que se le considera un héroe, algunos dicen que aprovechó la avería para huir. Yo no lo creo. De cualquier forma disipó toda clase de dudas en la batalla de Hoth.

Pronto se hizo necesaria la creación de un nuevo escuadrón de pilotos de prueba: el Nuevo Escuadrón Espectro. Debido a la escasez de pilotos veteranos de guerra que tenía la Alianza y a la necesidad de adiestrar a sus jóvenes pilotos en las nuevas naves, este escuadrón sería también el encargado de la instrucción en cuanto un nuevo caza estuviera operativo. En pocas palabras: probábamos los cazas y cuando estaban listos enseñábamos al resto de escuadrones su funcionamiento. Hubo muchas solicitudes de ingreso pero el perfil que buscaba la Alianza era muy severo. No en vano debían ser los mejores pilotos que tuvieran y debían tener amplia experiencia en combate, algo que por aquel entonces no era fácil de conseguir. Entre los candidatos hubo una ficha que me resultó familiar: Samec Lander, el piloto que me había salvado el pellejo en aquel combate aéreo durante mi segundo turno de operaciones en las guerras Clon. Vaya ¿cómo habría llegado a parar él también aquí? Era un buen piloto y además veterano. No lo dudé ni un momento.

Completé el escuadrón con nueve pilotos más: seis hombres (siendo dos alienígenas) y tres mujeres (una de ellas también alienígena), la mayoría con escasa experiencia en combate. Casi todos habían sido guardias aduaneros en sistemas como Bespin o Coruscant excepto un chico que había pilotado Ties para el Imperio. No los conocía mucho. Sus referencias decían que eran buenos pilotos a pesar de su inexperiencia. Nombré como mis segundos a Jac Ridly y Samec Lander. De hecho dirigíamos el escuadrón los tres por igual con la salvedad de que yo era el coordinador de proyectos. Lo primero que hicimos fue confraternizar con los novatos. Sólo conocía un modo de vida en un escuadrón de este tipo: el que yo había vivido. La primera medida que tomamos fue buscar un tugurio en el que poder reunirnos mientras no hubiera que volar. En la primera juerga los tres veteranos comenzamos a recordar los viejos tiempos y saturamos de batallitas a los novatos, que por otra parte nos escuchaban embelesados no sé si por interés o por el alcohol. Conseguimos romper el hielo entre todos y las cosas empezaron a funcionar como queríamos. Ni siquiera el hecho de que hubiera mujeres supuso un problema. A mí me encantaba la idea, era genial poder oír la voz de una mujer por la radio. Sólo en la Rebelión se ven esas cosas. La realidad es que son mejores pilotos que los hombres, en muchos casos. Con los alienígenas, un calamariano, un ithoriano y una sullustana, tampoco hubo ningún problema, quizá en algún caso el idioma, pero se solucionó rápido. Tan sólo Samec Lander decía a veces que debería haber más disciplina. Recordemos que venía de un escuadrón de «caballeros». De cualquier forma las cosas marchaban como queríamos. Los humanos éramos los principales pilotos de pruebas de las naves y los alienígenas se encargaban del acondicionamiento a otras especies, tarea muy importante en la Rebelión.

Una vez acabado el proyecto Ala X, la Rebelión nos encomendó, entre otras muchas misiones, la elección de un deslizador aéreo de apoyo a tierra, en cualquier clima y con

cualquier condición atmosférica. Nos habían dado una lista de candidatos que debíamos evaluar. Entre ellos estaban el T-16 SkyHooper de Incom, el T-47 de Incom, el coche-nube de doble vaina de Bespin Motors o el ya anticuado Z-95 Cazacabezas de Incom/Subpro, que a pesar de no ser un deslizador podía cumplir a la perfección con labores atmosféricas. El candidato desde un principio fue el T-16 debido a su alta velocidad, su elevado techo de vuelo y su capacidad para montar varias combinaciones de armas pero, tras una exhaustiva evaluación de todos los modelos, el equipo de pruebas decidió que el T-47 era el mejor candidato para la Rebelión. Nuestra decisión se basó principalmente en la capacidad de adaptación todo-clima que tenía, su mejor blindaje y su capacidad de encajar fuertes daños. A pesar de que su altitud máxima es de 250 metros, frente a altitudes cercanas a las primeras capas atmosféricas de otros modelos, el equipo de pruebas consideró que, debido a su misión de apoyo cercano a las tropas, su escasa altitud no suponía un problema para su elección. En cambio factores negativos del T-16 como su pésima visibilidad en cualquier dirección, su vulnerabilidad en las alas, que al más mínimo problema hace del vehículo un trampa mortal, y su menor capacidad de adaptación le hicieron perder la competición, a pesar de ser el deslizador aéreo más conocido en la galaxia. Aunque en su momento se cuestionó nuestra decisión, el resultado ha sido muy positivo en los múltiples escenarios donde se ha probado su valía, siendo la Batalla de Hoth el espaldarazo definitivo al T-47.

Hasta la batalla de Yavin, el escuadrón había tenido una sede oficial en un planeta alejado del núcleo, cuyo nombre no puedo revelar por razones de seguridad. La vida allí era el sueño de cualquier piloto. Se volaba más que en cualquier otro escuadrón y se probaban los mejores cazas del momento. Solíamos pasar el escaso tiempo libre que teníamos en una cantina-sala-de-escuadrón, jugando al sabacc y bebiendo. El local estaba decorado a nuestro gusto, con esquemas de naves, hojas de procedimientos, maquetas, análisis, gráficas de envolventes, una máquina de música donde solíamos escuchar jizz, botellas de alcohol exóticas, partes de naves y pancartas con frases del tipo: «Todos los pilotos cuentan», «Nosotros las hacemos, los demás las vuelan» o «No hay malas naves sino malos pilotos». Después de Yavin todo eso cambió. El Imperio se enfrascó en una búsqueda sin cuartel contra la Alianza, lo que nos obligó a cambiar continuamente de ubicación. Además, después de analizar a fondo la batalla se llegó a la conclusión de que lo que le hacía falta a la Alianza era velocidad pura, un caza pura sangre. Esta idea, concebida por el general Dodonna fue propuesta al equipo de desarrollo del ingeniero Walex Blissex que estaba trabajando en un nuevo caza desde hacía tiempo. La fusión de ambas ideas fue el Ala A. Comenzábamos los preparativos para la fase de prueba del nuevo caza cuando recibimos otro importante encargo con el nombre en clave de: *Proyecto Shantipole*. Tuvimos que dividir el escuadrón. Parte de los chicos tuvieron que trasladarse al cinturón de Roche para el nuevo proyecto, conmigo al mando, y el resto se quedó en el proyecto del Ala A que dirigió Jac Ridly. Confiaba plenamente en Jac y no me defraudó en absoluto. A pesar de los recortes en el presupuesto que sufrió el desarrollo del Ala A consiguieron un caza soberbio, aunque no exento de polémica. El

general Dodonna se empeñó en incluir un sistema de interferentes muy complejo en el caza y Jac, como jefe del proyecto le intentó explicar los problemas que eso traía:

—¡Es el sistema más avanzado que ha tenido jamás una nave tan pequeña y no voy a renunciar a él sólo porque usted lo diga!

—El sistema es muy bueno, el mejor que he visto. Pero cuando un piloto realice un ataque a una nave capital con los interferentes encendidos, ¡le estará dando a esa nave su posición y un blanco al que disparar! ¡Será como una luz en mitad de la oscuridad!

—¡Es la mayor tontería que he oído en mi vida! ¡De cualquier forma cada piloto es libre de encender o no los sistemas!

—Está bien, está bien. ¡Sólo trato de abaratar costes! ¡Encuentro que el sistema es innecesario!

—El sistema saldrá adelante. ¡Discusión terminada!

Más adelante se demostraría la eficacia del sistema de interferencias en las labores de defensa de naves, aunque con modestos resultados. En ningún otro tipo de misión fueron utilizados dando la razón, una vez más, a Jac y su equipo de pruebas. Es la historia de siempre, al final los mandamases se llevan la razón.

Mientras esto ocurría, yo me encontraba embarcado en el proyecto Shantipole, el desarrollo de un nuevo bombardero pesado para la Alianza. El caza que salió del proyecto fue el estupendo Ala B. El fundamento era la necesidad de la Alianza de un caza-bombardero para sustituir al Ala Y, con mucha más potencia de fuego. Su potencia debía ser lo suficientemente grande como para que un escuadrón de Ala B pudiera hacer frente a naves capitales y que la presencia de uno sólo hiciera temblar a otras, como las fragatas Nebulón B. El proyecto fue encargado al, por entonces, comandante Ackbar, quien decidió pedir ayuda a los verpine para ello. De sobra es conocida la habilidad de estos alienígenas en la construcción de naves.

El Ala B era, y sigue siendo, un caza-bombardero como no he visto ningún otro en la galaxia, con una configuración totalmente vanguardista: en combate desplegaba sus alas en cruz, con cañones en los extremos, dándole un aspecto aterrador a cualquiera que tuviera enfrente. Tenía un cañón láser y dos auto-blásters de menor potencia, además de tres cañones medios de iones y dos lanzadores de torpedos de protones. Incorporaba, también, una novedosa cabina con un sistema servo-giroscópico que podía mantenerla fija sobre un punto mientras el resto de la estructura giraba alrededor de ella. Esto hacía que el piloto pudiera apuntar y disparar con suma facilidad desde su cabina mientras el resto del caza no dejaba de moverse. La idea era muy buena pero en la práctica resultó una pesadilla mecánica.

Algo que me apasionaba del Ala B eran sus cañones iónicos. En los primeros modelos, dos de los tres, se situaban debajo de la cabina y el tercero en medio del ala principal, bajo los motores. Posteriores prototipos montaban los tres cañones bajo la cabina, algo realmente excepcional. Disparaban tan juntos que siempre que alcanzabas un objetivo dabas con los tres cañones. Esta cualidad era mortal en combate espacial contra cazas Tie. Con un solo impacto conseguías inutilizarle todos los sistemas de vuelo,

dejándole flotando en el espacio. En alguna misión de combate que realicé con el Ala B, durante la Guerra Civil Galáctica, llegó a haber más cazas parados en el espacio que volando. Después, cuando tenías algo más de tiempo, podías volver para rematarlos. Otra de las modificaciones posteriores que se le hicieron al sistema de armas fue el hecho de poder acoplar los cañones, no sólo entre los de la misma clase, sino también entre los de distinto tipo. Cuando disparabas en modo *fuego acoplado total*, las seis armas de rayos disparaban a la vez, en menor cadencia de tiro pero con mucha mayor potencia. Era algo realmente destructivo. Este modo acoplado se implantó también en los ya más anticuados Ala Y, como ya he dicho antes, dándole una nueva vida a este caza.

El Ala B era un sueño y como tal pronto tuvimos que despertar de él. En las pruebas de combate espacial demostró sus carencias. En primer lugar era más lento que el en otra época rápido Ala Y, y menos maniobrable que cualquier otro caza de su clase. En cuanto la lucha derivaba a un combate cerrado cualquier nave giraba más rápido que el Ala B, completando las maniobras más rápido y golpeando antes. En segundo lugar el sistema servo-giroscópico de la cabina demostró ser un arma de doble filo por su tendencia a averiarse, teniendo que seguir el combate en la posición en la que se hubiera quedado la cabina en ese momento, haciendo aún más difícil las maniobras y el tiro. A su favor tenía el blindaje, que era el más fuerte de cualquier nave de su clase. En conclusión: el Ala B era un caza que pegaba muy duro a cualquier nave capital, que en combate alejado podía ser un serio adversario pero que en combate cerrado tenía muy pocas posibilidades. Avisé de ello a la Alianza, que pensaba que el Ala B podía ser la nave definitiva. Les dije que no podría atacar sin escolta de caza a un convoy protegido y menos aún si el convoy disponía del nuevo interceptor Tie, el último caza imperial en esa época. Aún así desestimaron mis advertencias. Todas mis teorías quedaron demostradas tras el fracaso del ataque al Cinturón de Fara.

El proyecto Shantipole estuvo a punto de ser cancelado. Entre el equipo técnico había un espía imperial que delató nuestra posición. La Alianza, en una rápida maniobra, mandó un comando para proteger al entonces Comandante Ackbar y al prototipo. Por suerte la operación de rescate salió bien y conseguimos salvar un par de modelos del nuevo caza. Esto sirvió para que el espía imperial atemorizara aún más a la inteligencia imperial con sus informes sobre la huida de la nueva nave, más potente y destructiva que cualquiera anterior. El miedo al Ala B, por parte de la flota imperial, hizo que esta nave empezara a fraguarse su propia leyenda. Las primeras escaramuzas entre naves imperiales y cazas Ala B se saldaron siempre a favor nuestro, más por el miedo al enfrentamiento directo que por otra cosa. Fue entonces cuando el general Dodonna requirió un escuadrón de Ala B para atacar una estación de comunicaciones en el Cinturón de Fara. Aún investiga la Alianza Rebelde como se enteró el Imperio del ataque sorpresa que supuso el fin de la leyenda del Ala B. Se sospecha que el Mayor Herrit, de la Inteligencia Imperial estuvo al mando de la trampa. Cuando los Ala B salieron del hiperespacio se encontraron con un enjambre de cazas Tie esperándoles, incluidos los modelos de Bombardero Tie y el nuevo Interceptor, en una proporción de ocho a uno. Los Ala B intentaron abortar la

misión pero era demasiado tarde. A pesar de que dieron cuenta de multitud de cazas Tie y de hacer graves daños a la estación de comunicaciones, los doce Ala B fueron exterminados. A partir de entonces cualquier escuadrón de ataque de Ala B volaría escoltado por cazas Ala X o Ala A para su protección.

Esta nueva táctica dio buenos resultados en la batalla de Endor, donde los Ala B dieron cuenta de varios destructores e inutilizaron otros tantos, gracias al apoyo y escolta de los escuadrones Rojo y Verde. Lanzaron tantos torpedos que los transportes encargados de rearmar de proyectiles a los cazas llegaron a agotar sus existencias teniendo que volver a sus naves capitales a cargar las bodegas. Esta batalla demostró que el Ala B era una gran nave a pesar de los problemas iniciales.

Ahora, con la Nueva República y el tiempo de relativa paz que vivimos, hemos podido reorganizar el disperso escuadrón Espectro. Algunos pilotos se dieron de baja y otros fueron enviados a algún frente durante la guerra, pero en general siguen siendo los mismos. Pese a lo que se podría pensar, seguimos teniendo trabajo. La Nueva República sigue necesitando nuevos cazas y actualizar los que ya tienen. Los Ala X están en plena fase de modernización y el nuevo modelo, aprobado por el ahora general Antilles, vuelve a intentar prescindir del androide astromecánico. ¡Que manía tienen con retirarlos! Los ingenieros argumentan que si el Ala A y el Ala B pueden volar sin androides, a pesar de tener computadoras de peor rendimiento que los robots astromecánicos, el Ala X también puede hacerlo. El nuevo sistema integra su célula informática con la unidad astromecánica. Hemos estado probando el nuevo modelo y por ahora no ha dado malos resultados, aunque uno de los prototipos explotó al entrar en el hiperespacio. El hecho se está investigando actualmente. El comandante Skywalker no está muy convencido del nuevo Ala X y ha ordenado instalar de nuevo a su androide, R2-D2, en el caza. Ya veremos en qué acaba este, que puede ser mi último proyecto…